

CAYETANO PELÁEZ DEL ROSAL



RECUERDOS
de mi juventud en
PRIEGO DE CÓRDOBA

RECUERDOS
DE MI JUVENTUD EN
PRIEGO DE CÓRDOBA

CAYETANO PELÁEZ DEL ROSAL

© **Cayetano Peláez del Rosal**

Edita: Editorial *La Puente Llovía*

I. S.B. N. :13-978-84-697-9546-0

D.L.: CO-371-2018

Printed in Spain

PRÓLOGO

Si hay una época de la vida más hermosa, esa es la de la juventud, porque en ella se vive sin ataduras, libre como un pájaro, con muchas ganas de volar, y con las solas obligaciones que la naturaleza humana impone: comer y dormir, estudiar y vivir.

Y éramos felices, aún con poco, porque menos necesitábamos, y con el cariño de nuestros padres, el amor de nuestros hermanos, la alegría de estar junto a nuestros compañeros de colegio, con nuestros profesores, nuestros sacerdotes, con nuestras creencias, eso nos bastaba para llevar el paso adelantado en el caminar de la vida.

Pero había que añadir a todo lo dicho una cosa muy importante: el poder disfrutar de la contemplación de una naturaleza amiga, de un pueblo muy hermoso, de unas gentes amables, y de un ambiente agradable y hospitalario.

Aquellas calles, llenas de magia y de encanto, donde el sonar de los zapatos por sitios históricos, ya producía una melodía digna de la mejor partitura, a cuya escritura habían contribuido todos aquellos que nos habían precedido.

El Adarve mirando a la lejanía de unas tierras llenas de olivos, que unas manos laboriosas mantenían vivos, la Tiñosa protectora del pueblo que vigilaba desde las alturas, el Castillo enhiesto y orgulloso de haber permanecido a lo largo del tiempo para recordar nuestra historia, la Fuente de la Salud, de aguas eternas, con nuestra madre protectora de sus hijos, que cada día van a rezarle y a pedirle por los suyos, Fuente del Rey, aguas que salen del centro de la tierra para expandirse por una Vega que en agradecimiento provee y surte a todos los prieguenses de sus mejores frutos y hortalizas, calles hermosas con casas de bello porte, iglesias que exponen una fe firme cristiana que viene de siglos, gentes laboriosas y emprendedoras a las que los vaivenes económicos de la vida han hecho recuperarse una y otra vez, industrias del aceite, de la confección que llevan el pabellón de nuestro pueblo bien alto, Jesús Nazareno, Jesús de la Columna, Virgen de la Soledad, Entierro de Cristo, Jesús Resucitado, esperanza de un más allá llenos de paz, cofradías perennes en la caridad para con los más desfavorecidos, cielo barroco del Sagrario adelante de las mieles del Paraíso prometido, Villa llena de embrujo con sus calles estrechas, sus luz taimada, sus pavimentos de piedras redondeadas, que

reflejan los sonidos a lo alto de las paredes de sus casas, voces de otros tiempos que inexorablemente se perdieron, de gentes que pasaron por estos lugares, que vivieron, que sintieron, que lucharon, que gozaron, y que sufrieron.

Valió la pena haber vivido en este lugar, en esos tiempos, con estas gentes, con este paisaje, con estas creencias, con aquellas carencias, porque un joyo de pan con aceite, unas pocas habas, y un tranquillo donde comérmolas a gusto, era más que suficiente, mientras veíamos cómo la noche con su manto nos invitaba a retirarnos. Era la hora de la familia, de estar en casa en torno a la mesa, de cerrar los postiguillos de la salita de estar, de hablar, de disfrutar de nuestros padres y hermanos, de disfrutar de la lectura de un buen libro que nos invitaba a visitar otros países, a aprender de otras culturas, a conocer a otras gentes con otras formas de pensar.

Valió la pena vivir aquella vida, y no hay que sentir nada más que agradecimiento, a todos cuantos la hicieron posible.

Muchas gracias.

01.
LA BICICLETA DE MARI

Comprar una bicicleta en los años 60 era una odisea, porque sólo en la capital, lejos del pueblo, Priego, a muchos kilómetros, las vendían, y para ello había que coger la “alsina” e ir hasta Córdoba acompañando al señor revisor, don Felipe Vilela, toda una institución dentro de este medio de transporte que debía su nombre al propietario de la misma, señor Alsina, porque Felipe era una alegría para el pasaje y por el trato tan humano que dispensaba a los viajeros. Recuerdo haber ido a Córdoba una vez no habiendo reído más en la vida que en aquella ocasión, porque en el autobús iba uno de los hermanos “contrafuertes”, el menor, que vivía en el Paseo, y que se tiró todo el viaje contando chistes, no



Cayetano Peláez del Rosal. Su imagen más antigua.

dándonos cuenta del viaje, y deseando que no se acabara para seguir riendo.

Un par de largas horas separaban Priego de la capital, y en la alsina viajaban todas aquellas personas que tenían que hacer algo en Córdoba, como ir al médico, al teatro, examinarse, comprar mercancías, o darse un bureo por sus calles.

La alsina volvía para Priego a las 17.30 de la tarde con todos los pasajeros que regresaban al pueblo una vez realizados sus mandados, y si se terminaba pronto de realizar la gestión, a la que se iba, la gente esperaba hasta la hora de la salida, en el parque, comiendo en los bares, o deambulando por las calles.

Los más pudientes comían al mediodía en el Círculo de Labradores, y los otros, se comían el bocadillo que su madre les había puesto con lomo,

salchichón, queso, o chorizo, y lo acompañaban con agua de las fuentes públicas que salía a chorrito, y que no por ser uno de Priego, estaba muy mala, añorando el agua de la Fuente del Rey que brotaba por el pitorrillo de la fuente del Paseillo, fresca y rica.

En el parque de Córdoba, el de Los Patos, había muchas palomas, patos en un estanque, bastantes árboles centenarios, rosas muy hermosas en La Rosaleda. La gente compraba trigo para echárselo a las palomas que venían solícitas en cuanto veían que les traías comida. Se ve que los animales pasaban mucha hambre, y no es porque el ayuntamiento no destinara una partida para dar de comer a estas glotonas palomas, sino que se descubrió más tarde, que el encargado de echarles el trigo, se quedaba con el dinero, y no les ponía el cereal a estos animalitos símbolo de la paz.

Uno, terminada su tarea, se sentaba en un banco del parque hasta la hora de salir la alsina para Priego, y observaba cosas, que no se veían en el pueblo, como el fotógrafo, que hacía fotografías a las parejas de novios, que immortalizaban el momento, pudiendo salir abrazados sin que la suegra los estuviese mirando.

El fotógrafo llevaba la cámara sobre un trípode de madera, quizás construido por él mismo, preparaba a los aspirantes a ser fotografiados, les retocaba el pelo, y les decía cómo tenían que ponerse para salir bien en la foto.



Cayetano Peláez junto al monumento del Sagrado Corazón de Jesús. Priego de Córdoba.

Una vez, colocados bien, les decía que miraran al pajarito, y destapaba la lente unos segundos después de haber metido la placa dentro de la cámara, y haberse cubierto la cabeza con un trapo.

Después hacía unos tejemanajes dentro de la cámara y revelaba la foto para los fotografiados, los que pagaban religiosamente lo estipulado, siendo despedidos con un “muchas gracias” por el fotógrafo.

Si había tiempo, se iba a ver la catedral- mezquita, a oír sonar las campanas, beber agua en la fuente del patio que echaba un buen caño y que tenía un buen olivo adosado a ella, a admirar a las gentes de todo el mundo que venían a ver la única mezquita de Occidente en pie. Y si podías, entraba dentro de la mezquita, y te paseabas entre el mar de columnas que mantenían la bóveda, una de las cuales, al rascarla olía a azufre, y otra, que tenía grabada la cruz con las uñas del cautivo, y en la catedral, de alta bóveda, te sentabas en el coro bellamente grabado sobre madera por Pedro Duque Cornejo, y admirabas las tallas que sobre los asientos proliferaban. Después visitabas al buey que reventó al traer las campanas de Santiago de Compostela y que los moros se habían llevado allí. El pobre animal tenía las tripas en mármol derramadas sobre el suelo.

Terminada la visita, paseabas por la puerta del Obispado, y allí mismo estaban los organilleros que tocaban el organillo para los viandantes y que pedían la voluntad. También paraban en esa puerta, dejando algunas veces sus excrementos, los carros de caballos que paseaban a los turistas por la capital.

Una de las veces que salí del seminario a la calle a pedir en una iglesia de la ciudad, el día de San José, al pasar por la puerta del obispado, vi en el suelo unos pocos billetes de 25 pesetas que alguien habría perdido allí.

— ¿Devolvió usted los billetes?

— ¿A quién?

— A la autoridad, a los dueños de los coches de los caballos por si alguien les había preguntado por ellos.

— La verdad es que no se me ocurrió buscar al propietario, y dada el hambre que arrastraba, de haber atravesado toda Córdoba, y vuelta al seminario, sin habernos dado merienda, me metí en el primer bar que encontré en la Judería, y allí me gasté los billetes, ¡todos!, poniéndome como el Quico, de boquerones en vinagre, Citrania, y un buen plato de salmorejo.

—El camarero, dada mi corta edad, no se fiaba de mí, y pensaba que a lo mejor no tenía dinero para pagar, por lo que me dijo:

— Nene: ¿dónde están los billetes para pagar esto?

—Yo, ni corto ni perezoso, saqué la moni, y enseñándosela, las barreras se allanaron, viniendo rápidamente los platos de comida con los que

disfruté como nunca. Aquel día no tendría que cenar la clásica “leche de pava” en el seminario.

—Aquella noche dormí como los propios ángeles no importándome el nivel del agua del Guadalquivir, que decían que iba a desbordarse, saltando por lo alto de los ojos del puente.

Había en Priego un ciclista llamado Conejo que tenía un taller de bicicletas en el principio de la calle Sanguijo, y allí el hombre se ganaba la vida arreglando bicicletas y haciendo de las viejas, con sus piezas, otras, para venderlas. Allí se encaminó mi querido padre Antonio para encargarle una bicicleta para mi hermana María Luisa, que por aquel tiempo tenía ocho añitos.

— Buenas.

— Buenas, don Antonio. ¿Qué le trae por aquí?

—Venía a ver si me puede vender una bicicleta para mi niña chiquita, María Luisa.

— ¿Nueva, o, vieja?

—Nueva.

—Ahora mismo no tengo ninguna porque el material está escaso, pero dentro de unos días a lo mejor me entra algo.

—Me corre prisa que me la prepares, y no puedo esperar mucho tiempo.

—Si quiere que le haga una con piezas de otras bicicletas se la podía tener para la semana que viene.

—Pues bien. En eso quedamos. ¿Y cuánto me vas a cobrar por ella?

—Por tratarse de usted, que somos amigos, se la pondría, pintada y todo, en cien pesetas.

—Pues trato hecho. la semana que viene vengo a por ella.

Y a la semana siguiente mi padre se presentó en el taller de bicicletas a por la bicicleta recompuesta con piezas de otras bicicletas, y después de pagarle religiosamente las cien pesetas convenidas, agarró la bicicleta con una mano, y rodando, rodando, llegó hasta la casa del Paseo de Colombia, donde mi hermana la esperaba con verdadera ilusión.

— ¡Qué bicicleta más bonita! - dijo María Luisa.

—Pues esta tarde vamos a dar el primer paseo en ella para que vayas aprendiendo a montar.

— ¿Me puedo dar yo un paseo? -le dije a mi padre.

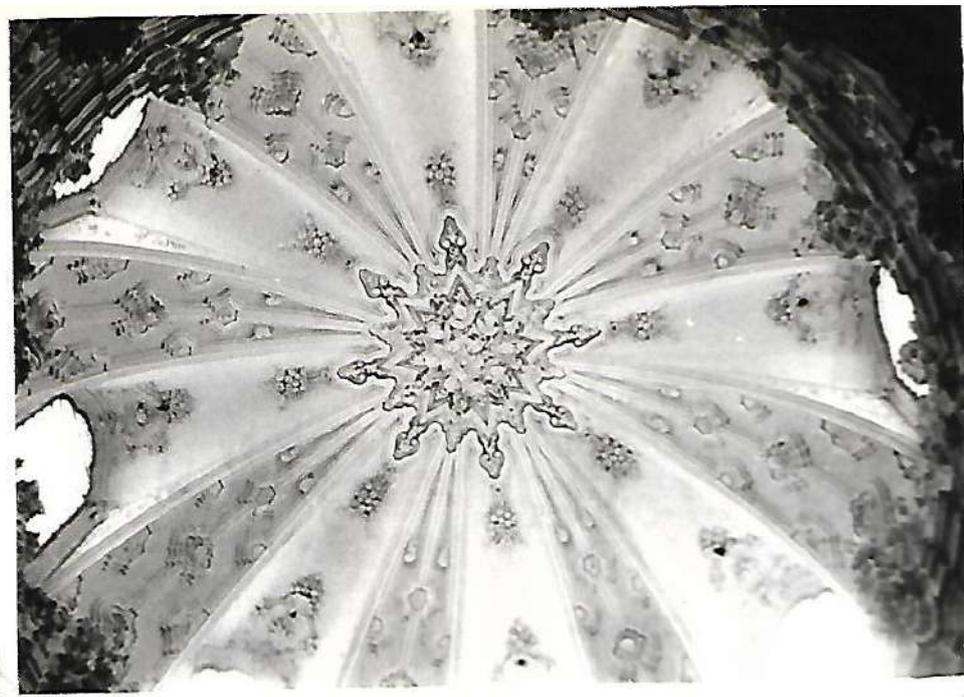
—Claro que sí, Cayetano. Pero dime: ¿dónde has aprendido tú a montar en bicicleta?

Pues en la calle, con las de los amigos cuando me la dejaban.

Así, que, a la tarde, agarré la bicicleta de Mari y me fui a dar un garbeo por el Paseo.

En un portón de una casa que daba al callejón del niño Alférez, la señora del juez de Priego, don ... una mujer muy religiosa, como su marido, que iban cada día a la misa de 9.30 de don Ángel, le daba a una mujer necesitada, alimentos para su sustento.

En la acera de enfrente, se veía una pequeña capilla con una cruz, y justo, al lado de la casa de Alférez, en la que había un molino de aceite, estaba el portalón de la casa de Molina, que daba a la Carrera de Álvarez. En esa calle estrecha estaba la panadería de Ariza, donde hacían un pan estupendo, cuarterones, molletes, magdalenas, violines, panes de cantos para echar los “joyos” de aceite, y en el que, entregando el trigo de la cosecha, te daban unos vales que los cambiabas por pan. Por esos tiempos vi los cartones de racionamiento.



Cúpula del Sagrario de la iglesia de la Asunción. Priego de Córdoba.

Agarré la bicicleta, y empecé a pedalear, con tan mala fortuna que me empotré contra los hierros de una reja de la casa de Pareja.

Me levanté como pude con el brazo dolorido, y me fui hasta mi casa donde no dije a nadie lo que me había ocurrido.

Pasaban los días, y el dolor, agudo, no se me quitaba.

Un día vino a mi casa mi querida abuela Rosario a ver a mi padre, y al encontrarme tan maltrecho, le dijo a mi padre:

- Antonio: lleva a este niño al médico porque creo que tiene la muñeca rota.

Al día siguiente, mi padre, salió del molino, y me llevó al médico, que visitaba en el hospital.

Me miró la mano, me la movió. - ¡Ay, dije!, y mirando a mi padre, le dijo:

Antonio, hay que enyesar esta muñeca.

El médico me metió el brazo en un gancho de hierro que había en la pared, y tirando, tirando, a lo mulo, logró llevar el hueso hasta su sitio. A continuación, cogió una venda, y mojándola, el yeso se ablandó, y la colocó sobre mi brazo muy dolorido.

Era verano, y hacía mucho calor, y yo, no podía aguantar los picores que se me formaban dentro de la escayola, y por eso le pregunté a mi madre, Pilar, muy querida:

— Mamá: ¿Qué puedo hacer para que se me quite un poco el picor del brazo?

—Cayetano: métete una aguja de hacer punto y te rascas con ellas.

Aquello fue remedio de santo. Cada vez que el yeso me picaba, yo metía la aguja entre la piel y la escayola, y me rascaba, encontrando gran consuelo para los picores.

Al mes fuimos mi padre y yo al hospital, y el doctor, con unas tijeras me cortó la escayola.

Pero el hueso no quedó como antes, notándoseme un bulto en la muñeca que a todo lo largo de mi vida me molestó, sobre todo, al escribir con la tiza, en la pizarra de la escuela.

Al pasar los años, un servidor, con el ciclista Conejo, que me recordaba de la venta de la bicicleta que le hizo a mi padre para mi hermana María Luisa, coincidimos en la alsina que iba de Priego a Granada. Y me reconoció.

Peláez: siéntate aquí conmigo que vamos a hablar de bicicletas. Yo sé que a ti te gustan mucho.

Abandoné mi sitio en la Alsina, y me coloqué al lado de Conejo. También venía con nosotros el padre de la abuela Matilde, Francisco, que se había casado con el que después sería mi suegro, José Molina. Francisco, era agricultor, y el hombre iba a la siega a Granada durante unos días. También dejó su lugar en la Alsina, y se aproximó a nosotros para disfrutar de la conversación durante el viaje, haciéndose así el trayecto mucho más corto.

No había máquinas para cortar el trigo como ahora, y la gente, con su hoz, trabajaban a destajo, de sol a sol con el calor en los campos reseca, ganándose así la vida segando los campos de cultivo, y trayendo para sus casas unos dinerillos que les venían muy bien.

El viaje transcurría plácidamente, y Conejo nos contó “que iba a Granada a sacarse el título de profesor de autoescuela, pues trabajaba con mi tío Pepe en la Gestoría Peláez de Priego”.

Al llegar la alsina al pueblo de Puerto Lope, el conductor paró para recibir instrucciones de la compañía, la que le ordenó que trasladara todo el pasaje a otra alsina averiada que iba a Córdoba y que debía volver a Granada para ser arreglada.



Bicicleta de Mari.

Nos bajamos todos los ocupantes de la Alsina y nos situamos cada uno en su asiento de la averiada.

— Conejo, — dijo: a mí no me huele esto bien que nos monten en un cacharro averiado.

—No es nada, Cayetano. Se trata de un ligero ajuste en los frenos. Ya mismo estamos en Granada sin problemas. En cuanto llegemos os voy a invitar a los dos a unos bocadillos en el bar Aliatar.

El bar Aliatar estaba situado en la calle Salamanca, cerca del Ayuntamiento. Tenía una carta muy grande de bocadillos baratos y buenos. Allí acudía gente de toda Granada y de los pueblos vecinos que venían a la capital a hacer gestiones.

— A mí, no me huele esto nada bien— dije. Tengo una premonición que no es nada buena. Si pudiera me bajaba ahora mismo de este trasto.

—No seas cagón, Cayetano. Que no va a pasar nada. Espera que voy a decirle al abuelo Francisco que traiga la talega y que nos invite a unos trozos de queso y de jamón curado.

Yo, con mi presentimiento, lo que menos ganas tenía, era de comer.

Francisco abrió la talega, grande, y sacó unos paquetes de comida que puso sobre el asiento, y comenzó a desliar uno, en el que apareció, tras quitarle la envoltura de papel de traza, un queso puro, manchego, que quitaba el sentido, como de unos tres kilos de peso y con la corteza arrugada de la cera, y que olía a añejo puro de oveja.

No sé cómo, pero apareció un cuarterón de pan, con sus cantos tostados, y reluciente, como si acabara de salir del horno de leña.

Francisco metió la mano en su bolsillo y sacó una navaja recién afilada, con la que atacó al queso, que se rindió al primer ataque, desgajándose en lonchas de un grosor considerable. Después, cortó el pan en trozos, y buscando en su talega una botella de aceite de oliva virgen, de aceitunas picudas, hizo un agujero en cada canto de pan, sacando la sopa para hacer un joyo en el que metió la loncha de queso, tapándolo con la sopa, y volviéndolo a regar con aquel aceite mejor que el del Olimpo.

La gente a la que le llegaban los efluvios aromáticos del queso y el aceite puro de oliva, tenían envidia de lo que se estaba cociendo en aquellos asientos de la alsina, detrás del conductor.

Cada uno de los tres socios recibió un joyo bien aceitado y cargado de queso, al que trataban de dar buena cuenta.

Cayetano, que tenía la mosca tras las orejas, no paraba de mirar al conductor y a las maniobras que hacía para llevar la alsina a Granada, y de pronto, percibió una maniobra rara, del conductor, que pisaba el freno, una y otra vez...

Bajaba la alsina camino de Pinos Puente por una carretera pendiente. Allá a lo lejos se veía el pueblo en bajo, y la carretera estaba rodeada de olivares por todos los sitios.

El conductor, de pronto dio un grito que alarmó a todos los pasajeros.

— ¡Dios mío, no puedo frenar la alsina! ¡Los frenos no me responden! ¡Nos vamos a matar!

La alsina, corría cada vez más por aquella carretera cuesta abajo.

El conductor hacía intentos desesperados de parar aquel monstruo desenfrenado, pero los frenos no respondían, ni el freno de mano, tampoco, que, del calor de la fricción, echaba un humo que olía a quemado.

La gente comenzó a gritar. Todo era un griterío de gente horrorizada que iba camino de la muerte sin que se pudiera evitar.

Por mi cerebro, pasó en unos segundos la historia de mi vida, como recuerdo de que aquello se acababa, y que, dentro de pocos minutos, iba a estar en el otro mundo.

Me tiré hacia la puerta, junto con Conejo, y tratamos de abrirla, pero el vaivén del autobús, y su alocada carrera hacia el abismo, nos impidió abrirla.

Dios, que aprieta y no ahoga, iluminó al conductor, que enfiló hacia un lado de la carretera donde había un pequeño llano, lo suficientemente espacioso, para que la alsina metiera el morro saliéndose de la carretera. Después, volvió algo hacia atrás, parándose en medio de aquel llano, libre de olivos.

Todos los pasajeros se bajaron del autobús poniendo pie en tierra y dando gracias a Dios por haber salido ilesos.

La compañía puso otro autobús para llegar hasta Granada, pero Cayetano prefirió no volver a tentar a la mala suerte otra vez, haciendo autoestop que empezaba a estar de moda.

02.
MARIANO LUQUE

Mariano Luque, don Mariano, tenía una óptica en Priego, y en su propia casa, en la calle Carrera de las Monjas, atendía a los clientes que le llegaban necesitados de unas gafas que mejoraran su visión.

Más tarde, trasladó la tienda frente a su casa en el principio del Palenque, casi en el lugar donde la mañana del Viernes Santo se realizaba el “Paso ligero” en la procesión de Jesús Nazareno. La apertura de la tienda fue un acontecimiento por su concepción moderna del comercio, su escaparate diferente, como así, las novedades que incorporaba a la misma: máquinas de fotografía, proyectores, tomavistas, revelado de carretes y obtención de copias. y gran abundancia de monturas para gafas de vista.

Todo se podía ver en el escaparate dotado de una gran luna. También don Mariano revelaba los carretes que los aficionados hacían, en el sótano de la tienda, y hacía copias de los clichés; algunas de las fotos las exponía en su marco para que el público las viera y comentara, pasando por allí los mejores fotógrafos locales, como “Pucherico” que tenía tienda en la calle Solana. A Rafael Ortiz, le compré una imagen del Corazón de Jesús, con la que hicimos los chiquillos una procesión por la plaza de San Pedro, procesión que se acabó de prisa y corriendo al caerse el santo de las andas haciéndose añicos.

Yo era admirador del señor Ortiz, y solía frecuentar su tienda para preguntarle por sus fotografías, las cuales me enseñaba amablemente siempre. Y no sólo tiraba fotografías, sino que también estaba muy en boga la diapositiva en color, haciéndose concursos de las mismas, uno de los cuales se celebró en el Instituto Álvarez Cubero de la calle del Río, en el que yo participé con algunas diapositivas.

En ese mismo instituto, en una habitación de la planta alta, estaba Radio Priego, que transmitía para la población, actuando de locutora bastante tiempo, Carmela Millán, que tenía muy buena dicción, y cantaba muy bien. Algunos domingos, su hermano, Juanito Millán, Antonio Pérez, y un servidor, subíamos hasta Radio Priego, y participábamos en la emisión. La gente llamaba por teléfono a la emisora para dedicar canciones a sus novias y a sus familiares, canciones de la época, y de los cantantes preferidos, como

Antonio Molina, Rafael Farina, Antonio Machín, Lola Flores, y Manolo Caracol.

La familia Millán, cuyo padre era el encargado de la venta de las entradas para el teatro del Palenque, también las vendía en el Teatro Victoria en una taquilla con una portezuela pequeña y a cierta altura del nivel de la calle.



Imagen de Jesús Nazareno. Iglesia de San Francisco de Priego de Priego de Córdoba.

Los domingos, al mediodía, después de la Misa de Doce, solía la gente acercarse a los teatros para sacar las entradas para el cine de la tarde, que hacían dos sesiones; una a las cinco, y la otra sobre las nueve.

Las películas que echaban en aquellos cines, eran anunciadas en las carteleras, y en “propagandas”, que la gente coleccionaba, a todo color, y que eran muy apetecidas por el público.

Había un gran coleccionista de propagandas que vivía en la Villa, y que era hijo de José, “El Carbonero”, que se trasladó a Córdoba cuando ingresó en la Telefónica. Su padre, tocaba el Viernes Santo la campana antes y durante toda la procesión de Jesús Nazareno, a cuya muerte, le sucedería su hijo.

Para llegar a la casa de José antes por la casa de don José Ariza, que daba al Paseo. Don José era capellán de Jesús de la Columna, y decía misa todos los días del año en la Capilla de Jesús, y que también solía ir los domingos a decir misa en la iglesia de San Juan de la vecina población de Almedinilla. Alguna vez le acompañé como monaguillo hasta Almedinilla para ayudarle en la misa. Salíamos de Priego, bien temprano, en un coche

que nos dejaba en la puerta de la iglesia, esperándose el conductor hasta que terminaba la misa para devolvernos al pueblo. Don José Ariza era un sacerdote muy virtuoso y llamaba la atención el paraguas tan grande que usaba, cuyo vuelo era casi tan grande como el de la Plaza de Toros de Priego. Muchas veces le ayudé en la misa a don José, en la iglesia de San Francisco, pero también, tenía un ayudante, ya mayor, al que le gustaba mucho el vino, y el que no gastaba el sacerdote, al final de la misa, ya en la sacristía, el monaguillo mayor, se lo bebía.

En la capilla de Jesús de la Columna, una vez, bajaron a Jesús y lo colocaron en el patio. Allí vi el rostro de Jesús muy cerca, ¡impresionaba! Decía la gente que, dentro de la boca, en el cielo, tenía escrito el nombre del autor de la escultura, pero que no se podía leer porque al acercarle una cerilla a la boca, se apagaba...

A don Mariano yo le compré varias máquinas de fotografía de diversas marcas, algunas de las cuales conservo, entre ellas, una de la casa Woigtlander, alemana, que tenía un fotómetro que medía la luz, adelante que ayudaba mucho en la obtención de una buena fotografía. Otra de las máquinas que le compré a don Mariano, era rusa, que tenía una lente muy buena, y que me salió muy bien de precio. Pero la joya de la corona, con la que accedimos al cine, a hacer nuestras propias películas, fue un tomavistas con el que filmamos algunas escenas de la vida familiar, y del pueblo, que luego veíamos en un proyector. Las películas del tomavistas había que enviarlas por correo a Madrid a la casa Kodak donde las revelaban, y a las dos semanas, o así, correos nos las devolvía ya reveladas. El día señalado para la proyección era una fiesta estando presente casi toda la familia en el pase de la película. Sobre la pared colocábamos una tela blanca como pantalla sobre la que se veía la película.

A don Mariano, hombre muy devoto de Jesús Nazareno, a cuya procesión asistía todos los Viernes Santo, le compré una cubeta de revelar carretes de fotografías, un termómetro y los líquidos para el revelado, que luego se la vendería al ingeniero don Juan Maza.

Pagué lo estipulado por la cubeta de revelado, y me dirigí hasta mi casa en el Paseo de Colombia, diciéndole a mi querida madre, Pilar:

- Mamá: ya tengo la cubeta de revelar carretes.
- ¿A quién se la has comprado?
- A Mariano.
- ¿Y cuándo vas a revelar el carrete?

— Pues, mañana.

Toda la noche estuve sin dormir pensando en el revelado del carrete, y cómo lo haría.



Cámara fotográfica comprada a don Mariano Luque

Para revelar el carrete, no puede haber luz de ninguna clase, porque si no, se vela. Así, que, cerré todas las ventanas de la habitación tapando las rendijas con sábanas, y avisé que nadie abriera la puerta, porque se estropeaba el invento si entraba un rayo de luz. Pero había luz a pesar de todos mis esfuerzos por hacer que no la hubiera, así que tuve que meterme dentro de un armario, tapándome con una bata de mi madre, introduciendo dentro la cubeta, sacando rápido el carrete de su cajita, y metiéndolo dentro de la cuba. Después bajé al patio y le eché los líquidos midiendo la temperatura de los mismos con el termómetro. Había que agitar a cada cierto tiempo para que el líquido hiciera salir el negativo en el plástico, y una vez pasado el tiempo reglamentario, saqué el revelador, y le eché agua con unas gotas de vinagre para que la cal del agua no dejara mancha sobre la película. Después se ponía a secar en los alambres de tender del patio hasta que el cliché aparecía seco. Después se lo llevé a don Mariano que me haría las copias.

Aquellos primeros carretes realizados con la máquina alemana y la rusa, eran para mí muy importantes, porque me encantaba la fotografía, buscando rincones del pueblo para plasmarlos sobre el cliché. Hoy conservo muchas de aquellas fotografías con verdadero cariño de lugares que, o no existen, o han cambiado mucho.

Entre las fotografías que yo hice, tengo especial cariño por las siguientes:

—Escena del Río Salado donde unos álamos se reflejan sobre el río.

—Imagen de la fuente del Paseo con su surtidor de agua que sale entre unos riscos y las cañas de bambú.

—Fuente de la Virgen de la Salud con la titular en su hornacina antes de que la robaran.

—Plano donde se ven desde el Paseo los dos laterales de la calle que daba a la Carrera de Álvarez, con la casa de la Pichicha a un lado, y al otro, la de don Baldomero Ortega y la Fábrica de Tejidos.

—Coche Dauphine, en el olivar, y gente joven a su alrededor.

—Las Casa Baratas.

—En un seiscientos, parados en la carretera de Cabra, a la altura del Mojón.

—Representación de teatro en el Cine Meca por alumnos de la Academia del Espíritu Santo, (Hermanos Mendoza, Manolín Peláez, yo, Ortiz, y otros).

—Escenas del Sagrario de la Asunción, del Barrio de la Villa.

—Vistas de Priego desde El Calvario.

—Vistas de La Vega desde Los Adarves.

—Priego desde la Torre de la Iglesia de la Asunción.

—Niños jugando al burro.

—Puente de la Media Legua.

Y otras escenas de paisajes y de la vida de aquella época.

03.

PATATAS MACHACO

En las tardes de verano, tardes de mucho calor, de sudores inacabables, de aire caliente que lo quemaba todo, de ir y venir casi sin parar a beber agua del botijo, salía por el pueblo, Machaco, (Patatas Machaco), con sus patatas fritas, doradas y crujientes, como ningunas de las que se hacían en el pueblo, y que vendía a los que las querían comprar, en un cucurucho de papel de estraza.

—Inés: Ve a la plaza y compra dos kilos de patatas a Rabones, y que te las dé de las que no tienen abono, que las otras, las *abonás*, se ponen lacias en la sartén. Vamos a hacer patatas fritas, cortándolas con la máquina de hacer patatas.

Porque las patatas que hacía mi madre en mi casa, fritas en aceite de oliva virgen extra, de aceituna picúa, y al fuego que le proporcionaba a la sartén el carbón de encina quemado en el anafe, encendido con una torcía de aceite usado y un trapo viejo, estaban tan tiesas y doradas como las de Machaco.

—Mamá: Hazme unas poquitas patatas fritas tiesas.

—Cuando venga Inés de la plaza, que ha ido a comprar, te las mondo, y te las hago. ¿Pero cómo las quieres, a ruedas, o a tiras?

—Yo, las quiero redonditas, como las de Machaco, las que me compraste el otro día cuando pasó por la puerta de la casa con el canasto de caña cogido con sus manos pregonando sus ricas patatas.

—Niñas: que llevo las mejores patatas fritas de Priego, redondas, doradas y crujientes, fritas en el mejor aceite del mundo, el de la Cooperativa la Purísima, venga, salid, que están saladas con sal de las Salinas de Montoro, niñas, salid a comprarme mis ricas patatas.

Y la gente salía a la puerta de la calle a comprar las ricas patatas fritas de Machaco.

Machaco era un hombre de mediana edad, que vestía una zariana blanca muy fresquita para soportar las altas temperaturas que hacía en la calle

y que llevaba las patatas en un canasto de caña con una amplia asa, tapadas con un trapo blanco.

—Machaco: póngame dos pesetas de patatas fritas que estén doraditas y crujientes.

—Ahora mismo te las pongo.

—Cóbrese, que mi madre no tenía suelto y me ha dado un billete de veinticinco pesetas.

— ¿Dónde vas chiquilla con ese *peazo* de billete? ¿Crees que yo soy el Banco de España para tener cambio? ¡Mañana me las pagas, que yo te lo apunto en la libreta!

A Cayetano le gustaban mucho las patatas fritas y los huevos fritos. Y cada noche, después del paseo que daba con sus padres por el pueblo, a eso de las diez y media, ya con sueño, se echaba en la mesa mientras preparaban la cena, y se quedaba dormido. En más de una ocasión, a alguno que tenía esa costumbre de dormirse en la mesa antes de cenar, le pegaron las orejas con esparadrapo, y al levantarse, menudo susto que se llevó al no encontrar sus orejas.

Porque para orejas, las que tenía Martínez, que más bien eran soplillos de avivar el fuego. Un día los molineros hicieron una apuesta para ver quién le medía las orejas a Martínez. Y aprovechando que estaban terminando de llenar un trujal de aceite en el molino, se las midieron con un metro de madera, poniéndoselo sobre las mismas, cantando el metro veinte centímetros de orejas.

Martínez, cuando descubrió la broma que le habían gastado, salió corriendo tras el encargado, que tuvo que saltar por una ventana al montón de retales de capachos que había en el patio, y que el maestro Dani, el capachero, tiraba, para que después viniera el camión y se los llevara por ahí. Algunas veces el montón era tan grande, que Cayetano se subía por él hasta la sala donde el Dani hacía los capachos.

Las patatas se hacían de muchas maneras: fritas a rodajas, a tiras, en tortilla, cocidas en las cenizas del brasero, a cuadraditos con tomate, enteras y pequeñas guisadas con chorizo, alcachofas, y clavo, y en *mojete*; también eran muy celebradas las patatas revueltas con huevo.

Para hacer las patatas a tiras se cortaban en ruedas, luego se hacía de cada rueda varias tiras. Si sobraban, se hacía tortilla con ellas. Y las redondas, se cortaban con el cuchillo muy finitas, aunque como la tarea era difícil,

nunca salían iguales. Un par de huevos bien fritos con puntillas, servían para sumergir las patatas a tiras en el lago de la yema, sabiendo a gloria.

La aparición del cortador de patatas de madera con su cuchilla metálica, supuso un gran avance para la fritura de las patatas; sobre todo para las redondas porque se calentaba el aceite y se pasaba la patata por la cuchilla, saliendo las patatas finitas, y así, se doraban muy bien. Para apretar la cuchilla y ponerla a la misma abertura, esta sencilla máquina manual, tenía un tornillo con una palometa.

Las patatas redondas de cierto grueso se echaban en la sartén y se freían, dejándolas tiernas, y cuando estaban ya a punto, se le estrellaban unos huevos que se extendían en el aceite sobre las patatas, estando estupendas.

Y la tortilla de patatas, muy celebrada, era una comida muy común en aquellos tiempos, donde el comer huevos en demasía no estaba prohibido, porque del colesterol, nadie hablaba, ni de los fritos que tanto engordaban. Y las tortillas de patatas se hacían en una sartén de hierro de culo hondo, y se le daba la vuelta como podía, hasta que uno descubrió que podía hacerlo poniendo la tapadera de aluminio

sobre la tortilla dándole la vuelta a la tortilla fácilmente, cuidando de no quemarse con el aceite que se salía de la sartén. Por aquellos tiempos no era costumbre echarle cebolla a la tortilla, que eso lo inventó otro después. Además, las tortillas no eran muy gordas, como mucho tiempo después, Santos, un cocinero de Córdoba, en los aledaños de la Mezquita, se hizo de oro vendiendo una tortilla que tenía unos ocho centímetros de grosor, no faltándole los clientes, no sólo de la provincia, sino hasta del extranjero.



Patatas Machaco.

Otra cosa, era cortar las patatas a cuadritos y freírlas en la sartén, acompañándolas de tomate, y luego, al servir las en la mesa, se echaban buenas sopas en el tomate y el aceitillo, tan rico que estaba. ¡Cuántos cuarterones no se gastarían en Priego mojando en el plato el tomate y el aceite y echando sopas hasta dejar el plato reluciente!

— El guiso de patatas redonditas y menudas, con chorizo, hoja de laurel, cebolla frita, alcachofas y unos clavos, era un manjar en el que los dioses del Olimpo hubiesen dejado el santo monte para bajar hasta Priego y poder echar unas sopas en aquel caldo reconfortante. Y qué no decir del chorizo, que estaba tan rico, que sabía a poco. - ¡Qué no se pierda este guiso, por favor, cocineros de Priego, y amas de casa! Mi madre lo hacía muy rico; tan rico, que hasta me chupaba los dedos, con perdón de la mesa, después de saborear las hojas de las alcachofas, y lo mejor, el corazón, que sabía a gloria y curaba el hígado.

—Voy a acabar con todas las latas de alcachofas que hay en España, decía uno al que el médico, por problemas de hígado, recomendó comer alcachofas

Y el *mojete* con miga de pan, patatas fritas y ajo, todo molido en el almirez o en el mortero, no dejaba indiferente a nadie al degustarlo.

Y para completar la faena, con cada comida, se servía una copita de vino de Mora Chacón, oloroso, que vendía en garrafas de arroba, don José Peláez, y que un mozo llevaba hasta las casas en un carrillo de tres ruedas. Después, se envasaba en botellas, y una se ponía en la mesa, sirviendo una copita a los comensales, que, desde muy temprana edad, ya bebían con regla.

—Miguel: pon un chato de vino.

Miguel, tabernero de la Aurora, le ponía a Joaquín, un chato de vino. Y el susodicho, sacaba la regla y lo pasaba por el borde del vaso.

— ¿Qué haces Joaquín con la regla?

—Pues, pasarla por el borde del vaso porque el médico me ha dicho que ya era hora de que bebiera el vino con regla.

—Miguel: pon otro chato.

De tantos chatos como se bebía Joaquín, cuando salía de la taberna de Miguel, frente a la Aurora, no se dio cuenta de que había un escalón para llegar a la calle, alto, y el pobre de Joaquín, se pegó en toda la cara con los suelos, llegando a su casa con una “*chifarrá*” en la cabeza.

—No te puedes ir a la mano con el vino. Parece ser que te has casado con la taberna y con la botella. — le dijo su mujer al llegar a la casa del Castillo donde vivía-. En vez de estar ganando dinero por las calles del pueblo restañando lebrillos rotos, te vas a la taberna y te gastas las cuatro perras que tenemos para malvivir.

Había muchos cacharros de barro que se usaban en la cocina para el guiso, como eran las cazuelas de barro vidriado en las que se hacían unas sardinas en adobo que quitaban el sentido. Y en la despensa se guardaban las orzas donde se echaban las aceitunas en sosa, los tacos de lomo en adobo, las pajarillas en manteca, los chicharrones, el chorizo en manteca *colorá*. Y en el patio se guardaban los lebrillos donde se hacía la colada.

—Todos estos cacharros se rompían y ahí es donde entraba Joaquín con su berbiquí manual, sus lañas, y su martillo, recomponiéndolos y embriándolos a su forma natural.

04. FARMACIA PEDRAJAS

La Farmacia de don Antonio Pedrajas, con su estilo natural y sus estanterías llenas de botes de cerámica con nombres científicos de plantas curativas, estaba situada frente a la iglesia de las Mercedes. Debajo de la farmacia estaba el Casino de los Señores, y por encima, la tienda de Juanito el de las radios, y al frente la Iglesia de las Mercedes, de la que era párroco, don Domingo, delgado, de buena entonación al hablar, con gafas bañadas en oro, educado, y muy preocupado por la cuestión social, que organizaba, de vez en cuando espectáculos para recaudar dinero y construir edificios para el bien de la Iglesia y del Pueblo de Dios. Este pueblo, que es como es, lo rebautizó, con el apodo de “Pesetilla”.

Don Domingo era aficionado a la radio; era radioaficionado, destacando en el tejado de la Casa Parroquial, la enorme antena con la que contactaba con gentes de medio mundo, de lo que se enorgullecía.

No sé qué le debió pasar a su equipo de transmisión, la emisora, que un día durante la misa de doce del domingo, mientras predicaba el celebrante, se entrometió don Domingo en el sermón, enterándose todos los cristianos de lo que hablaba don Domingo.

— Ve a casa de don Domingo y le dices que está saliendo por los altavoces de la iglesia —le dijo el celebrante al monaguillo.

En la Farmacia de Pedrajas, con botes en las estanterías con nombres de plantas que curaban, como ya se ha dicho, el mancebo que yo conocía se llamaba Enrique, que era muy atento y servicial con todo el mundo. El hombre daba solución a los problemas que le planteaba el que llegaba, y si no sabía, preguntaba a don Antonio. Si la gente venía con recetas del Seguro, buscaba los medicamentos, le quitaba el precinto a la medicina, lo pegaba en la receta, lo entregaba al cliente, y le cobraba lo que debía, o se lo apuntaba en su cuenta.

Una vez, un buen amigo, farmacéutico, que, de haber abierto tantas farmacias en Cataluña, tuvieron que expedirle cuatro duplicados del título para la anotación de las aperturas, me dijo:

—Cayetano: De todo lo que vendo en la farmacia, lo único que te aconsejo que tomes, es el bicarbonato, y poco más.

El Seguro de Enfermedad estaba en la calle Ancha frente a la sacristía de la Iglesia del Carmen, junto a la Gestoría de mi añorado y querido tío Pepe. Era una casa de varias plantas en la que se alojaban las diferentes dependencias. En la primera planta, allí pasaba consulta por la mañana don Gerardo, que era el médico de mi familia, y al que me mandaba mi padre muchas veces a por recetas, que don Gerardo me hacía con toda amabilidad. Una vez que las tenía se las daba a mi padre, y él, me entregaba los precintos de las medicinas que se habían sacado anteriormente, e iba a Enrique, que apuntaba el montante de las mismas. De vez en cuando, mi padre se pasaba por allí y pagaba la factura. Y esto era muy común en Priego, que, en las tiendas, la gente comprara y se lo apuntaran, para que cuando tuvieran dinero, pagaran la deuda. Había mucha gente del campo que compraba la ropa para el invierno, y la dejaban fiada, y cuando cobraban el dinero de la campaña de las aceitunas, pagaban al comercio. Eso ocurría en la tienda de los Gómez de la Plaza, en la de don José Portales, y en otras muchas.

Delante de la Iglesia de las Mercedes, una noche, sin esperármelo, me encontré, de golpe, metido en la celebración del “Toro de Cuerda”, que creo que hacían por el verano. Y el espectáculo, tengo que reconocer que me sorprendió. Lo cuento a mi manera: Una vaquilla joven, atada por una cuerda de la que tiraban los que asistían a la fiesta. Y en los cuernos llevaba unas antorchas encendidas que ponían al animal loco perdido. Había mucha gente que se apartaba cuando la pobre vaquilla se acercaba, y que se acercaba cuando la pobre vaquilla se alejaba. La gente se lo pasaba muy bien, pero el animal sufría de lo lindo, no solo por los tirones de la cuerda, sino por el fuego que tenía en los pitones.

Con el paso del tiempo, cuando la gente dejó de cocinar con carbón, y con petróleo, aparece el butano, una verdadera revolución que cambió la vida de mucha gente. Ya no había que gastar tiempo en encender el *arnafe*, ni oler a gasóleo, mientras se hacía la comida. El butano, que lo trajo López a Priego, representó un gran paso hacia la modernidad, y la tienda que abrió, estaba justo debajo de la Farmacia de don Antonio Pedrajas.

Se acabó guisar con carbón, echar torcias de aceite, soplar con el soplillo, y exponerse a quemarse por culpa del hornillo de petróleo. Ahora, con una cocina, una bombona de butano, y una cerilla, la vida era más bella. Y hasta decían las gentes del lugar, que las comidas sabían mejor. Pero donde se ponga la hermosura de guisar en un *arnafe*, echar la torcia de aceite usado, meterle fuego con la cerilla, agacharse al suelo para soplar y prender la mecha, recibir la caricia de las pavesas del carbón de encina sobre la cara, y

hacer la comida, que se quiten todos estos artilugios modernos que a más de uno le ha costado la vida.

— ¡Butano!

— ¡Qué!

— Súbame dos bombonas.

Y qué agradecido estaba Cayetano a don Gerardo, y a la Farmacia de Pedrajas, y a su padre, y al practicante de la calle Ramírez, y al insigne Dr. Franklin, que gracias a todos ellos, curó de un reumatismo que amenazaba con dejarlo en una silla de ruedas para toda la vida; también al Sol, que cada día le calentaba la pierna en el balcón de su casa de la calle de la Aurora, y a la “*Procaína*”, de la que más de doscientos botes entraron en su cuerpo para expulsar el microbio asesino del reuma del cuerpo.

05. LOS CHIQUITILLOS

Había en Priego algunos comercios y tiendas así como establecimientos públicos; unos mejores que otros. Y en ellos se compraba lo que se necesitaba por aquel tiempo que no era mucho. Entre ellos vamos a destacar:

- Calzados los Valencianos.
- Calzados Pulido
- Droguería Caballero
- Ferretería “Los Chiquitillos”
- Tiendas de Los Siles
- Tienda de tejidos de Los Madrileños
- Tienda de Tejidos de Los Gómez
- Tienda de tejidos Portales
- Tienda de tejidos Marín
- Tienda de tejidos Alcalá
- Tienda tejidos Carmelo Molina
- Tienda de tejidos junto a F. Mendoza
- Tienda de comestibles de Zacarías
- Tienda de comestibles de Tofé
- Tienda de comestibles Casa Pedro
- Tienda de Francisco García Ligeró.
- Tienda de Ortiz
- Pastelería La Flor de Mayo
- Pastelería Ortega
- Panaderías Ariza

- Panadería Charrasco
- Bar Río
- Bar Xania
- Librería Serrano
- Librería e imprenta Hilario Rojas
- Imprenta F. Marques
- Librería Cejas
- Imprenta Arroyo
- Banco Español de Crédito
- Banco Central
- Monte de Piedad
- Bicicletas Conejo
- Óptica Mariano Luque
- Farmacia Pedrajas
- Farmacia Mendoza
- Tabacalera Barrientos
- Chocolates Merino
- Churrería Castillo
- Plaza de Abastos.
- Tabacalera Castro...y, otros.

No era corriente usar servilletas de papel para la mesa y sí que había servilletas de trapo con el nombre da cada uno de los comensales, que solían meterse en un anillo de metal. Tampoco había mucho papel higiénico, y era muy corriente, usar en el escusado, papel de periódico, el cual, se tiraba en una papelera, no yendo a parar al alcantarillado. En el campo, si venía un apretón, era corriente limpiarse el susodicho, con una piedra redondeada.

La tienda de “Los Chiquitillos” estaba en el centro del pueblo, y a su lado estaba el Bar El Águila, abierto desde las seis de la mañana para que la gente tomara café antes de irse al trabajo.

El café que se tomaba, era solo, con leche, manchado, o, con un poco de coñac para los más sibaritas.

La cafetera del Águila, era italiana, y Gallardo, uno de los camareros, también pintor, y no de brocha gorda, que había aprendido viendo a su jefe, Rafael Barrientos, pintor bueno, y mejor persona, con muchas copias de cuadros célebres, servía los cafés en el mostrador, cargando la máquina con un cacharrito de café de un depósito. La leche, se calentaba en un aparato que la ponía hirviendo, y que formaba mucho ruido. Después se echaba en una lechera y se servía a los clientes.

En El Águila, se hacía café por la mañana, y al mediodía, la gente bebía cerveza, o vino.

Al lado del Águila, estaba situado el Bar Gasógeno, en el que, en épocas no muy lejanas, paraba el coche que funcionaba con gasógeno. En este bar se servía café, pero era menos frecuentado que El Águila, pero en él se vendían periódicos, que venían de Cabra cada día, sobre el mediodía. El periódico más vendido era el ABC, que los domingos traía un suplemento muy bueno al que llamaban Blanco y Negro, en el que aparecieron obras del importante pintor local Lozano Sidro. En el terrado de la casa de Cayetano, en una estantería, se guardaban algunos de aquellos ejemplares. También había en aquella estantería, algunos libros de lectura, novelas, ejemplares del Blanco y Negro, y algunos libros para los soldados.

En la tienda de la familia Páez, en El Paseillo, a cuya izquierda estaba el Banco Central, se vendían máquinas, cosas de ferretería, escopetas de aire comprimido marca El Gamo, escopetas de cañones, y, alguna que otra armónica.

Mi segunda armónica la compré en los Chiquitillos, y la pagué a plazos. Cada lunes llevaba parte de la paga que me daba mi muy querido padre Antonio, y se la entregaba a uno de los empleados, que me la anotaba en una libreta, y me decía lo que faltaba para poder llevármela.

Era la armónica que yo compré, de la marca Honner, alemana, y tenía una particularidad: tenía cambio, con lo que las canciones se podían tocar mejor que con las armónicas simples.

Yo pasaba mis buenos ratos ensayando con la armónica, y las canciones que tocaba en ella, eran las de actualidad, como “Brigitte Bardot”, “Clavelitos”, “La Aurora”, etc.

Delante del Banco Central, en el Paseillo, había un guardia que dirigía el tráfico. Con el tiempo, colocaron un estrado alto de hierro junto al cual se

ponía el guardia de turno, que, en un tiempo, indicaba con las manos, lo que debían de hacer los conductores: pasar o pararse. Entre los guardias, porque había pocos, por los años sesenta, cabe destacar a Rafalito, Callava, y el jefe de los municipales, era don Salvador Muriel, que sólo se vestía con el traje del cuerpo los días importantes.

Cuando rodaron en Priego, “La Saeta del Ruiseñor”, en la que la estrella principal era Joselito, se ve una escena en la que aparece don Salvador Muriel, a los pies de la Cruz de la Aurora, con mucha gente y un *aiga* con Joselito dentro. A la Cruz de la Aurora, un camión le rompió un brazo. Cruz labrada en piedra caliza, con una gran base.

Don Antonio del Amo, director de la película de Joselito, tenía que luchar con la multitud, por aquí, por allá, durante el rodaje de “La Saeta del Ruiseñor”, y no era fácil. Un día, se trataba de que la gente se esparciera. Don Antonio gritó por el canuto de hojalata: ¡esparcirse!

Don Salvador Muriel, le dijo a don Antonio, que la gente no entendía aquella palabra, que se dirigiera a ellos, con esta otra: ¡*esfarriarse!*.. Y sí que lo entendió el público, saliendo en todas las direcciones.

Algunas escenas de la película se rodaron en la casa de los Molina, debajo de la iglesia de la Aurora, a la que Cayetano solía ir a jugar con los hermanos Molina.

Era una casa hermosa, con una gran escalera para subir a la parte alta, y un patio con redondas columnas, con un surtidor. En aquella casa, me enteré, que las mujeres fumaban; yo pensé, que los únicos que fumaban, eran los hombres, ¡pero estaba equivocado!

Jamás había visto en el estanco de Benigno de la calle Mesones a mujer alguna comprar tabaco. Se ve, que, para no crear alarma en la población, eran los maridos los que compraban el tabaco para sus mujeres en el estanco.

Además del estanco de Benigno, había otro en la calle del Río, por encima de la casa de don Juan Palomeque, que lo regentaba la familia Castro, con unas puertas de color marrón oscuro de madera que daban a la calle. El dueño de la casa también era *correor* de aceite.

Por aquella época, casi todo el mundo fumaba, pero las mujeres, fumaban tabaco rubio. Y la marca que más se vendía era Philips Morris. Los hombres fumaban tabaco negro, de la marca Ducados, que venía liado, pero había algunos, que preferían prepararse sus propios cigarrillos a mano. Para ello compraban su librito de papel de fumar, y un paquete de picadura, al que llamaban “cuarterón”, del que sacaban una cantidad que colocaban en el

papel de fumar, y con maestría, lo liaban, dándole la forma cilíndrica del cigarrillo, que, para terminar, pasaban el extremo de la hoja de papel de fumar, por el labio, echándole la saliva necesaria para que pegara. Las marcas más corrientes de papel de fumar, eran: Bambú, Smoking, e Indio Rosa.

Otra marca de tabaco, eran los Celtas, tabaco muy fuerte que fumaba la gente del campo y los albañiles, que era mucho más barato. Los Ideales y el Caldo Gallina también tenían su clientela, así como Bisonte, Camel, Sombra, Fetén, y Carabelas.

Algunos fumadores lo hacían en pipa, pero los menos, y jamás vi a ninguna mujer fumar en pipa.

Cuando no había dinero, algunos, fumaban mocos de noguera, y hasta hoja de lechuga secada.

Nunca se vio fumar por el pueblo a nadie, porros, ni cosas por el estilo. No se conocía aquello.

A los pies del Corazón de Jesús, había unas plantas que echaban unas flores muy bonitas, con una corola dentada, y que las deberían de cultivar allí por ornato. Eran las adormideras de las que se sacaba la droga.

En algunos kioscos, vendían tabaco suelto, y mecheros de piedra que se cargaban de gasolina; también había mecheros de torcía de estopa, que no necesitaban gasolina, hechos con una fibra, que en cuanto saltaba la chispa, y a base de soplar, se encendían, colocándose en la punta del cigarro, que salía ardiendo.

Las cajas de cerillas las había de muchas clases. Estaban ilustradas con diversos motivos: actores de cine, torres de iglesias, deportes, escudos de fútbol, etc.

Unas cuantas cerillas bien liadas con papel de platilla del forro de los paquetes de tabaco, puestas sobre una piedra, y calentadas con un mechero, sorprendían a la gente subiendo hacia el cielo formando un cohete. Era el comienzo de los *Sputnik*.

Algunos abuelos, de tanto fumar, tenían los dedos de la mano con la que cogían el tabaco, amarillos.

La gente que iba a Algeciras traía tabaco de contrabando, que era mucho más barato. Y mecheros de martillo, americanos, que eran muy apreciados.

Alguna vez se oyó decir por allí que alguien había muerto del tabaco. Que la gente moría asfixiada, y que era una muerte atroz. Lo que sí era corriente oír algunas veces comentar a la gente cuando alguien moría, “que había muerto de repente”. Y a los niños, se les ponía la carne de gallina.

La gente se distraía hablando de diversos temas en una habitación. Uno sacaba tabaco, e invitaba, después otro, y otro, y otro. La habitación se ponía de humo que no se veía.

No había abundancia de tabaco, y algunos fumadores, lo reservaban en los estancos. Los que no lo hacían así, se quedaban sin él.

La gente también fumaba puros, pero, generalmente lo hacían en las fiestas, bodas, y en los toros. En los palcos de la plaza, era corriente ver mover los pañuelos pidiendo la oreja del toro para el matador, en una mano, y en la boca, el puro echando humo.

06. LOS TOROS

De vez en cuando, se celebraban corridas de toros en la Plaza de Toros de Priego. A ellas acudía mucha gente, no sólo del pueblo, sino de las poblaciones vecinas.

La Plaza de Toros de Priego, era una plaza hermosa por su construcción labrada en la piedra tosca, con numerosas gradas en círculo, y amplias entradas desde la calle. En lo alto se situaban los palcos con sus barandas labradas en hierro forjado.

Los toreros no se prestaban mucho a arrimarse al toro, porque la capital, Córdoba, estaba lejos, y si el toro los corneaba, la posibilidad de morir por el camino, era muy grande. A pesar de todo, en Priego torearon los mejores novilleros del momento, y los más grandes matadores nacionales, entre ellos, El Cordobés, Manuel Benítez.

Era muy celebrado por la gente ver llegar a los toreros en sus buenos coches, al pueblo, con sus apoderados, y verlos salir desde el hotel, ya vestidos, hacia la plaza.

En una ocasión, actuó en Priego, un torero muy particular, que iba hasta la plaza en bicicleta, y que después toreaba en bicicleta: era el Platanito. La gente se hartaba de reír con él.

Las entradas se vendían en la plaza de toros antes de la corrida, y también unos días antes de la corrida. Había un pequeño ventanuco con barrotes de hierro, a la entrada de la plaza detrás del cual se situaba el vendedor.

La gente se sentaba en la puerta de los bares, en especial el Bar Xania, en el Paseillo, en el cual se vestían los toreros, para ver salir a los mismos, y ver también al personal camino de la plaza. A la plaza de toros se iba andando, aunque los más pudientes, los menos, iban en coche.

Alguna vez, la banda de música, iba tocando hasta la plaza. También tocaba la banda de música municipal, dirigida por su director, don Emilio Prados, los domingos, en la entrada del Ayuntamiento, donde solía dar un concierto, a la salida de misa de doce, interpretando un excelente repertorio.

La gente salía los domingos de sus casas para ir a misa, y después de misa, iban al Paseillo a pasear, y a oír la música de la banda del maestro Prados, alto, ceremonioso, dirigiendo su banda con la batuta en la mano.

A los niños les gustaba mucho oír la música de la banda, los sonidos de los platillos, el bum, bum, del bombo, y sobre todo el trombón. Algunos, los más pillos, cogían limones y los chupaban, teniendo que salir los municipales a alejarlos porque a los músicos se les hacía la boca agua y no podían tocar.

Los días de feria solía haber diana de la banda municipal por la mañana muy temprano. ¡Qué agradable era despertarse con el sonido de la música!, para, a continuación, vestirse e irse a la calle tras los músicos.

Las corridas de toros se anunciaban en hermosos carteles a todo color que se ponían en los sitios estratégicos para llamar la atención de la gente y fueran a la corrida.

Y al día siguiente de la corrida, en la plaza de abastos, se vendía carne de toro de la lidia, más barata.

Quiero recordar al “Cholas” muy buen aficionado a los toros.

Cayetano fue varias veces a los toros a la plaza de Priego con sus padres, pero no le gustaba mucho aquella fiesta en la que el toro sufría, no sólo por las banderillas que le ponían, los puyazos de los picadores, y el estoque que le clavaban, sino también por la muerte tan mala que le daban al animal con la puntilla, cuando el torero no acertaba a matar al toro.

Lo que le gustaba mucho a la gente era el ambiente que había en la calle, y en la plaza, en la que no cabía ni un alfiler, y en la que era casi imposible, ir al escusado, si no era saltando por encima de la gente.

— Señorito, que me estoy haciendo pipí, dijo Inés.

— ¡Lo que nos faltaba ahora cómo está la plaza!

— Pues anda y dile a la gente que te dejen pasar.

La pobre Inés, de tanto aguantar, se lo hizo encima, buscando el pipí el camino hacia abajo para desaparecer.

Al lado de Inés, había un guardia civil con su esposa, que recibió parte de la meada de la Inés, y que no hacía nada más que mirar para tratar de ver quién había sido el que le había hecho compartir la *meá* con él, y que le había mojado los pantalones...

— Inés: ¿vas a ir al escusado?

—No señorito. Ya no me hace falta.

—Dios mío ¡la que se va a liar como el guardia civil descubra quién ha sido quien se ha meado, y a él le ha mojado los pantalones!

Las puertas de la plaza se abrían para que entrara la gente para ver gratis la lidia del último toro, y algunos, los más osados, subían hasta los montes vecinos para ver la corrida desde lejos.

— ¿Cuántos son ustedes? —dijo el portero de la plaza.

—Somos siete. Aquí están las entradas.

Una corriente de viento hizo saltar las entradas por los aires que se agrandaron por mor de aquel aire, que, de no haberlo, hubiese hecho al portador de las mismas, pasar un mal trago, teniendo que salir a la calle a comprar las que le faltaban.

A las corridas iba mucha gente de “gorra” que se situaban al nivel del albero, donde también estaban municipales, toreros, subalternos, médicos, enfermeros, y mozos de la cuadrilla de las mulillas.

En los *burlaeros* se situaban los banderilleros del torero y algunos otros. Contra ellos, algunos toros se tiraban, pegando con fuerza sobre los tablones con los cuernos.

Una vez, un toro bravo, se desbocó, y saltó a las gradas, corriendo la gente en tropel, para ponerse a salvo. El susto fue mayúsculo, no resultando nadie herido.

Los toreros, unos lo hacían mejor, y otros, peor. Pero el que se colmó de gloria, fue uno, que, al ir a matar, clavó el estoque en el suelo de la plaza.

07.

JUGUETES POR REYES

Que si os portáis bien, sus Majestades, los reyes Magos, os traerán los juguetes que les pidáis, — les solían decir los padres a sus hijos durante el año.

Los juguetes de aquellos tiempos, por lo menos, los que se veían por aquellos lugares, eran muy sencillos, y nada sofisticados; eso llegaría después con la modernidad.

Había juguetes de hojalata que venían de Ibi en Alicante, y entre ellos destacaban las motos con motorista, el tío vivo que daba vueltas y vueltas, los coches, los camiones, los autobuses, el coche ambulancia, el coche de policía, la cocinita en la que las niñas cocinaban...

El cine Exín, era muy querido por los niños, porque mediante una manivela y un enchufe a la red, dotaba de movimiento a los muñecos de la película que era de papel.

Los juegos reunidos hacían las delicias de los niños que se pasaban las horas jugando con ellos.

La comba con dos mangos de madera y un cordón servía para saltar, habiendo verdaderas profesionales que hacían maravillas con la cuerda, llamando la atención de la gente.

El diábolo era también preferido por niños y niñas, que, con verdadera maña, lo tiraban hacia lo alto. Una vez vi a un joven, que, al lanzar el diábolo hacia arriba, sobrepasó la cabeza de San Elías en la Iglesia del Carmen.

El trompo era un juego que despertaba pasiones entre los niños, habiendo verdaderos maestros que ponían diferentes puntas de hierro a los trompos, para tratar de destrozar, el del contrario. La punta más terrible, era la púa piñón.

Las muñecas recortables hacían las delicias de las niñas que ponían diferentes tipos de vestidos a las mismas, y que se sujetaban sobre la muñeca, con unas pestañas.

Las pistolitas que se recargaban de agua, gozaban de gran atención entre el público infantil que jugaba a echar agua y mojar a los demás.

Las pistolas y las escopetas con corcho atado con cuerda entretenían a los pequeños largos ratos.

Las arquitecturas de piezas encajables despertaban la imaginación de los niños al hacer toda clase de construcciones.

Los juegos de indios con sus caballos, sus hachas, sus arcos con flechas, sus tiendas de campaña, servían para enfrentarlos a los soldados que se defendían valientemente dentro del fuerte.

Había verdaderos maestros y maestras en el juego del Yo-Yo, que era una pieza redonda de plástico, sobre la que se enrollaba un fuerte hilo, que, atado a un dedo, salía disparado hacia arriba, volviendo a enrollarse otra vez en el disco.

Y el futbolín, con dos quipos de jugadores sobre el campo, permitían a los muchachos echar campeonatos de goles sobre el campo de cartón.

El juego de la oca, que tiro porque me toca, entretenía a pequeños y grandes, así como el parchís.

Y las muñecas para las niñas, de piezas desmontables, gozaban de gran aceptación entre las pequeñas, que les ponían trajes que sus madres les confeccionaban.

Y muchos más.

El alcalde pedáneo del Cortijo de los Judíos, pocos días antes de la Navidad, se pasaba por el Ayuntamiento de Priego, donde le entregaban un saco de juguetes para los niños de la aldea.

En los colegios, también se repartían juguetes entre los alumnos, que el maestro daba a todos los niños, el día de vacaciones de Navidad, a la vez que les deseaba una Feliz Navidad, a ellos y a sus padres.

No era frecuente que los padres fueran a recoger a los niños a la salida de la escuela, ni tampoco que los llevaran. Los padres iban a la escuela cuando el maestro los llamaba para comentarles algo. No había reuniones, y las notas, se entregaban a los niños, para que sus padres la vieran, y las devolvieran al colegio, firmadas. Las puntuaciones iban del cero al diez, y se anotaban en el boletín, que llevaba la foto del alumno, destacando, lectura, escritura, cálculo, puntualidad, faltas, y, aseo.

Algunos maestros, en alguna ocasión, como don Joaquín de las escuelas de la calle Alta, rifaba cuadernos entre los niños.

Los mecano, eran muy divertidos, y permitían la construcción de juguetes, como grúas, maquinaria, poleas, andamios, y figuras.

La Cabalgata de los Reyes Magos despertaba la ilusión de todos los niños que acudían la Noche de Reyes al Paseillo a ver a Melchor, Gaspar y Baltasar, cargados de juguetes, que ellos esperaban que les echaran, acostándose aquella noche pronto, y esperando que amaneciera, para levantarse y recoger los juguetes que les habían traído los Reyes Magos, a los que, en algunas casas, se les ponían, en los balcones, los zapatos, con polvorones, para que fueran más generosos.

Y al día siguiente, el día 6 de enero, todos los niños y niñas, iban al Paseillo a disfrutar de sus juguetes y ver lo que sus Majestades les habían traído a los demás.

08.

LA NAVIDAD

Mucha gente esperaba las fiestas de Navidad en las que se celebraba el nacimiento en Belén de Nuestro Señor Jesucristo, en una cueva, rodeado de la mula y el buey, la Virgen María, y el bueno de San José.

Pero la Navidad no venía de pronto; se iba preparando a lo largo de los meses que la antecedían. Porque hasta que el tiempo no cambiaba, y hacía frío de verdad, no se presentaba la Navidad.

Era frecuente que algunos años nevara, aunque raramente, pero sí que el agua de la lluvia, que caía al suelo, amanecía convertida en hielo. Y eso se veía muy bien en la Cruz de la Aurora, en un charco grande que había frente a la Cooperativa de la Purísima, y justo al lado de la barbería de Pepe.

Los chiquillos saltaban sobre el hielo, hasta que éste, crujiendo, se rompía en pedazos.

Las mujeres, tan hacendosas ellas, hacían dulces como los mostachos y los polvorones con harina de trigo, manteca de cerdo, azúcar, y ajonjolí. Y luego, los ponían en unas bandejas grandes de hojalata, del horno de Charrasco, y los llevaban a cocer, metiéndolos en el fuego.

La calle del Torrejón, en los días que antecedían a la Navidad, eran un paso continuo de las mujeres con sus bandejas repletas de *mostachos* cortados con el culo de un vaso de Duralex, que era así, como salían redonditos.

Y una vez en el horno, se entregaba la mercancía al panadero, que los metía al calor de la leña de olivo, esperando que se cocieran.

¡Qué olor más rico echaba el horno por aquellos días! ¡Olor a azúcar, y ajonjolí!

Pero había gente que no se quería dar el trabajazo de hacer los mostachos, y entonces, encargaban una caja de cinco kilos de mantecados de Estepa, pero no era lo mismo. Los mostachos artesanos, eran de gloria.

El *turrolate* Merino, una mezcla de almendras, azúcar, cacao, y canela, y que fabricado en Casa de Merino, en la calle Puertas Nuevas, sabía a gloria,

y que nunca te hartabas de comerlo, acompañado con un joyo de aceite, o pan simplemente, envuelto en papel de platilla, y que una vez descubierto en la casa, duraba muy poco. Todos se comían su buen trozo.



Cayetano de diácono.

También era costumbre para celebrar las navidades comprar unas botellas de bebida, entre las que destacaba el Maríe Brizard, dulce como la miel, el *arrezoli*, de agua, café, y anís, el anís de Rute, o del Mono, dulce, o seco, el licor de menta, el licor de naranja, el vino de Málaga, el licor de café, y otros.

Los pestiños, que, aunque eran dulces típicos de la Semana Santa, también se comían por Navidad, y estaban hechos a base de harina, azúcar, y aceite, y que elaboraban nuestras madres para esas divinas fiestas.

Los roscos de vino, redonditos, emborrizados en azúcar tamizada, y elaborados a base de harina, y manteca de cerdo, hacían las delicias de todos los comensales en las

comidas navideñas, acompañados con sus correspondientes copitas de anís, o licor.

Poco tardaban en desaparecer los platos de roscos que traían las madres a la mesa.

Y no podemos olvidarnos de las bolitas de coco, los alfajores tan ricos, las galletas bañadas en chocolate, que traían las cajas de mantecados de Estepa, y que, una vez abierta la caja, desaparecían inmediatamente, como por arte de magia.

Los muchachos deseaban que llegara la Navidad, y para ello se preparaban para ella con ilusión construyendo en sus casas, con piel de

conejo, tiestos de barro, y cuerdas las zambombas, y el pellejo se hacía con vejigas de pavo, donde ataban el carrizo cogido de las puntas de las cañas de los cañaverales de la Cuesta, camino del río Salado.

Las vejigas de pavo, se secaban al relente de la noche sobre la boca del tiesto de barro cocido, poniéndole en su centro, el carrizo, atado con una fina cuerda.

Las zambombas adquirían su tersura, que es lo que las hacía sonar, untando el pellejo con ajo, al calor del fuego.

Y varios muchachos, formaban una comparsa, con sus zambombas, las botellas con relieve de anís vacías, que frotaban con un palo, para hacer el ritmo de la canción, las panderetas de madera con sus aros sonajeros, las carracas que giraban alrededor de un palo, y los triángulos.

Y las comparsas, cada día ensayaban, en la casa de uno de sus componentes, aprendiendo el manejo de los instrumentos y las letras que las acompañaban.

Los villancicos más cantados eran los que gustaban a la gente, que sacaba mostachos y aguardiente a los *comparseros*, que pasaban por la puerta de sus casas.

Los más celebrados eran:

LOS PECES EN EL RÍO

Pero mira como beben
los peces en el río.
Pero mira como beben



Zambomba popular.

por ver al Dios nacido.
Beben y beben
y vuelven a beber,
los peces en el río
por ver a Dios nacer.

La Virgen está lavando
y tendiendo en el romero,
los pajaritos cantando
y el romero floreciendo.

Pero mira como beben
los peces en el río,
pero mira como beben
por ver al Dios nacido
Beben y beben
y vuelven a beber
Los peces en el río
por ver a Dios Nacer.

La Virgen se está peinando
entre cortina y cortina
los cabellos son de oro
y el peine de plata fina.

Pero mira como beben
los peces en el río.
Pero mira como beben
por ver al Dios nacido.
Beben y Beben
y vuelven a beber,
los peces en el río
por ver a Dios nacido.

A BELÉN PASTORES

A Belén pastores,
a Belén chiquillos,
que ha nacido el rey
de los angelitos.

A Belén pastores,
a Belén chiquillos
que ha nacido el rey
de los angelitos.

Los pastores de Belén,
todos ellos van por leña,
para calentar al niño
que nació en la Nochebuena.

A Belén pastores,
a Belén chiquillos,
que ha nacido el rey
de los angelitos.

A Belén pastores,
a Belén chiquillos,
que ha nacido el rey
de los angelitos.

En el portal de Belén
hay estrellas sol y luna,
la Virgen y San José
y el Niño que está en la cuna.

A Belén pastores,
a Belén chiquillos,
que ha nacido el rey
de los angelitos.

A Belén pastores,
a Belén chiquillos,
que ha nacido el rey
de los angelitos.

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

A Belén pastores,

a Belén chiquillos,
que ha nacido el rey
de los angelitos
A Belén pastores,
a Belén chiquillos
Que ha nacido el rey
de los angelitos

Y en algunos centros de la localidad, se celebraban concursos de villancicos, como ocurrió en el Instituto de la calle del Río, donde se cantaron bastantes villancicos, y uno de ellos, fue cantado por Cayetano, que lucía camisa blanca, y como hacía tanto frío en aquel instituto, porque no había calefacción por aquel entonces, Cayetano, que era muy friolero, las pasó canutas, como vulgarmente se dice. Pero, a pesar del frío, malo para la voz, Cayetano cantó con gran ilusión, “Noche de Paz”

Noche de paz,
noche de amor,
Todo duerme
en derredor.
Entre sus astros
que esparcen su luz bella
anunciando al niño Jesús
brilla la estrella de paz,
brilla la estrella de paz.

Noche de paz,
noche de amor,
todo duerme
en derredor
Sólo velan en la oscuridad
los pastores que en el campo están;
y la estrella de Belén,
y la estrella de Belén.

Noche de paz,
noche de amor,
Todo duerme
en derredor;
sobre el santo niño Jesús
una estrella esparce su luz,

brilla sobre el Rey,
brilla sobre el Rey.

Noche de paz,
noche de amor,
todo duerme en derredor
Fieles velando allí en Belén
los pastores, la madre también.
Y la estrella de paz,
y la estrella de paz.

Noche de paz,
noche de amor,
todo duerme
en derredor.
Entre sus astros
que esparcen su luz
bella anunciando
al niño Jesús.
Brilla la estrella de paz,
brilla la estrella de paz.

La noche de Navidad, la Nochebuena, toda la gente se recogía pronto para estar juntos y cenar en familia. Los bares cerraban y las calles se quedaban desiertas, escuchándose sólo los sonos de los campanilleros alabando al Niño Dios.

Al atardecer no había nadie por la calle, y sólo se escuchaban las voces de las comparsas, y el sonido de sus instrumentos, que, una vez hecha su ronda, se iban para sus casas para comer con sus familiares.

El día de Nochebuena por la mañana, aparecían en la plaza, los paveros con sus pavos, que se habían criado en los cortijos, libremente, comiendo de lo que encontraban por la tierra, bichillos e hierbas silvestres. Si los pavos no daban el peso, unos meses antes, los cortijeros, les echaban grano, que generalmente era trigo, y así engordaban.

Generalmente, le gente encargaba a los paveros los pavos para la Navidad, con mucho tiempo de adelanto, y el Día de Nochebuena, la gente iba a recoger los pavos a la Plaza de Abastos, donde se pesaban con la romana, atando a los animales con una cuerda de las patas boca abajo, hasta

que la romana daba el peso, y se pagaba el importe del mismo, hasta el próximo año.

Después venía lo más desagradable, que era, matar al pavo, cortarle el pescuezo, desplumarlo, limpiarlo, y cocinarlo.

El pavo se guisaba de muchas maneras, pero en la casa de Cayetano, su madre Pilar, lo hacía de la siguiente manera:

Se freía el pavo en partes, pechuga, muslos y contra muslos, que se doraban en la sartén con aceite de oliva, con unos ajos. Después se sacaba todo en una cazuela y se le ponía un chorreón de buen vino, colocándolo nuevamente en el fuego hasta que se embebía el vino, echándole unas hojas de laurel, pimienta, y clavo, añadiéndole agua, hirviéndolo, y sacándolo del fuego cuando ya estaba tierno el pavo.

09.

LA MESA DE NOCHEBUENA.

La madre de la casa, Pilar, estaba atareada guisando el pavo en el fuego en una amplia sartén, sobre unas *estreves*, y el padre, Antonio, trabajaba en el molino.

Los niños estaban muy contentos porque aquella noche iban a cenar muy bien. Estarían todos juntos, y, hasta vendrían a casa los que estaban fuera estudiando, en Granada, y en Córdoba.

— Pon el mantel bordado de la Navidad.

— Ya voy, mamá.

Y se sacaba del cajón de la cómoda del comedor, el mantel más bonito que había en la casa para las fiestas, mantel color crema bordado con vainica.

Las servilletas eran de la misma tela, y cada uno tenía la suya, las que le servirían para unos pocos días.

La vajilla, ese día, era especial, y la mejor, que se guardaba en el aparador del comedor para las ocasiones solemnes.

Los cubiertos eran de plata Meneses, comprados a Roldán de Lucena, como así también, el reloj de la escalera, al que había que darle cuerda cada semana, para lo que el padre, se subía en una escalera, en el rellano de la escalera. El reloj daba las campanadas de las horas.

Sobre la mesa, se colocaban los saleros, y, se iban trayendo para colocarlos sobre la mesa, los entremeses que precederían a la comida de la Nochebuena.

De un buen jamón de cerdo criado en el campo, se iban cortando, afilando primero el cuchillo, con una piedra de asperón, lonchas de jamón, que iban rellenando poco a poco los platos, quitándole el exceso de tocino.

Sobre un paño de cocina, y en la cocina, se colocaba el jamón, al que había que preparar primero para sacar las lonchas del mismo.

El día de antes, el jamón, se limpiaba con agua, y se le quitaba toda la suciedad que el transporte le hubiese podido pegar, y, se secaba con un paño, colocándolo sobre la mesa de la cocina, en la que el fuego ardía con los

troncos de olivo, las patillas, y algún que otro palo, por lo que, en la cocina, se estaba muy calentito. De vez en cuando había que abrir la puerta para que entrara aire y bajara la temperatura sofocando el bochorno que había allí dentro.

Al jamón, se le quitaba parte de la grasa de tocino, y la corteza, quedando apto para *lonchearlo*, por lo que había que hacer el corte en dirección opuesta a la mano, para evitar accidentes.

Una vez terminado el corte del jamón, el hueso, se cortaba en trozos pequeños, que servirían para hacer una exquisita sopa de menudillo, o un cocido, agregándole, tocino, garbanzos, agua del Marqués, más fina que la de la Fuente del Rey, y que había que ir, a por ella, casi hasta el Calvario, en la calle Noria, guardando cola, porque el manantial, que salía por un grifo, en un frontal de hermosa piedra de mármol de Carcabuey, no echaba mucho chorro.

Había a quien le gustaba el jamón “*entreverao*”, y a otros, le gustaba con poco tocino.

También se partía un plato de salchichón, de Vich, muy reconocible por sus granos de color blanco de grasa, otro de morcilla, chorizo, y lonchas de un buen queso manchego.

El pan se colocaba sobre una cesta de mimbre y se cortaba a trozos, siendo de pan de cantos, o de cuarterón, también se colocaba sobre la mesa un plato de “ochos” del Horno de Ariza de la Cruz de la Aurora.

Toda la tarde, se mantenía el brasero, para que no se apagara, pero un poco antes de la cena, un caldero de ascuas del molino, se incorporaba al mismo, haciendo que todos los presentes, se acercaran a la mesa estufa para calentarse. Era hermoso ver, cómo el caldero, con las ascuas echando todavía fuego, animaban el resplandor de la calle, teniendo que cambiar el molinero, de mano, el asa, para no quemarse.

Y para que la estancia oliera bien, se le rociaban al brasero de picón, unas hojas de alhucema, que dotaban a la habitación de un olor apetecible.

La calle, conforme pasaban las horas que llevaban hasta la noche cerrada, se iba vaciando de gente, y cada cual, se refugiaba con los suyos.

Sólo se oía en la calle el sonido alegre de las comparsas de campanilleros que pasaban por las casas para pedir el aguinaldo.

El pavo guisado con almendras, “*bucati cardinali*”, se colocaba sobre una gran fuente honda, con toda su salsa, procediéndose a continuación, a

servir los platos de los comensales, cosa que hacía la madre y buena cocinera, poniéndole a cada uno de los presentes, la parte del pavo, que más le gustaba. Porque había quien quería muslo, otros, contra muslo, la pechuga era muy apreciada, y el plato iba acompañado con su salsa correspondiente, para echar unas sopas, al terminar de ingerirlo, acompañando la carne, con unas patatas fritas cortadas a tiras.

Antes de la comida, y después, se cantaban villancicos, que se acompañaban con panderetas, zambombas, triángulo, el raspado de la botella de anís de Rute, rugosa, con un cuchillo, el giro de las carracas, no faltando las zambombas, y las voces de los presentes que nos hacían ver que estábamos en Navidad, y que un Niño, iba a nacer en un pesebre, pobre, rodeado, de un buey y una mula, que le daban calor.

El punto final de la cena de Nochebuena, era la degustación de los mostachos artesanales, hechos en el pueblo, y cocidos en horno de leña, y las copitas de licores que los acompañaban, que procedían de Rute.

Había que darse prisa, porque nos esperaban en la Misa del gallo, a las doce de la noche, en la Parroquia de la Asunción, que estaba repleta de gente, y en la que oficiaba don Rafael Madueño, y mucho antes, don José Aparicio, que acabó sus días en la Argentina.

La iglesia estaba atiborrada de gente. No cabía ni un alfiler, e incluso algunos fieles tenían que quedarse a la entrada del templo, costando mucho trabajo el pasar hacia el interior del mismo.

El coro de la iglesia de la Asunción, de maderas nobles, en cuyo centro se alzaba un gran libro de canto, acogía a numerosos fieles, que se sentaban en sus bancos, coro que se perdió, cuando se adaptó el templo, a la nueva liturgia. ¡Qué pena!

Y cuando llegaba el momento del Nacimiento del Niño Jesús, los presentes hervían de entusiasmo, repicando las campanas al vuelo de la torre.

Gloria a Dios
en las alturas,
y en la tierra
paz a los hombres
que ama el Señor.
Gloria a Dios
en las alturas,
y en la tierra

paz a los hombres
que ama el Señor.

Te alabamos,
te bendecimos,
te adoramos,
glorificamos,
te alabamos,
te bendecimos,
te adoramos,
glorificamos,
te damos gracias
por tu inmensa gloria
Señor Dios, Rey celestial
Dios, padre todopoderoso
Señor, hijo único, Jesucristo.
Señor Dios, cordero de Dios
Hijo del Padre,
Tú que quitas los pecados del mundo,
ten piedad de nosotros.
Tú que quitas los pecados del mundo,
atiende nuestras suplicas.

Tú que reinas con el Padre,
ten piedad de nosotros.
Gloria a Dios
en las alturas
y en la tierra
paz a los hombres
que ama el Señor

Porque tú,
sólo eres santo,
sólo tú
Señor tú solo.

Porque tú,
sólo eres santo.
Solo tú,
Señor tú solo tú
sólo Altísimo Jesucristo

Tú solo, Altísimo Jesucristo,
con el Espíritu Santo,
con el Espíritu Santo,
en la gloria de Dios Padre
Amén.

¡Qué buen marco, el de la misa de Nochebuena, para celebrar el nacimiento de Jesús!

¡Hacía un frío que pelaba, dentro de la iglesia, y al salir fuera, aún más! Pero no igual para todo el mundo; sobre todo, para los que se habían tomado unas copillas de más.

10.

BOTAS HECHAS A MANO

Aquellos tiempos de los años cincuenta, eran tiempos de penuria, en los que las cosas no abundaban, y muchas, había que hacerlas artesanalmente, por artesanos locales de prestigio. Es lo que ocurría con las botas de andar.

Ibas al zapatero, que te tomaba la medida del pie, dibujando la plantilla en un cartón, con un lápiz, y después, elegía la horma de tu zapato, al que se iba a adaptar la bota.

Las suelas, solían ser de cuero, y para ello, muchas veces se utilizaban restos de correas que movían algunos motores de los molinos de aceite.

En la Cooperativa de la Purísima, en la Puerta *Graná*, había un motor de gasoil marino, que se usó alguna vez, cuando la corriente del Chorro, la compañía de electricidad que suministraba a Priego, se iba, y tardaba algunos días en volver.

Una columna de molineros, uno tras otro, agarrados a una cuerda, tiraban fuertemente del motor marino, que costaba sudor y fuerza, para arrancarlo.

En un bajo, al lado de las oficinas, había unas tinajas de barro, donde se guardaba el gasoil del que se surtía al motor marino, que, con su fuerza, movía el empiedro, y las batidoras, donde se molía la aceituna. Y de las correas viejas, ya desgastadas y fuera de uso, se sacaba material para hacer las botas.

Los molineros, llevaban en sus pies, albarcas, hechas con trozos de neumáticos de camión, atadas con cuerdas a los pies, que se liaban con trozos de tela.

El resto del material para hacer zapatos, se compraba en Montenegro, que tenía la tienda frente a la Cooperativa de la Purísima, un poco más abajo, de la barbería de Pepe.

A aquella tienda acudía mucha gente a comprar material para el calzado, como cordones, cuero, goma, leznas, cuerda, y cerote.

Montenegro, era un comerciante alto, y delgado, con bigote, y tenía varios hijos. Este honrado comerciante, compró la tienda de calzados, que en la calle Mesones, al principio, regentaba el señor Pulido, transformándola y adaptándola a las nuevas necesidades de la población.

La tienda era hermosa, y estaba bien surtida de todo género de zapatos, pero no sabemos por qué, el anterior propietario, Pulido, la vendió.

La tienda de Pulido, de calzados, calzados Pulido, era atendida por el padre, hombre sencillo, amable y bueno, que contaba de gran popularidad entre la población local, y las gentes de los cortijos, que se acercaban a Priego a comprar calzado para acometer la campaña de la aceituna. Más tarde, el hijo de Pulido, montó una tienda de zapatos en la Ribera.

A Pulido padre, le ayudaban en su cometido sus hijas, las “Mellizas”, que atendían a las señoras, y eran las mellizas, muy simpáticas y atentas para con la clientela.

Cuando vinieron a Priego, Los Valencianos, gente de Alicante, dedicada a la venta de zapatos, era curioso oírlos hablar en aquella lengua suya, a la que no estaba la gente acostumbrada, y montaron en Priego dos tiendas de zapatos, una en la calle Zapateros, al principio, y la otra, en la calle Mesones. Traían buenos modelos de zapatos de Elche, donde se fabricaba todo el calzado de España, teniendo mucha aceptación entre la gente.

La tienda de la calle Zapateros, era pequeña, y tenía un escaparate hacia la calle, la de la calle Mesones, era más grande y hermosa, y estaba dotada de un gran escaparate, donde se exponían las novedades de zapatos para la temporada.

Por el barrio de la Cruz de la Aurora, había dos zapateros, uno, que trabajaba en el bajo de su casa, con vistas a la calle, y que se llamaba Rodríguez, que tenía numerosos hijos, que cuidaban de una huerta en la Vega, teniendo su burro, en el que cargaban la cosecha que daba la huerta.

Rodríguez, era un hombre muy simpático, e ilustrado, y un gran profesional, con su cabeza cubierta de pelo blanco, lo que le daba gran distinción, logrando con su esfuerzo, sacar adelante a su familia, que cuidaba con gran cariño, de un hijo minusválido, y más adelante, una de sus hijas, Sacramento, haría la carrera de maestra, logrando altas cotas como poeta, y otro hijo, se colocó en el ayuntamiento, como jardinero, ayudando en su tarea al jardinero de toda la vida, Félix “El Guarda”

Y el otro zapatero del Barrio de la Aurora, vivía en la esquina de la calle Mesones, la que confluía al Compás de San Francisco, en una casa de varias

plantas, estrecha, y éste, tocaba en la procesión del Nazareno, del Viernes Santo, el saxofón.

En esa misma calle, pero al principio, tenía abierto establecimiento de comercio, Zacarías padre, delgado y alto, muy simpático, y al que acudían gentes de todo Priego, y más allá, para proveerse de las tan apreciadas viandas que vendía, y otros, no menos importantes artículos para la casa.

Tenía Zacarías algunas fincas de olivos, cuyo fruto, llevaba a la Cooperativa Olivarera La Purísima, pues era socio de la misma.

Con el tiempo, el comercio pasó a su hijo, que hizo gran buena carrera en el mundo de la venta, convirtiendo la pequeña tienda, en cuasi un gran supermercado donde se podía encontrar de todo para la casa.

Otro de los hijos de Zacarías se hizo sacerdote bajo la tutela de don Ángel Carrillo Trucio, que dedicó su vida a llevar muchachos de Priego al Seminario Conciliar de San Pelagio de Córdoba, y cuya causa de beatificación se está haciendo esperar.

En ese barrio, fueron algunos de sus habitantes, los que estudiaron la carrera de sacerdote, entre ellos, Muñoz Corpas, “Morenico”, cuya familia vivía en una casa situada a las espaldas del pilón del agua, y que se caracterizaba, porque no estaba situada a nivel de la calle, sino que para acceder a ella, había que bajar varios escalones desde una plataforma de mampostería, a cuyos pies hacía sus exquisitos tejeringos la excelente tejeringuera, Castillo, los que entregaba al cliente, ensartados en un junco de las orillas del río Salado.

Talleres Buill, estaba reconocido como un taller prestigioso, donde se arreglaban las averías de los coches, dedicándose varios miembros de la familia, a este menester, padre e hijo.

Y justo, una casa más abajo, vivía la familia Zurita, con fábrica de tejidos, que tenía entrada por el callejón que desembocaba en el Compás de San Francisco.

Al final de la Cuesta, se veía la fábrica de tejidos de Marín, la casa de recogida de aceite de los alpechines de Sánchez, que aprovechaba el colector que iba para el río y al que vertían los mismos, quitándole su contenido de aceite, que luego vendían a empresas de toda España. Hubo varios paisanos que hicieron fortuna con los “turbios” del aceite. Otro que hay que señalar, era yerno de Ramón que tenía puesto de aves en la plaza de abastos.

Ya bajando por la Cuesta se encontraba el taller de carpintería de Poyato, especialista en poner astiles a las herramientas de los campesinos, y de los albañiles. En su casa tenía palos de todas las clases que adaptaba, con pericia, a las diferentes herramientas.

Y, justo al lado de la fábrica de Marín, estaba la tenería de los hermanos Córdoba, entre ellos, Paco, que preparaban las pieles de los animales, curtiéndolas con diversos tratamientos y tiñéndolas con la corteza del arbusto al que llamaban zumaque, y que un camión, de grandes dimensiones, traía hasta la tenería. Los muchachos, aprovechaban las cortezas que caían al suelo del trasiego del camión, para con una navaja, hacer barcos pequeños, con su vela. Era la madera de zumaque muy fácil de trabajar. En los montes de los alrededores de Priego se veían las plantas de zumaque, y concretamente en los ribazos de una finca a la que llamaban “El Zarzalón”, y que estaba frente al sitio que llamaban la Pata Mahoma.

Y siguiendo calle abajo, y doblando, y cogiendo un estrecho y mal callejón, se salía al lavadero, donde las mujeres, con abundancia de agua, quitaban la suciedad a las prendas de sus familiares, que luego tendían al sol en las plantas de los alrededores, para que se secaran, y por allí, bajaba un camino que llevaba hasta la Joya y el Fontanar, donde Cayetano, y otros amigos, entre ellos, José Luis López, y Pepito Díaz, fabricaron un pequeño cañón. Locuras de juventud.

Y fue en el taller de las Hilaturas donde el tubo de hierro se soldó por uno de sus extremos, abriéndole un agujerito para meterle la mecha. Tenía el cañón, unos siete centímetros de ancho, y unos cuarenta de largo.

Pero había que fabricar la pólvora, lo que no fue muy difícil de hacer, ya que revolvieron el azufre, y el clorato potásico, que compraron en la droguería de Calvo que estaba junto a Correos, en la calle Mesones.

Llegado el día de la prueba del arma, Cayetano metió todos los componentes del cañón en una vieja arquita de su casa para no levantar sospechas, y, bajando por el Paseo, enfilaron hacia Joya, subiendo campo a través, hasta El Fontanar, y la Casería Buenavista, desde la que se veía Priego. Era hermosa la casería con sus filas de cipreses abriendo camino hasta la casa. Se veía desde el Adarve, por la parte que pegaba a la casa de don Víctor Rubio, abogado.

El personal estaba muy ilusionado de que aquel artefacto iba a funcionar con gran estruendo, lo que la gente traduciría como “un cohete más que explotaba” anunciando no sé qué fiesta.

Se cargó por los artificieros el cañón con la pólvora fabricada y piedras, atascándolo con un palo de olivo, y se le metió fuego con un mechero de gasolina a la mecha que sobresalía sobre la superficie del cañón, quizás demasiado larga, lo que no surtió efecto, con gran disgusto de los presentes. Se le quitó la mecha al cañón, echando un reguero de pólvora sobre su lomo.

Ante el miedo de que el artefacto explotara, todos se parapetaron detrás de una gran piedra.

El más valiente repitió la operación de meter fuego a la mezcla explosiva, respondiendo con firmeza el cañón, que vomitó su carga en La Joya sobre el espacio, provocando un gran ruido.

— Qué vienen los civiles— dijo alguien.

Cayetano recogió el artefacto, y corriendo como los demás, y huyendo de la quema, llegó hasta el Paseo, sudoroso y temblando. Guardó el arca en su sitio, y tiró el cañón por el *cesnaor* del Paseo, espantando unas feas ratas que buscaban comida entre los desperdicios que por allí se tiraban.

Las botas que le fabricara el zapatero José Rodríguez aguantaron bien la carrera por el campo; eso, sí: hubo que limpiarlas con agua, quitarle las pastillas de barro que traían pegado a las suelas, y después darle lustre con un tomate y frotarlas con un trapo para devolverles su color natural.

11.

LA FERIA

Y llegó la Feria de septiembre para alborozo de las gentes, que así descansaban de su común quehacer, que compartían con su familia y allegados.

En el Paseo de Colombia, en la casa de don Julio Matilla, en la cochera, don Julio dejaba la misma a uno de sus empleados para que montara allí un bar pequeñito donde el hombre se ganaba unos dinerillos para ayudar a su modesta economía familiar.

Y allí iba la familia de Cayetano a tomar una poquita sangría, que la hacían muy rica, con vino, azúcar, y algo de agua, casquitos de melocotón, auténtico, que por aquella época se le llamaba durazno, y que degeneraría después en el melocotón que ahora se llama así, añadiéndole canela en rama, que embriagada en el vino, sabía a gloria.

¡Qué hueso más duro el del durazno de entonces, en comparación con el del melocotón de hoy! ¡No había forma de romperlo!

Y la Feria, comenzaba en los alrededores del Puente Tablas, y subía por la Ribera con puestos de peladillas, fruta confitada, turrónes de varias clases, y manzanas acarameladas

Y en el Paseillo, se montaba la Caseta Municipal, con sus postes de madera, y sus lienzos de tela, que quitaban calor al ambiente.

El escenario daba la espalda a la tienda de los Siles, donde en la acera de enfrente, aparcaban los pocos taxis que en aquel tiempo había. Entre ellos el del padre de Francisco González y Eduardo Ortiz.

Y tenía buena cocina la Caseta de la Feria, donde se podía saborear lo más exquisito de la cocina de Priego, y manjares de fuera.

Los platos de gambas, el queso, el jamón serrano, se veían en las mesas, acompañado del buen vino de Montilla, así como de la cerveza.

Para que el precio a pagar no fuera tan gravoso, se compraban unos bonos en el Casino de los Señores que servían para entrar todos los días de feria a la caseta.

Las mesas de madera, con sus sillas plegables, se esparcían por todo el recinto, y a veces, había que esperar para poder encontrar acomodo.

Sobre el escenario actuaban cantantes de prestigio, y orquestas de renombre, sobre todo, por la noche.



Cartel de Feria. Obra de Adolfo Lozano Sidro.

El comienzo de la Feria era anunciado a bombo y platillo, paseando la banda de música municipal por las principales calles de Priego muy de mañana, levantando a la gente que salía a los balcones de las casas para ver el espectáculo de la Diana.

Los Gigantes y Cabezudos hacían las delicias de los más pequeños, que recelosos, se

asustaban cuando sus padres los acercaban cerca, muy cerca, de aquellos seres de cabeza grande, con corona, pareja de hombre y mujer, que giraban y giraban, dando vueltas y más vueltas con sus manos locas un poco a favor del movimiento.

Y el Maestro Prados, genial, con su batuta, y su labio prominente, medía el compás de la banda de música, que amenizaba la danza de aquellos gigantes encorsetados en aquellos artilugios de madera con ropajes regios, mientras los cohetes de rabo de carrizo, y cabeza de cartón encordado explotaban en el aire atemorizando a las gentes.

En días señalados se tiraban “porrones” cohetes más gordos y ensordecedores de lo normal, para anunciar el ordenamiento de un sacerdote, los Domingos de Mayo, u otras fiestas de interés.

Los puestos de turrón, de juguetes, los de camarones, tan solicitados, y tan ricos, que servían en unos cucuruchos de papel de *trasa*, y que para estar frescos, necesitaban ser regados con agua, los cocos que había que abrirlos con un martillo y que soltaban el agua que llevaban en su interior.

Los puestos de cacerolas, perolas, sartenes, y demás artilugios para la cocina, ocupaban las puertas de las casas señoriales de esta gran calle. Los puestos de almendras garrapiñadas, los de juguetes para los niños, de trompetas, de tambores...

En el Palenque, ponían una caseta, pequeña, en el llano que lindaba con el local de la OJE.

Me viene a la memoria el nombre de Francisco Calañas, profesor de Educación Física del Instituto Laboral, muy atlético, simpático y servicial.

En la OJE se realizaban diversas actividades, y entre ellas destacaba, la del Grupo de Espeleología, que por aquel tiempo empieza a despertar la afición de la gente por averiguar la vida que hubo en las profundidades rocosas de nuestro pueblo.

Comienzan a aparecer los primeros hallazgos de los pobladores de aquellas cuevas: cerámica, huesos, etc.

Vílchez, maestro, gran aficionado a la lectura, le dejó a Cayetano un libro: *Los Novios*, de Alejandro Manzoni, en una edición de bolsillo de la editorial Aguilar, libro que leyó con gran interés y curiosidad.

Otra de las actividades que desarrollaba la OJE en Priego, era la organización de los Campamentos de Verano, en el Puerto de Santa María, y a ellos fueron muchos jóvenes de Priego. Para participar, había que apuntarse a la OJE, como era preceptivo, y Cayetano se apuntó, y su padre le compró el equipo, que consistía, en una camisa de manga corta, el escudo de la OJE, los pantalones cortos, y las botas.

La noche antes de la partida, Cayetano se sintió indispuerto, aquejado de una fuerte “cagalera”, tanto, que el “Tanager” que le suministraron en la Farmacia de Pedrajas, no conseguía cortar aquel vaciado continuo de los intestinos doloridos.

Hubo que acudir a la medicina popular, tan buena como la otra, la que le indicó, que se comiera varios puñados de bellotas secas y duras, y unas

cuantas, de castañas pilongas, cosa que hizo, con tan buen resultado, que los excrementos elaborados en Priego con alimentos de aquí, sirvieron para abonar un solar detrás del campamento, en el Puerto de Santa María, no sin gran alarma del muchacho, que se pasó cuatro días sin ir al excusado.

En Córdoba, cogieron el tren para el Puerto. Un tren viejo y destartado, que funcionaba con carbón, que le suministraban los fogoneros cada cierto tiempo.

Hacía mucho calor, y bebían el agua que llevaba el tren en los lavabos.

Cuando llegaron al Puerto, bajaron todos los muchachos, y después de pasar lista, viendo que estaban completos, emprendieron la marcha hacia el campamento, no muy lejos de la playa.

Vivían en tiendas de campaña, habiendo buena organización, y todos los días, iban a la playa a bañarse, y volvían todos con grandes rojeces en las piernas, ocasionadas por las medusas del mar, que eran de buen tamaño. Pero el sol, que es tan dañino, atacó los hombros de Cayetano, con unas grandes quemaduras, de la que tardó en recuperarse.

Lo más interesante, fue la travesía en barco, pequeño, hasta el Puerto de Cádiz, donde había anclados grandes barcos en el puerto. Nos dijeron que no nos metiéramos por sitios raros de la capital gaditana, porque había muchos mariquitas por allí

Nuestro protagonista, lo pasó bastante mal aquel día en la travesía, porque estaba el mar bastante picado, y las olas, amenazaban con saltar al barco y hundirlo. Y él, que no era de mar, sino de tierra adentro, lo pasó muy angustioso, tanto, que cuando desembarcó, le dijo al monitor, que él, no volvía al campamento en barco...



Hamaca de los años sesenta para descansar del ajetreo de la feria.

Qué pequeño se sentía nuestro personaje al lado de uno de aquellos monstruos metálicos anclados en el muelle Y él se paraba ahí, dejando volar su imaginación, soñando con visitar países lejanos, y conocer otras gentes y otras culturas. Pero, a él, que no había salido nunca de su casa, ni había ido a ningún sitio, lo que le interesaba, era, desandar lo andado y volver a su casa, con sus padres, y hermanos, su buena comida y la cama calentita en las noches frías de invierno que le calentaba con una plancha de hierro en el *arnafe*, su querida madre Pilar, ayudada por la buena de Inés. Tanta agua le venía larga y prefería dejarla para otros.

En la Carrera de las Monjas, a la altura del Taller de Máquinas de Escribir de Avelino Siller, había una atracción de coches, El tiovivo que giraban y giraban, y en las que se montaban los niños. Había un fotógrafo que hacía fotos a los que sus padres querían, y cuando las revelaba, al día siguiente, se las entregaba a sus padres, cobrándoles una módica cantidad de dinero.

Un clásico de todas las ferias, eran los caballitos, que, colgados de una barra, giraban sobre un artesonado de madera, al que había que empujar a mano para que se moviera y diera vueltas. Cuando llegaba la hora en la que se había acabado el tiempo, había que frenar el tiovivo de la misma forma, tirando en sentido contrario de la marcha, con las manos, y frenando con los pies. Los padres de niños pequeños se subían con ellos para que no se asustaran.

En las barcas, que eran dos, los niños más atrevidos, se subían, y para que no dieran la vuelta de campana, sobre el eje del que giraban, el feriante, tenía que pisar un freno, que hacía que la goma del mismo rosara sobre el culo de la barca, quitándole fuerza. Pero, aun así, había muchachos que cuando pillaban al feriante distraído, trataban de dar la vuelta de campana, llevándose la gran bronca del feriante.

En la puerta del cine del Palenque, se colocaba un charlatán con un camión lleno de telas.

— Mujeres, —decía, que tengo una manta que os la voy a dar por 25 pesetas, de la mejor lana merina del mundo. Pero como no os vais a ir tranquilas creyendo que os he engañado, por el mismo precio, pero quitándole cinco pesetas, os voy a dar una colcha, y para que no creáis que os engaño, os voy a dar por el mismo precio, un juego de sábanas de la mejor calidad, y como no os vais a quedar conformes, y para que me compréis el año que viene, si Dios quiere, os voy a echar por el mismo precio, unas fundas de la mejor tela para la almohada, y además, otra funda para el

colchón, y unos esterillos de la mejor lana, para los pies...

Algunas mujeres, y hombres, compraban al charlatán, convencidos de que habían hecho una buena compra...

En la Haza Luna, se montaba cada año la Feria de Ganado, a la que venían gentes de muchos sitios a vender o comprar ganado para las faenas del campo.

La Feria del Ganado duraba varios días, y durante la misma, la gente, que venía de lejos, dormía allí mismo, cerca de las bestias.

Era muy hermoso subir a la Feria de Ganado, para ver tanto animal, y conocer a tanta gente de diferentes lugares, y mirar cómo se hacían los tratos, que la mayoría de las veces, se cerraban con un buen apretón de manos.

Una pareja de la Guardia Civil andaba por aquellos terrenos para evitar que las cosas se hicieran de mala manera. Y el precio estipulado, por la compra, o la venta del ganado, se pagaba a tocateja.

Los canasteros, aprovechaban los días de feria para vender la mercancía, de la que eran los reyes por su buen y bonito hacer, los gitanos del pueblo. Había un canastero que se ponía en el Paseo de Colombia, durante los veranos, al final de la tarde, y hacía su trabajo a la vista de la gente. Muchos muchachos se acercaban para verlo trabajar.

Con su hocino grande, cortaba las cañas, las pelaba, las abría, y también, las varillas de mimbre, y con los pies prensaba el material e iba tejiéndolo hasta darle la forma de canasto. ¡Era un gran artista!

El arte del canasto no era difícil, pero había que tener maña y fuerza para hacerlo.

Previamente, se cortaban unas varas de mimbre, que se criaban a la orilla de los ríos, y se hacía una cruz con ellas, pisándolas con el pie. Alrededor de ellas, se iba trenzando las cañas, que se iban alternando con el mimbre, hasta terminar el canasto, cortando con una navaja, los palos sobrantes. Si había algún palo que no se doblegaba, el canastero lo sometía dándole golpes con una maza de madera.

Y los canastos, servían para muchas cosas, y tenían la forma especial para lo que iban a servir.

Había canastos grandes, que se llamaban canastones, y que eran usados para cargar en ellos las camuesas, echándolos sobre los lomos del mulo, uno a cada lado del mismo.

Otra clase de canastones, servían para echar en ellos las aceitunas que se cogían del troje, y que se llevaban a hombro hasta la tolva, donde se vaciaban sobre la cinta transportadora, para que los subiera hasta el empiedro, o para cargar el orujo en el molino, y echarlo sobre el camión, para llevarlo a la orujera de Pedrajas que estaba en el Camino de los Prados. Los canastos grandes también servían para recoger la ropa después de secada al sol, pero se hacían de caña solamente.

Había canastos más pequeños, que se llamaban canastillos, y que servían para hacer la compra en la plaza, para llevar el pan, y para almacenar huevos.

Era muy bonito, ver en las tardes de verano al canastero hacer los canastos para su clientela mientras se oían los cantos que la “Madrilica”, de pelo blanco, lanzaba al aire acompañándose con su piano.

Pero los canastos no eran faena exclusiva de los canasteros payos, sino que, había gitanos, que antes de la feria, se afanaban en hacer canastos, que vendían durante la misma a la gente, sacándose un buen dinerito.

Detrás del Palenque, justo en el mismo plano del cine, se situaba la herrería de Felipe el Herrero, un lugar de ancha puerta y espacioso local, donde se hacían puertas, ventanas, y se soldaban las herramientas rotas, También se dedicaban al mantenimiento y arreglo de los elementos mecánicos de los molinos de aceite. Cuando surgía un problema en el molino, una prensa de aceite rota, un pistón que no encajaba bien en el cilindro, un collarín que había que cambiar, se llamaba por teléfono, se solicitaba a la operadora, que pusiesen con Felipe, contándole el asunto, y a renglón seguido, Felipe venía cuando podía, veía lo que había que hacer, y después mandaba unos operarios para ver la forma de arreglar aquello. En la puerta se hacinaban materiales de hierro, puertas, ventanas, rejas de bonito forjado, pero para este menester, nadie mejor que José Molina Sánchez, padre de Ángeles y Francisca Molina Cobo, y esposo de Leonor Cobo, que con su laboriosidad hizo gran cantidad de rejas en Almedinilla, y arregló, no pocos molinos de aceite. Después se dedicó al transporte con un camión en el que colgaba en la cabina la imagen de San Cristóbal protector de los camioneros. Quede para el recuerdo la bella cuna de hierro forjado construida con sus manos poniendo al rojo vivo el hierro en la fragua y domándolo a martillazos para que adquiriera la correcta forma, y en las que tendrían felices sueños de la niñez, las dos hermanas.

Los días fuertes de feria no había trabajo en el taller de Felipe, pero acabada ésta, se volvía al ruido de las máquinas y los golpes de los martillos en el yunque, después de sacar la pieza al rojo vivo de la fragua.



Los padres y su hermana van a la feria.

La fragua, funcionaba con carbón piedra que se compraba en Córdoba, y que venía de las minas de Peñarroya, trayéndose hasta el pueblo en un camión. Una vez encendida la fragua, con trapos y cartones, se avivaba el carbón, dándole a un molinillo que echaba aire sobre el carbón, momento que aprovechaba el herrero, para meter el hierro en ella, y ya calentado y al rojo, se colocaba sobre el yunque, donde a fuerza de martillazos, se le daba la forma requerida. Muchas de las rejas que lucen las casas de Priego salieron de la herrería de Felipe el Herrero.

El carbón se traía de Córdoba de un almacén donde se encontraba apilado en un gran patio, y los operarios, a fuerza de pala, lo cargaban hasta completar el cajón. Después lo pesaban en una gran báscula Pibernat, para mucho tonelaje; también se puso una máquina de estas en el molino de la Purísima.

Las aceitunas se pesaban en la Cooperativa de la Purísima en una pequeña báscula. Los mulos que traían los sacos de aceituna, los acercaban hasta la báscula, y los descargaban.

Aquella báscula no podía pesar muchos sacos. Pero un día, la Cooperativa decidió comprar una báscula Pibernat que pesaba hasta 20.000 kilos. Y eso fue un gran avance, porque allí se pesaban los mulos con la carga sin descargarlos. El problema era, que, si los mulos meaban al verse libres

del peso que soportaban sobre sus espaldas, el olivadero se veía favorecido en el peso. La báscula tenía unos ocho metros de larga por unos tres de ancha, e imprimía sobre un ticket, el bruto y la tara, haciéndose a mano, el neto que se entregaba al olivadero.

Algunos de los camiones que había en el pueblo, eran rusos. Y eran unos camiones grandes y muy pesados. Posiblemente, cuando echaron a los rusos de España, el Gobierno, los vendió a particulares, que los usaron para el transporte de mercancías.

El padre de Pepito Díaz, tenía un camión pequeño, que lo usaba para dar portes, sobre todo de aceitunas desde el campo al molino. Y su padre, también tuvo uno de los primeros SEAT 600 del pueblo, en el que los “Cuatro X”, conjunto musical moderno, formado por Antonio Marín, Cayetano Peláez, Salvador Muriel, y Millán, fueron a Cabra, a un concurso que había en la radio local, Radio Cabra, actuando de solista, la hermana de Millán, Carmela Millán, de muy buena voz, y locutora de la emisora local “Radio Priego” que transmitía desde el Instituto Laboral, todos los días, y que tenía un programa especial los domingos, en el que la gente llamaba por teléfono a la emisora, para solicitar que transmitieran para algún ser querido una canción que le dedicaba.

El conjunto musical usaba instrumentos de cuerda, laúd, guitarra, y Antonio Marín, tocaba un viejo acordeón de su abuelo.

Los ensayos los hacíamos en la casa de Antonio, en el Huerto la Hoya, en la entrada a la casa. Y la canción que más éxito tenía entre la gente, era, “Brigitte Bardot”.

Los músicos llevaban los pelos largos, al estilo de los Beatles, y eso hacía mucho furor entre la población femenina.

Los bares que estaban en el recorrido de la feria, cerraban a altas horas de la madrugada, durante los días de la misma, y había mucha gente del campo, que vivían en los cortijos, que se acercaban a la feria para disfrutar de la misma.

Toda la Carrera de las Monjas, el Palenque, la calle de don José Luis Gámiz, la Rivera, la calle Río, estaban llenas de puestos de los feriantes, donde se podían comprar turrone, juguetes, y cosas para la casa.

También, en el Instituto Laboral, vivía un sacerdote que no era de Priego que animaba mucho a la juventud, a la que congregaba los sábados en la Plaza de San Pedro, en la que se hacían juegos divertidos, como el de los zancos, que eran dos palos con unos topes, en el que muchos de los que se

subían, hasta que los dominaban, caían al suelo. Otro de los juegos preferidos eran las carreras de sacos, que consistía en meterse dentro de un saco, y tratar de llegar el primero hasta la meta. El juego era muy divertido por la dificultad de andar con los pies dentro del saco, porque había que saltar para desplazarse, y el que saltaba más, era el que ganaba.

Terminada la feria había que volver al colegio para hacernos hombres el día de mañana. Nadie nos quitaría lo mucho que habíamos disfrutado con un mundo de sueño, color y alegría.

Algunas tardes de verano aparecían por el pueblo gente que vendía cosas. Me llamaba mucho la atención un hombre gordo con una blusa negra y grande que le bajaba de las rodillas. Llevaba una gran bolsa llena de quesos manchegos que ofrecía a la gente.

Otro personaje original era aquel que repiqueteaba con gracia y tono sobre un caldero de cobre con un martillo. Llevaba una vieja borriquilla llena de cacharros de cobre para su venta.

12.

AIRE PARA EL FUELLE

Los domingos de mayo en Priego, por aquella época, eran soberbios, por su espectacularidad, por su magnificencia, por el esplendor de las celebraciones religiosas, por los retablos que se montaban en las iglesias, por las procesiones que recorrían el pueblo.

El día anterior a la celebración de la misa festiva en San Francisco, o, sea, el sábado, a eso del mediodía, la una de la tarde, se tiraban cohetes para recordar a la gente la fiesta de mañana.



Sagrario de la iglesia de la Asunción de Priego. Vista parcial.

Y los cohetes, tenían un rabo largo de cañizo de cañaveral en cuyo extremo, se liaba con cuerda un pequeño cilindro de cartón en el que se colocaba la pólvora y la mecha.

Había cohetes más grandes y gordos que formaban un gran estruendo y que se llamaban “porrones”, que se tiraban en contadas ocasiones.

Los cohetes que tiraban en San Francisco, aparecían en el patio de la Cooperativa la Purísima, donde Cayetano los cogía, los observaba, y los conservaba.

Y la forma de tirar los cohetes, por el cohetero, gente de Priego, consistía en agarrar el cohete, un poco por debajo de la mecha, por la caña, y meterle fuego con la colilla del cigarro, para soltarlo en el momento en que tomaba fuerza. Más tarde, algunos *coheteros*, usaban un aparato de madera de forma rectangular con un asa por detrás, y dos hembrillas, en las que se metía el cohete, sin peligro para el cohetero.

— Cuando mis padres celebraron las Bodas la Oro, en Priego, un servidor de ustedes, fabricó un artilugio, como el que he citado anteriormente, y desde el balcón de nuestra casa, en la Carrera de Álvarez, tiré dos docenas de porrones, que había comprado en Lucena, con gran éxito, aunque reconozco, que con bastante miedo y recelo por mi parte y la de los asistentes, que se escondían dentro de la casa y lejos del balcón, cada vez que me veían prender el cigarro, para meterle fuego a la mecha.

— Me fascinaban la Iglesia de San Francisco, sus santos, Jesús Nazareno, Jesús de la Columna, San Francisco de Asís, con su rosario en el que había un aparatito de cristal con el que se veía la basílica del Santo. Pero tengo que reconocer que no me gustaba quedarme solo en la iglesia desde el día en que participé como monaguillo en una ceremonia religiosa, y tardé más de la cuenta en quitarme el traje de ceremonias, quedándome sólo en la iglesia, y apagaron las luces. ¡Las pasé canutas hasta llegar a la puerta! Parecía que veía a todos los santos por todas las partes, persiguiéndome.

El órgano de la iglesia de San Francisco, situado en el coro, y al que se subía por una estrecha y oscura escalera, a la entrada de la misma, era un órgano grande, con gruesos tubos, y que sonaba, gracias al aire que le insuflaba un fuelle, que más perdía, que empleaba, en hacerlo sonar. Y había que mover continuamente, sin parar, el palo, que, corriendo sobre un eje, lo cargaba del vital elemento, que lo hacía sonar.

— Que no te pares— decía don Alonso, el organista, que le sacaba al órgano, lo mejor de sus sonidos.

— Me tendrá que ayudar alguien. Porque yo sólo no puedo proporcionarle la energía que necesita.

— Ya te ayudará Juanillo. Díselo de mi parte. Y cuida que no le falte el aire porque nos podemos ver todos en un aprieto, si le falla el acompañamiento musical al tenor.

Pero al tenor, de voz potente, que inundaba toda la iglesia, no le hacía falta el órgano para nada, porque con su voz, sobresalía por encima de él, cosa que sabía el órgano, y de lo que sentía envidia.

— ¡Ay, si yo no perdiera aire por el fuelle! ¡Ya te enterarías tú de lo que soy capaz!

— Y miren lo que decía el Adarve del 5 de junio de 1955:



Sagrario de la Asunción de Priego de Córdoba. Vista parcial.

“Han finalizado los cultos de mayo con un verdadero domingo estival, en que la ciudad ha bullido en fiestas. Tras los dos días de predicación del Muy Ilustre Magistral de la Catedral de Jaén, las fiestas culminaron en el sábado y domingo. Jesús Nazareno fue expuesto en su magnífico retablo, que era un verdadero canto a la festividad de Pentecostés, en la noche del sábado, adonde acudió según tradición todo el pueblo de Priego. A las nueve de la mañana del domingo se celebró la Misa de Comunión General, que ofició el Predicador y a las once tuvo lugar el último ejercicio de novena, letanía y solemnísima función religiosa, en la que ofició el joven párroco de San Nicolás de Córdoba y querido hijo de Priego don Casimiro Pedrajas López, asistido por D. José Serrano Aguilera y D. Ángel Carrillo Trucio. El coro de «Jesús Nazareno», bajo la dirección de D. Enrique Vilas, con don Alonso Cano al órgano y completa orquesta, cantó magníficamente la hermosa misa de Ribera Miró titulada «Santísimo Sacramento», interpretando muy bien el gran barítono Sr. Cruz Ulloa la tradicional Aria a Jesús Nazareno que compuso en 1893 el inspirado maestro de capilla de la Catedral de Córdoba D. Juan Antonio Gómez Navarro, con letra de D. Carlos Valverde López. El Sr. Magistral de Jaén cautivó al auditorio con un bello panegírico, resumen de su triduo de predicación. Al acabar la función religiosa se organizó una

comitiva de coches que llevaron al edificio Arjona Valera diversas personalidades desde la iglesia de San Francisco. Recordamos al Hermano Mayor D. Rafael Ruiz-Amores Linares, Alcalde y Procurador en Cortes don Manuel Mendoza Carreño, Párrocos de las Mercedes y del Carmen Sres. Casado Martín y Romero Lorenzo, Teniente Hermano Mayor de la Cofradía D. Balbino Povedano Ruiz, Secretario de la misma, D. Paulino de la Rosa Rodríguez, con otros directivos, ex-Párroco de Córdoba, D. José Serrano Aguilera, Párrocos de Castil de Campos y Esparragal y Zagrilla Sres. Aranda Higuera y Flores Callava, ex-Hermanos Mayores Sres. Ruiz-Amores (D. Antonio M.^a), Matilla Pérez (D. Félix), Gámiz Valverde (D. José Luís), Aguilera Aguilera (D. Antonio) y numerosos oficiales. A las puertas del magnífico edificio fueron recibidos por el Director del Secretariado Inter-Parroquial de Caridad D. Vicente Chimenti Marzulli, Sra. Presidenta de Acción Católica D.^a Trinidad García de la Nava, Viuda de Molina y numerosas Sras. y Srtas. que hablan preparado una soberbia comida para más de 300 necesitados, sentados ya en sus respectivas mesas, con que la Real Hermandad quería celebrar con mayor esplendor el día de su fiesta. El Dr. Ferreiro López seguido de toda la comitiva, y tras de rezar unos momentos en la Capilla, se dirigió a las diversas salas donde estaban esperando «los comensales». La llegada a cada uno de los comedores improvisados constituía un motivo de júbilo y satisfacción para todos, con buenos platos y bien presentadas mesas, estando constituido por un abundante arroz guisado con carne, tortilla y postres. Bendecido cada grupo por el Magistral de Jaén era aplaudido estrepitosamente por los comensales, resultando un momento emocionante y conmovedor. Al final se dieron numerosas vivas y el Hermano Mayor y Junta Directiva de la Pontificia Hermandad reiteraron el agradecimiento y felicitación tanto al Sr. Chimenti como a la Sra. viuda de Molina y demás Sras. y Srtas. de Acción Católica por esta nueva prueba de cariño y trabajo personal por los que nada tienen y mucho necesitan. Para las seis de la tarde estaba anunciada la llegada a Priego de la Banda de cornetas y tambores de Auxilio Social de Córdoba que, efectivamente—y en correcta formación—paseó la ciudad hasta la Virgen de la Salud y Compás de San Francisco con su alegre trompetería y disparo de cohetes, dando la nota alegre del momento. A las siete y media de la tarde tuvo lugar la procesión de Jesús Nazareno, que iba muy hermoso en su rico trono, cubierto de claveles granadinos, recorriendo el acostumbrado itinerario, abriendo marcha la Banda de Córdoba seguida de la Cruz Parroquial. Gran cantidad de fieles en perfecto orden, acompañaba a la devota Imagen y bellísimas y numerosas señoras y señoritas se ataviaron con la clásica mantilla española, presidiéndolas la Camarera de Jesús D.^a María Luisa. Figuraba toda la oficialidad nazarena y presidió el Hermano Mayor D. Rafael Ruiz-Amores y

Linares, el Alcalde y Procurador en Cortes D. Manuel Mendoza Carreño, Párroco de las Mercedes, Don Domingo Casado Martín, Teniente de



Jesús Peláez, ángel de Prendimiento de Priego el Jueves Santo.

Hermano Mayor D. Balbino Povedano Ruiz y Secretario D. Paulino de la Rosa Rodríguez. Cerraba el cortejo la Banda municipal de Música. Una enorme multitud se agolpó en la Plaza de San Francisco que, así como la calle de su nombre y Carrera de Álvarez, se hallaba iluminada con los arcos de la feria, para presenciar la entrada de Jesús que se hizo entre un enorme entusiasmo y clamorosos vítores. Acto seguido dio principio la rifa en la Carrera de Álvarez y a las tres de la madrugada se quemó una vistosa colección de fuegos artificiales. El lunes, día 30, a las ocho y media de la tarde se reanudó la rifa en el Compás de San Francisco, bellamente

iluminado, mientras numerosos devotos entraban al Templo o besar los pies divinos de Jesús Nazareno, expuesto en las gradas del altar principal, bajo el maravilloso retablo exornado con hermosísimos claveles y luces, que le servían de marco y fondo. Nuevamente la Banda Municipal de Música amenizó estas horas que finalizaron las fiestas de Jesús Nazareno, quemándose numerosos cohetes y fuegos de artificio, muy comentados por los asistentes, poniendo así remate a las fiestas anuales que Priego en masa celebra en sus tradicionales cultos de mayo”.

13.

PLANTANDO OLIVOS

Algunos de los olivos que hoy proporcionan aceitunas a los prieguenses fueron vistos plantar por Cayetano, y eso, fue en el olivar de la Torre, que su padre poseía en aquel paraje, y al que se accedía, por dos caminos: uno, el que comienza justo por detrás de la piscina del Salao, de “Topamí”, y otro, el que accedía por el camino que pasaba por la finca de don Vicente Chimenti, quien plantó de manzanos una parte de su finca, la que lindaba con la carretera de Almedinilla, y que más tarde, por no poder comercializar la producción, optó por abandonar el cultivo.

En esa finca había una casería con sus caseros, y en los meses de invierno, cuando llovía, las bestias, con la pesada carga de los sacos de aceitunas, sobre sus lomos, se hincaban en el barro del camino, hasta el corvejón, no en vano eran años en los que llovía mucho en el invierno, y parte de la cosecha caía al suelo, teniendo que ser cogida por las aceituneras, con sus rodillas en tierra, sacando las aceitunas pinchadas en el suelo, con un palillo, o con los dedos.

Eran inviernos de mucho frío, y de bastante agua, por lo que la mayoría de los días, no se podía salir al campo a trabajar, alargándose la recogida de la cosecha, hasta los meses de la primavera, lo mismo que la molturación de las aceitunas del molino de La Purísima, las cuales estaban atrojadadas y prensadas, tan fuertemente, que había que sacarlas del troje, cortándolas con una azada, viéndose el corte con su color violeta, en el montón.

Pasada la casería de Chimenti, el terreno se empinaba, subiendo una pronunciada cuesta a través de los olivares, hasta llegar a La Torre, donde las diferentes fincas, estaban separadas por mojones de piedra, cuyos propietarios conocían su situación, a la perfección, por los olivos, que allí, había.

En mitad de la cuesta había una alberca, de la que, por un caño, salía agua que la llenaba, circunstancia, que las jóvenes, aprovechaban, para echar un día de campo, y bañarse.

Un día, vi una piedra, sobre el suelo, un tanto rara. Era un fósil de un animal marino, un erizo de mar, lo que me hizo recapacitar, de que aquellas

tierras, a más de 700 metros de altura, habían sido lecho marino. Lo conservé durante muchos años como un verdadero tesoro.

Había otras piedras sobre la tierra, algunas de las cuales, las más redondeadas, sirvieron para limpiar la parte del cuerpo donde la espalda pierde su casto nombre, en días en los que un apretón hacía necesario evacuar el contenido de los intestinos en el monte.

Los aceituneros, llevaban en los mulos, todo lo necesario para sembrar, lo que, con suerte, serían los nuevos plantones de olivo.

Trozos de ramas sanas, y de tamaño mediano, se cortaban, viendo que tuvieran yemas, que, en contacto con la humedad de la tierra, harían brotar un nuevo olivo, al año siguiente. Para ello, se



Cayetano de monaguillo.

hacía con un pico y una pala, un agujero en el suelo, en el lugar señalado para la nueva planta, agujero que tenía una profundidad de unos 70 centímetros y algo por el estilo de ancho, metiéndose varios troncos en el mismo, y enterrándolos, y cubriéndolos con tierra. En el verano, se llevaban con las bestias cargas de agua para regarlos, ayudando así a su germinación.

Era costumbre también, injertar alguna rama de olivo, en una variedad picuda, ya que los olivos hojiblancos, no eran muy apreciados, ya que daban una aceituna, que producía un aceite menos amargo, que los picudos.

Llamaba también la atención, que en algunos olivares había una variedad de aceitunas, que llamaban “gordal”, que se recolectaba para echarla en agua, y aliñarla para comerla. Pero eran muy pocos.

Había también en los olivares, olivos que daban aceitunas muy pequeñas, que no tenían mucho aprecio, y en los ribazos, surgían las zarzas, de gran tamaño, que había que cortar y quemar en medio del campo, para que no se extendieran.

Era muy raro ver otros árboles, en los olivares, que no fueran olivos, pero que sí los había, en los ribazos, como higueras, zumaque, almendros, rosales silvestres, y algunos arbustos, muy apreciados, los mauletos, que daban acerolas, que estaban muy ricas.

El nombre del olivar, La Torre, se debía, a que muy alto, en el monte, ya lindando con la cima, había una pequeña y derruida torre de la época musulmana.

Las piedras que surgían en los olivares, para no estropear las cuchillas de los arados, se agrupaban en lugares determinados de las fincas, en cuyos sitios, no era infrecuente ver reptiles, como lagartos y culebras, los cuales, al ver la presencia humana, se iban lejos de allí.

Un día de calor, vi cómo una culebra, de gran tamaño, de pie, logró hacer caer un pajarillo, de un nido que había en una rama, hipnotizándolo. No era raro ver las camisas de las serpientes en los olivares.

Mucho tiempo atrás, era costumbre sembrar trigo entre los olivos, y la prueba de que se hacía, eran las eras que había en determinados olivares, una de las cuales, vi quitar, y sus piedras esparcir. Pero tuve la oportunidad, antes de que aquello ocurriera, de sacar la parva, y montarme en el trillo, en aquel olivar, lo que constituyó para mí, una experiencia difícil de olvidar.

Llegado el trigo a su punto de maduración, se cortaba, y se hacían gavillas con él, colocándolo en la era. Su traslado se realizaba hasta allí a lomos de los mulos, los que iban preparados con unos aparatos con pinchos de madera, para evitar que las gavillas se cayeran durante el transporte.

El día de la trilla, se esparcían sobre la era, las gavillas, y con el trillo, subido el trillador sobre él, pasaba una y otra vez sobre el trigo, hasta que todo quedaba desmenuzado, apilando la parva en el centro de la era, esperando que hubiera viento para aventar, separando el trigo de la paja, lo que se hacía con unas palas de madera, tirándolo hacia arriba.

Había veces en que no venía el aire, y había entonces que dormir, en la era, guardando el trigo de los posibles ladrones, aunque, éstos, no eran numerosos, porque los hombres de la Santa Hermandad, que vigilaban los campos, no dudaban en disparar sobre los ladrones, con cartuchos de sal, que escocían el culo.

La Santa Hermandad, tenía su local, frente a la imprenta de Hilario Rojas, y allí, se veían sus componentes, que no eran muchos. Creo que se financiaban con un impuesto que pagaban los campesinos, que le llamaban La Guardería, pero todos estos recuerdos eran para mí, muy confusos.

En lo alto de la Torre, los años de mucha lluvia, salía un manantial de agua, de poca extensión, como de un metro cuadrado, de entre la tierra, aflorando al exterior con gran claridad, y de la que se bebía y se llenaban las botijas.

Esta agua, del venero, se desparramaba por el olivar, formando un arroyo, del que, en más de una ocasión, se vieron las ranas que en él vivían. Una vez que se secaba el venero, cuando se araba, pasaba la yunta en el *arroyón*, tapándolo, y debido a que, en los olivares, la tierra era abundante, todo quedaba como si no hubiera pasado agua por allí.

El injerto de los olivos, en otras variedades, se hacía por gente que se dedicaba a ese menester, siendo un verdadero experto el que a esto se dedicaba. Para ello, había que cortar la rama que se quería injertar, dejándole bastante base. Con una navaja, se le abría la corteza, a la rama, metiendo un espigón de la variedad que se quería injertar entre corteza y madera. Después se embridaba con una ancha banda de esparto trenzado, llenando de tierra su interior. En el verano, se regaba, hasta que el injerto agarraba. Después, la naturaleza haría el resto, hasta que el injerto se convertía en rama.

El suelo de los olivares había que ararlo varias veces al año, lo que se hacía con una yunta de dos mulos, y un arado, los que pacientemente, removían la tierra con el arado, tarea muy dura y sacrificada, que exigía una gran compenetración entre el arador, y los animales, a los que el campesino, llamaba por sus nombres.

— So, Castaño.

Las moscas eran muy molestas, y picaban a las bestias, en sus partes más íntimas, de las que se defendían con el rabo.

El campesino llevaba un látigo, con el que daba ligeros toques a los animales para que prosiguieran arando la finca.

El labrado de las fincas se ajustaba por “obras” que correspondían a la cantidad de tierra que había que remover; así había fincas que requerían de varias “obras” para ararlas.

Otras labores que requerían el cuidado de los olivares, antes de coger las aceitunas, era el corte de varetas, — los tallos de los olivos que salían de los pies de los mismos—, hacer las soleras, — que era aplanar el terreno debajo de los olivos para coger mejor las aceitunas—, el binado de la tierra que se hacía con la grada, aparato metálico con púas, que arrancaba las malas hierbas.



Detrás del olivo centenario.

Por aquellos olivares no había muchos animales; algún conejillo que salía corriendo cuando veía que llegabas a él, los grajos, que, con sus graznidos, atemorizaban un poco, culebras, lagartos, y algún que otro zorro, y palomas torcaces, colorines y verdonez, chamarines, y en el invierno, pasaban los zorzales, que se cazaban con trampas y hormigas con lazo de crin de caballo, y que se engarzaban por el pico para llevarlos a las tabernas donde los ponían como tapa. Alguna vez se veía algún águila en lo alto del cielo, y buitres, que acechaban desde lo alto algún animal muerto para caer sobre él. Un año, vino una invasión de “lúcanos”, de los países del Este, que cuerpo hacia abajo, se alimentaban de los madroños de los árboles del paseo. Cuando llovía y salía el sol afloraban al exterior las alúas, que eran muy apreciadas por los tramperos, que colocaban bajo los olivos, sus trampas,

tapadas con algo de tierra, y como reclamo, una hormiga, o un trozo de pan. Y en las noches de llovizna y viento, los gorriones, se colocaban en los álamos, de las *alameas*, y en los árboles del paseo. Con una linterna, se veían sus pechugas blancas, que los cazadores, con sus escopetas de balines, marca “Gamo”, derribaban de los árboles.

Y para terminar, en los *aguaeros*, los cazadores, se parapetaban para acabar con las perdices que llegaban sedientas en el verano a beber agua. Y no olvidar la caza de colorines con el arbolito recubierto con ramas de olivo, y en cuyas púas, colocaban espartos impregnados de liria; de reclamo, servían las hembras encerradas en sus jaulas. Otros, los más osados, los cazaban con red, so pena de ser pillados in fraganti por la guardia civil.

Una mañana de abril, muy temprano, quedaron para ir a cazar colorines con red, poniéndose de acuerdo, que, a las cinco de la mañana, saldrían para poner el puesto.

Pasaron por todo el pueblo, camino del Fontanar, donde parece ser que la caza de colorines se daba muy bien.

El pueblo estaba iluminado, pero una vez que salimos de él, ya pasada la oficina del Chorro, no se veía ni torta. La noche era cerrada y no había luna, y tenían que ir casi palpando para poder andar sin miedo a pegársela contra cualquier cosa. Por suerte para ellos, los *colorineros*, el sol comenzaba a desperezarse, y dejaba escapar con mucho cuidado unos débiles rayos que permitían ver algo de lo que se les ponía delante. Antes de llegar a la casería Buenavista, con sus clásicos cipreses, torcieron a la izquierda cogiendo el camino que les llevaría hasta el Fontanar donde había un manantial de agua con una fuente.

Era terreno libre de árboles, ideal para poner allí el puesto.

Dejaron sobre el suelo los bártulos que llevaban, y comenzaron a montar el puesto.

Comenzaron a clavar en el suelo el “arbolito”. Éste, aprovechaba los restos de un viejo paraguas, cuyos radios conformaban una circunferencia, insertados en una pieza de madera, cuyas puntas, estaban atadas con una cuerda fina. Y sobre ellas, se metían trozos de juncos, sobre los que se clavaban unos espartos pegados de liria, un pegamento que se obtenía de los cardos silvestres, que, bajo sus hojas, albergaban unas bolitas pegajosas, para defenderse de los insectos que los atacaban. Con estas bolitas, y mucha paciencia, se iba formando una bola mayor. Después, en el fuego, se derretía, y se metía en un bote, quedando lista para untar el esparto.

Los radios del paraguas, se revestían de varetas de olivo para darle el aspecto de un árbol y que los pájaros no sospecharan que era una trampa.

Sobre el arbolito se colocaban unos cuantos colorines disecados a los que les llamaban las “ñiajas” para que los colorines no tuvieran miedo viendo que otros pájaros estaban sobre las ramas.

Y debajo del arbolito, se situaba una jaula con un colorín de reclamo, hembra, que haría venir al oír su canto a los pajarillos machos.

Y los *colorineros*, se situaron lejos del arbolito, esperando que los colorines aparecieran por aquel paraje, cosa que ocurrió pronto.

Una bandada apareció por allí posándose sobre el arbolito. Al abrir sus alas, quedaban llenas de liria, y al tratar de emprender el vuelo, se les pegaban, cayendo al suelo sin remedio, cosa que aprovechaban los *colorineros* para meterlos en una red.

La mañana no se dio mal, y los *colorineros* cogieron unos veinte pájaros, machos y hembras. Cuando los pájaros se dieron cuenta del asunto, ya no volvieron. Era como si se lo hubiesen comunicado unos a otros. Y los *colorineros* cogieron los trastos y se fueron con la música a otra parte a ver si había buena suerte.

El lugar elegido de nuevo fue un llano que había pasado el cementerio donde instalaron nuevamente el arbolito, pero sin resultados positivos.

Había algunos aficionados a la caza del colorín en Priego, y entre ellos, cabe recordar, a Francisco Aguilera, que trabajaba en el Banesto de la calle del Río, a Juanma, el sobrino de Juanico “Alcaparrón” en cuya taberna se reunían los *colorineros*, y entre chato y chato, y platos de queso y jamón, amén de atún y caballa, hablaban de sus respectivas historias.

Juanico “Alcaparrón”, era ya un hombre mayor, que sabía bien su oficio de tabernero. Era un hombre serio y formal que andaba con cierta dificultad. Su taberna, era un clásico, y disponía de un mostrador de madera, y en estanterías, se agrupaban platos, cubiertos, y servilletas, latas de atún y caballa. Los jamones estaban colgados, y pegando a la pared, estaba la mesa sobre la cual se partía el jamón. Había gente que comía y bebía en la barra, pero a otras personas, les gustaba sentarse en sillas alrededor de una mesa en un apartado más íntimo y lejos del bullicio y la incomodidad de la barra.

La taberna de Juanico tenía un patio pequeño, donde en la pared, había pájaros perdices en sus jaulas, que no paraban de cantar.

La taberna de Juanico “Alcaparrón” estaba lindando con la farmacia de don Juan Mendoza, en la que el mancebo por excelencia, era el señor Villena, con su bigotillo, y excelente persona, amable y atento a carta cabal. Villena pasaba para su casa todos los días por la calle del Torrejón, donde por efecto del sol, estornudaba desde que empezaba la calle, hasta que salía de ella. Algunas veces, más de diecisiete.



Vereilla de Priego

Para ayudar en las ventas, don Juan metió un aprendiz, que hacía recados, despachaba, y cobraba facturas, de clientes. En una ocasión, lo mandaron a cobrar una factura a casa de una mujer de mala vida, cosa que no pudo llevar a efecto, porque la mujer no tenía dinero para pagar, pero la mujer se le insinuó, y le dijo que le podía pagar de otra manera, y el aprendiz, salió pitando de allí con el miedo en el cuerpo, hasta que llegó a la farmacia y bebió agua y se serenó.

Eran tiempos difíciles, y difícil era conseguir dinero, por ello había que montar algún tipo de negocio para

sacar algo de dinero. Y eso es lo que hicieron algunos de los muchachos que trabajaban en las tiendas: se unieron para vender la borra al por menor para los colchones, que costaba poco y dejaba mucho. Pero aquello fue un fracaso que duró unos días.

Los colchones, por aquellos tiempos, se llenaban de borra, de lana, y de farfolla. La lana la usaban las familias más pudientes para llenar sus colchones, y que cada día había que remover para usarlos el día siguiente para dormir. La lana abrigaba y calentaba, pero las madres, siempre tan cariñosas con sus hijos, antes de dormir, calentaban las planchas de hierro en el fuego, y con ellas calentaban los colchones de las camas de sus hijos para

que no tuvieran la impresión del frío al echarse en el lecho. La lana venía en sacos y había que *esmotarla* y quitarle los caíllos que se enredaban en el pelo de las ovejas. La farfolla era la hoja de las mazorcas del maíz de la que se llenaban los colchones, y cuya forma esponjosa, duraba una sola postura, y la borra, la usaban las familias más pobres.

Aquellos inviernos eran muy fríos, y para calentarse en la cama, las mantas, que no eran de lana, picaban mucho, y las madres, ponían tantas, que era imposible dormir del peso que tenían. El tableteo de dientes era corriente cuando los niños se metían en la cama hasta que entraban en calor.

Juanma, era un maestro en el arte de partir el jamón, poniendo sobre el plato, unos taquitos muy geoméricamente cortados, que parecían una taracea, de jamones bien seleccionados de diversos lugares, entre los que destacaban los *granaínos*, bien curados en los aires fríos de la Sierra Nevada.

Y los platos de queso, añejo, bien curado, en triángulos idénticos, acompañados como el jamón, por el mejor vino de Montilla, junto con los ochos de Pablo Ariza, o el pan del cuarterón, hacían una velada inolvidable de la que no se quería ir nadie.

Y esa calle estrecha y poco luminosa, comunicaba con la de Mesones, donde tenían su tienda, don José y don Adriano Portales, hermanos, muy atentos con el público, dedicados a la venta de ropa para la casa, y para vestir, y a los que no le faltaba la clientela, sobre todo de gente campesina, los que antes de empezar la campaña de la recogida de la aceituna, se aprovisionaban de todo lo que les hacía falta para afrontar los rigores de la vida en el campo. A los hermanos Portales, les ayudaban sus hijos, Adriano y Pepe, que se desvivían por atender a la clientela, siempre educados, siempre correctos. Los Portales eran nazarenos, y salían en la procesión del Viernes Santo, acompañando a Jesús Nazareno en su subida al Calvario.

Y en esa calle de Mesones, estaba situado el bar los Colorines, donde servían al público excelentes tapas y buen vino y cerveza, con flamenquines, japuta en adobo, cazón adobado, gambas rebosadas, medallones, collejas, calamares fritos...

También, tenía su tienda de arreglo y venta de electrodomésticos en esa calle, González, que daba solución a cuantos problemas se presentaban en los electrodomésticos, tanto si era una plancha, a la que había que cambiar la resistencia eléctrica, como las placas de mica, como desatascar una máquina, arreglar una radio, como proveer de bombillas, radios, tocadiscos, cordón eléctrico, cinta aislante, y otros elementos de los que se usaban en las casas de entonces. Su padre era taxista.

En la calle Mesones, también tenía tienda de moda, el señor Marín, en cuyos escaparates exponía modelos de vestido para señora, y trajes para caballero. Marín también tenía una fábrica de tejidos en la Cuesta, y lindando con él, estaba la tenería de los hermanos Córdoba.

14.

PASEOS POR PRIEGO

En Priego, no había muchas diversiones; esas, estaban en la capital, donde existían buenos teatros, cines, compañías de revistas, competiciones deportivas, y fiestas grandes.

— ¿Dónde van ustedes?

— Vamos a misa. Me lo voy a llevar a ver si se distrae.

Y la gente buscaba la diversión a su manera: había quien la encontraba en el juego en el Casino de los Señores, o en la lectura, aunque fuera leyendo libros prohibidos, que haberlos, *habíalos*, o en la taberna, o fumando, o, sencillamente paseando, pero no deportivamente, porque el deporte, en esa época, lo practicaba poca gente, porque no era corriente.

Los sábados por la tarde, en la época invernal, la gente salía a pasear por la carretera que iba a Carcabuey, pero a lo más que llegaban, era, a la Calderetilla, con su manantial de agua, con su pocita hecha de obra. Unos metros más allá, estaba el paraje de la Media Legua, con su puente elevado sobre el arroyo.

Los domingos, por la tarde, la Carrera de las Monjas, era un hormiguero, en el que no cabía un alfiler, porque la gente, paseaba incansablemente, por ella, arriba, abajo, y vuelta a empezar, hasta que llegaban las once de la noche, y se marchaban a casa.



Muralla del castillo de Priego.

Y en este paseo, había de todo, o casi de todo, empezando por la fuentecilla del Paseillo, de agua de la Fuente del Rey para beber, el agua fresca que salía libremente por el pitorro de la taza de mármol. Y hasta había cola algunas veces, salpicando el agua en el suelo, y beneficiando a las plantas de los jardines colindantes, que crecían espectacularmente.

Había bancos, al principio de la calle; uno era el banco Central, debajo del cual, se encontraba la tienda de Los Chiquillos. En este banco, había corredor de comercio, para realizar las operaciones que se presentaran.



Calleja del barrio de la Villa. Priego de Córdoba.

Frente a él, había un gran bar, donde don José Peláez, solía tomar café por las mañanas, muy de mañana, entablando conversación con los forasteros que hacían su entrada en el pueblo, a los que acababa invitando, dada su gran generosidad.

Y es el caso de que aparecieron unos comerciantes catalanes en el pueblo, que venían a hacer negocios de telas. Y don José, dirigiéndose al camarero, dijo:

— Invita a esos *malafollás*.

Los catalanes, cerrados en el lenguaje, es posible que no entendieran lo que don José, dijo, y aceptaron la invitación, o, si lo entendieron, prefirieron callar, ya que estaban en tierra extraña.

Al terminar de tomar el café, los catalanes, muy correctos, se acercaron a don José, y le agradecieron el detalle, cosa, que, en Cataluña, no era corriente, porque allí, cada uno se pagaba lo suyo.

Y hablando, hablando, le dijeron que eran comerciantes de tela, y que venían a hacer negocio en Priego.

Y lo que podía haber terminado mal, con otra gente, acabó en el cierre de un buen negocio, que proporcionó algunos miles de duros.

Por encima de este bar, en la pared del convento de las carmelitas, se colocaban las carteleras del cine, para conocimiento de la gente. Y sobre ellas, se veían las ventanas del convento.



Casa típica, cerca del cuartel de la Guardia Civil. Priego de Córdoba.

Y a unos pasos se encontraba la tienda de Velastegui, de tejidos, con un bonito surtido de vestidos a la moda en el escaparate. El dueño, siempre tan elegante, vestía traje, con camisa y corbata.

Una tienda de dulces, la Esmeralda, abría el gusto de los paladares más exquisitos, pero nunca, estas confiterías, igualaron el sabor del barquillo de crema, por más que lo intentaron, llevándose la palma, la Flor de Mayo, pequeña y recoleta.

El Xania, era un restaurante excelente, con una buena cocina, y habitaciones para los forasteros. De allí, salían vestidos los toreros de las corridas de toros de la Feria de Septiembre.

Algunos muchachos, de los que paseaban, lo hacían, con el ánimo de ver a la muchacha que les gustaba, por si le podían decir algo. Se llevaban los piropos, sin problemas:

— Niña, pisa fuerte que lo paga el ayuntamiento.

Paseo, para arriba, paseo para abajo, una y otra vez, hasta la noche bien entrada.



Cayetano en los jardines de la Fuente del Rey de Priego de Córdoba.

Frente al Xania, en la acera, lindando con los jardines, estaba situado el kiosco de Vistalegre, que más bien, veía poco. Allí vendía revistas, periódicos, y chucherías; pero no vendía polos, ni helados. Y los niños, traviosos, como sabían que le molestaba, le

preguntaban, a Vistalegre:

— ¿Tiene polos?

— ¡No! –respondía.

— Y helado?

— No!

Y venía otro, y otro, hasta que Vistalegre se cansaba, y los mandaba a tomar por aquel sitio donde la espalda pierde su casto nombre.

El escaparate de los Siles, era espectacular. Más que un escaparate, parecía ser, que la tienda, la habían puesto en el escaparate, porque allí había de todo lo que se pudiera desear. De todo, y muchos comerciantes para atenderte, desde el padre, Quico, simpático, y atento, a todo lo que pudiera interesarte. Lo mismo vendían arroz, que una escopetilla de plomillos para matar pajaritos, una bandurria, tornillos de todas las clases, y herramientas, las más diversas que existían por la época. Y en la acera de enfrente, estaban aparcados los coches de los taxistas de Priego, que te llevaban a cualquier parte en cuanto lo solicitaras, y recordar por su simpatía y agrado, a Eduardo.

Eran hombres que se pasaban muchas horas dentro del taxi para llevar a su casa un jornal, y que peleaban con aquellos vehículos para mantenerlos en forma para poder circular por aquellas carreteras de entonces.



Cayetano, en sus años de estudiante.

Y vuelta para arriba, y vuelta para abajo, porque en Priego, antes de que los médicos dijieran que había que pasear, muchos prieguenses iban cada día a visitar a Nuestra Señora la Virgen de la Salud, en su bella hornacina de la Fuente de la Salud, pero que un aciago día alguien robó, volando a no sabe dónde, dejando huérfanos de Madre a muchos prieguenses, que de golpe y porrazo, se encontraron sin su Madre celestial, sin poder rezarle en aquel paradisíaco lugar donde las aguas no dejaban de manar. ¿Porque quién

pudo llevarse la Virgen de La Salud?... En estos

momentos pienso, que no pudo ser ningún prieguense, y que debió de ser alguien de fuera del pueblo, que, habiendo visto la sagrada imagen, pensó en lucrarse con su venta, vendiéndola a marchantes sin escrúpulos, que la harían llegar a algún país lejano. Pero el pueblo, que se aguanta a todo lo que le hagan, tomó aquel sacrílego robo con calma, y serenidad, llegando tiempo después, a aceptar, la copia que hiciera un artista local de una fotografía, de la Virgen de la Salud.

Y cuando escribo esto, no tengo más remedio que levantarme de la silla, y buscar en el armario, el viejo álbum de fotos, donde en sitio de honor, guardo la fotografía que hiciera con mi cámara rusa, que me vendiera

Mariano Luque, poco antes del robo, de la Madre que velaba por todos los prieguenses dentro de su bella hornacina.

Surgen las plegarias, aquí y ahora, para ablandar el corazón del millonario que la compró, allende de las fronteras, pasado el mar grande, si es que fue allí, para que la Madre de Dios, toque su corazón, y en un gesto de desagravio, devuelva al pueblo de Priego, la imagen que nunca debió de salir de allí.

Y cuando llegue ese día maravilloso, todo el pueblo religioso de Priego, con sus sacerdotes al frente, la vuelvan a entronizar con liturgia festiva, en su santo lugar, a cuyos pies, pasaron millones y millones de litros de agua, que Jesucristo, por ruego de su Santa Madre, daba a la gente de Priego, cada año, para su salud, y el riego de sus campos.



Cayetano con Paquita Molina

La heladería de los Valencianos, expertos en hacer helado, con la mejor técnica de la región levantina, se llenaba de gente, que aquellas noches de calor, del verano, refrescaban su sed, con un helado, o una buena limonada, hecha de limón sin pesticidas, de las huertas de Valencia, donde los limones eran tan abundantes, o casi, como las arenas del mar.

Farmacia de Serrano, enfrente, donde comprar unas aspirinas, o un Calmante Vitaminado, para alejar de la sien, un dolor que no cesaba, ocasionado por los arduos calores del verano, o, un poco de bicarbonato, para calmar un dolor de estómago producido por una úlcera dañina, del que solía

hacer buen y extenso uso Carmelo, que, lo ingería a *puñaos* echándolo en la mano y mezclándolo con agua de la fuente del Paseillo.

Y la gente, al pasar por la puerta de la joyería de la Carrera de las Monjas, se paraba a ver las joyas que se exponían en el pequeño escaparate del local, también relojes. Pero no era tampoco el momento más oportuno para detenerse, porque la gente, dada su aglomeración, podía tirarte al suelo. Y había, que andar y andar, sintiendo en la cara, el fresco de la noche, que amenazaba con helar.



Busto del Obispo Caballero en el Paseo de Colombia de Priego de Córdoba.

Y eso es lo que ocurrió aquella fatídica madrugada en la que las temperaturas, asombraron hasta al termómetro, que temeroso, no quería descender tanto. ¡Una gran nevada, la mayor de la historia de Priego!

Al día siguiente, los campesinos que habían ido al campo, volvieron asombrados y apesadumbrados, al ver los olivos mustios.

Muchísimas tierras de Priego se quedarían huérfanas de sus compañeros inseparables.

Ni las hachas querían trabajar contra aquellos inocentes que habían muerto congelados.

Cargas y cargas de restos congelados, se apilaron en las casas para encender el fuego, para cocer ladrillos, para hacer astiles para instrumentos

de labranza, para freír los exquisitos tejeringos, para calentar las calderas de agua de los molinos de aceite.

Casas señoriales, casas donde no faltaban las manos de las criadas para arreglarlas,

casas grandes de buenas fachadas y rejas bien torneadas a base de fuego y martillo sobre el yunque. Casas de patios grandes bien ventilados, con hermosas fuentes de las que manaba el agua sin parar todo el día con columnas de piedra caliza, cuyos hacedores sudaron en su lucha contra la piedra para ahormarla a unos patrones cilíndricos determinados.



Paraje del río Salado. Priego de Córdoba.

Pasos tras pasos, pies con pies, haciendo sudar a los adoquines del suelo, por el roce de tanto calzado, en un ir y venir buscando lo que a lo mejor no se encontraría: ¡el amor de su vida!

Casino de los Señores, donde los más adinerados del pueblo, se sentaban en la puerta en sillones de mimbre y caña bien trenzados, para hablar de sus cosas, y también ver a la gente que pasaba por la calle, mientras las mujeres, en sus casas, hacían las faenas del hogar.

Iglesia de las Mercedes donde se celebraba la última misa, bien entrada la noche, y que, a la salida, la gente, cumplido el precepto dominical, y recibido el Santísimo Sacramento, se agolpaba en la puerta del templo, para

hacer los últimos comentarios, y, después incorporarse a la marea que andaba por la carrera hasta la despedida, y hasta el otro día.

Taller de don Juan García Ligerero, que tanto bien eléctrico hiciera por el pueblo, no sólo ayudando a la instalación de cables y artilugios, reparando aparatos de radio, y que fue el artífice de la traída a Priego de la televisión terrestre.

Cuántas horas curioseando desde la calle en el escaparate donde un aparato extraño abría una ventana al exterior proporcionando noticias del mundo, el telediario, películas, el tiempo que haría al día siguiente, Mariano Medina, concursos donde ganaba el mejor, la perrita Marilyn, y Herta Frankel, tardes de toros en torno al ruedo de una mesa...

Casa de los Gámiz, cuyo patio lindaba por la parte posterior, con la calle donde varios practicantes ejercieron en el pueblo, entre ellos Maza, y, el padre de Loli, señor Casares, y donde también vivía allí San Pedro, corredor de comercio, y donde con los Gámiz, niños, y otros, íbamos a guerrear con otros niños del pueblo, que desde abajo, intentaban subir por una empinada cuesta para vencernos y doblegarnos, pero que nunca conseguían alcanzar la victoria, porque, la superioridad de nuestras fuerzas, y la altura en la que estábamos, los hacíamos huir en desbandada hasta el otro día en que vendrían mejor pertrechados. Volaban por el aire las piedras sin que hubiera heridos de ningún bando.

15.

A LOS RICOS TEJERINGOS

Tejeringo es palabra musulmana. Parece ser que éstos fueron los inventores de los tejeringos. Y es muy posible que hasta fueran musulmanes españoles, los que desarrollaron la fórmula compuesta de harina, levadura, sal, agua y aceite, en *Kurtuba*, en la que abundaba el mismo.

Otra cosa son los churros, que es palabra harto basta, y no ofrece la calidad del producto, ni la textura, ni el sabor, que coge la harina maridada con los otros ingredientes, bañados en aceite de oliva virgen.

El tejeringo, es un aro de masa, que metida en la *tejeringuera* y empujada por el émbolo de madera de olivo, cae dulcemente sobre el aceite caliente en abundancia y se fríe en la sartén, y que una vez bien doradito, se engarza en un junco y se le entrega al cliente para que se lo coma bien calentito. ¡Y esa es su gracia!

Antes de las seis de la mañana, nevara, o lloviera, hiciera frío o calor, Castillo, la señora Castillo, señora de la masa y del tejeringo, regordeta, con su moño en el pelo, y sus gafas, ya estaba preparando la masa de los tejeringos.

Lo primero que hacía su marido, era, sobre el fogón, echar leña, leños, y patillas de olivo, a los que prendía fuego con una torcía hecha de trapos viejos y aceite usado. Sacaba su mechero de yesca, y la prendía, acercándola a las astillas de la madera, y soplando, soplando, empezaba a arder con una gran humareda.

Una cacerola esmaltada le servía para ir al pilón frente a la Cooperativa de la Purísima, donde bajo el caño de hierro, grande, y dadivoso de agua de la Fuente del Rey, la llenaba de agua.

Ponía el agua a hervir sobre el fuego, y después la salaba con sal gorda de las salinas del Salao, y echando la harina junto con la levadura, iba treznando con una cuchara de madera de olivo la masa esperando a que pujara, tapando el barreño de latón con un trapo. La masa no era ni muy líquida, ni muy pegajosa; una cosa media, de forma que bajara de la cuchara, sin prisas. Y a esperar que pujara.

La perola de hierro, con aceite abundante para que los tejerings pudieran nadar sobre él, no tocando fondo, se colocaba sobre el fuego, esperando que el aceite casi hirviera; previamente le había echado unos

ajos, machacados, para que el aceite de aceituna picuda cogiera su sabor.



Rueda de tejerings al estilo antiguo.

Llenaba la *tejeringuera* con masa del barreño, y la apretaba con el émbolo de madera, para que saliera el aire, y, a continuación, hacía una prueba sobre la sartén, empujando el émbolo de la *tejeringuera*, con la axila, mientras sostenía la máquina artesana, con ambas manos.

El tejeringo hervía de contento en el aceite, y dorada su cara, la que miraba al cielo, con unos palillos de olivo, le daba la vuelta, hasta que estaba bien frito.

Hecha la prueba, la *tejeringuera* sobre la axila, iba formando círculos de masa sobre la sartén, que con las varillas trataba de que no se pegaran, y la

llenaba hasta que no cogía ni uno más. Y esperaba hasta que estaban dorados para sacarlos con los palillos de olivo, echándolos sobre una escurridera de hojalata para que soltaran el aceite que no les hacía falta.

La gente, que se arremolinaba en torno al fogón, para calentarse, pedían a la señora Castillo, los tejerings que querían, y ella, mientras freía los que tenía en la sartén, iba despachando los tejerings a la gente ensartándolos con el junco del río Salado.

De vez en cuando, con una cuchara, sacaba los pizcos quemados de harina, que se iban quedando en la sartén, y los tiraba al fuego, que los recibía con tremenda alegría, provocando una gran llamarada al recibirlos.

La clientela de la señora Castillo era muy diversa, viniendo hasta su puesto, gente de todo Priego, para probar tan delicioso manjar. Por allí pasaba Cayetano Peláez, los Zuritas, los Buill, Pepe el barbero, los Forcada, Pupú, Benigno, los molineros de la cooperativa, cortijeros que pasaban para la faena en los olivares, Miguel el de la taberna, *regoveros*, municipales, concejales, y demás personas, que sus pesetas, por sus tejeringsos engarzados en



Plato de tejeringsos caseros.

el junco, que se los comían calentitos y crujientes, o los mojaban en el café con leche del bar de la Cruz de la Aurora, antes de que un camión le rompiera un brazo, en el tiempo en que Joselito rodó en Priego “La Saeta del Ruiseñor”, a cuyo director preguntaron “sobre si Joselito era mejor actor que Pablito Calvo”, respondiendo que sí. También “si rodarían en otros sitios diferentes de Priego”, y dijo que la mayor parte la rodarían en Priego. Lo que no sabemos, es, si Joselito y don Antonio del Amo, probaron antes de marcharse de Priego, los tejeringsos de la señora Castillo, y añadimos, que, si no lo hicieron, ¡ellos se lo perdieron”.

Castillo junto con su marido, vivían en la última casa de la Cuesta, bajando desde la Cruz de la Aurora, al lado de la fábrica de Marín, y en frente, estaba la puerta de entrada de la casa donde Víctor Sánchez, sacaba el poco aceite que llevaba el alpechín que bajaba por los desagües del pueblo en las *alperchineras*.

16.

LA “LAMBRERA”

Eran días de frío cuando el viento gélido calaba en los huesos, e invitaba a sentarse en el brasero, que, sobre la tarima, alegraba la vida de la gente. Porque el brasero era la alegría de la casa, y en todas, había un brasero, una mesa estufa, y unas enaguillas, que evitaban que se escapara el calor.

Ya por la mañana, en el patio de la casa, se encendía el brasero, llenándolo de picón de un saco, con el *bail*, y metiendo dentro del picón unos cartones, o unas tablillas, o, unos trozos de hacecillos, que vendía la gente por las calles, y que eran arbustos que crecían en el monte y que prendían muy bien en contacto con el fuego. Después, una torcía de aceite, encendida con una cerilla, ayudaba a prender el picón, que sopla que sopla, a soplillazos, iba quemándose. Después, se llevaba al comedor, o a la salita de estar, y se tapaba con las enaguillas, meneando el picón de vez en cuando para que no se apagara.

Había en Priego varios sitios donde vendían picón, y concretamente, había uno en la Villa, donde se podía comprar picón y carbón; picón, para calentarse, y carbón para hacer la comida. José, al que llamaban el “Carbonero”, vendía picón. También había gente que lo llevaba por las calles para su venta cargado en una borriquilla. La forma de pesarlo era con una romana que tenía unos platillos hondos

Y el momento culminante del esplendor del brasero en el que se lucía en su máxima pujanza, era la tarde noche, cuando todos los miembros de la familia, terminado el trabajo en la calle, y en la casa, se sentaban alrededor de la mesa estufa.

Cuando la luz del sol se iba marchando a otros lares, las luces del alumbrado hacían su presencia en las calles, alumbrándolas, y era cuando la estancia, la salita donde todos se congregaban, oscurecía, porque la calle, ya no le aportaba nada de luz, al marcharse el sol hacia otros lares

— Cayetano: cierra los postiguillos de la ventana y enciende la luz.

Y el muchacho, todo diligente, se levantaba y cerraba los postiguillos de la ventana, que eran dos, y encendía la luz.

Hacía frío, y mucho más para el que venía de la calle, atravesando medio pueblo.

— Echa una “firmilla”.

Y Cayetano levantaba las enaguillas, y cogiendo la paleta, movía el picón, de forma, que la lumbre quedaba al descubierto inundando de calor los alrededores de la mesa estufa.

¡Qué alegría para el cuerpo enfriado por los aires norteños que se recuperaba poco a poco con aquellas oleadas de calorcito provenientes del brasero!

Y alrededor del brasero, la familia unida. en torno a la mesa estufa, hablaba de las cosas que les interesaban: el trabajo, los estudios, los días tan fríos que hacían, y “firma” va y viene en el brasero, sacándole los “colores” vivos de la energía escondida en sus entrañas, para esparcirla por el recinto pequeño y redondo de la mesa.

El padre comentaba las jornadas en el molino de aceitunas, donde se había roto una prensa, a la que se le había ido la cabeza, porque el maestro del molino, se quedó dormido por la noche, y el pistón de la prensa, empuja que empuja, reventó los tornillos que la ajustaban, saltando todo por los aires, despertando al maestro del molino... que dormía plácidamente el sueño en el trabajo.

— La hemos liado.

— Verás mañana, cuando venga Antonio, cómo se va a poner.

Y los hermanos hablaban de sus estudios, de cómo les había ido la jornada en la Academia del Espíritu Santo, y de que tenían que estudiar bastante, porque pronto tendrían que ir a examinarse al Instituto de Cabra, donde te examinaban de todo el libro por libre.

Los exámenes eran duros, y había que saberse el libro de “pe a pa”, porque el profesor preguntaba, de donde se le antojaba a él, y si no respondías, pues te suspendía, y tenías que volver en septiembre a examinarte de nuevo.

— Traigo una buena noticia que daros sobre Manolo— dijo Antonio, el padre.

— ¿De qué se trata, papá? —, dijo Pilar.

En el solemne acto de apertura del curso 1957-58, que se celebrará en el Instituto de Enseñanza Media, “Aguilar y Eslava” de Cabra, van a entregar el Diploma de Matrícula de Honor de dos asignaturas de quinto año de bachillerato, a vuestro hermano, Manolo.

— Al acto, que será brillantísimo, asistirá el Alcalde de Priego, don Manuel Mendoza Carreño, y el Director de la Academia del Espíritu Santo, don Julián León Benavente. Así que ya lo sabéis.

— Ven, Manolo que te dé un beso.

— Y yo, también, — dijo su madre Pilar.

Y los hermanos también lo felicitaron con abrazos y besos, porque Manolo, era un alumno aventajado en la Academia, y un ejemplo a seguir por sus hermanos, como también lo era el mayor, Antonio, que estudiaba en los Maristas de Lucena.

— Abrid una rendija en la ventana que entre algo de aire porque el brasero echa un tufo que no veas, y no vayamos a asfixiarnos.

La ventana estuvo un buen rato abierta...

— Ahora, parece que el brasero se ha apagado, y para avivarlo, hay que echar otra “firmilla”. Cayetano, “firma”, y trae de la cocina un poco de alhucema, que vienen malos olores de la calle.

La alhucema, planta aromática natural, ahogaba los olores que entraban en la casa, y daba una sensación de alegre frescura al ambiente.

Sobre las diez, se preparaba la cena, que consistía en patatas fritas y huevos fritos. Para ello había que encender el *arnafe*, con carbones, y torcías de aceite, soplando con la boca, o el soplillo, hasta que el carbón vegetal prendía. A continuación, se echaban las patatas sobre el aceite caliente, y después, se dejaban caer los huevos, junto con unos ajitos para que estuvieran más ricos.

Terminada la cena, había que irse a dormir, porque al día siguiente había que ir a trabajar, o, a estudiar.

Y el último acto del día, el más importante, era aplastar el picón del brasero con la paleta, para que, al día siguiente, con los rescoldos del brasero, se pudiera encender el picón para el nuevo brasero, sin tener que echar una torcía.

Y el brasero se coronaba, como premio a su buena labor, con la corona de la “lambreira”, seguro para evitar el incendio de las enagüillas y peores consecuencias.

17.

LA MATANZA

Serían las seis de la mañana, cuando los matanceros llegaron a la casa del Paseo de las Rosas y llamaron a la puerta.

— Va. Ya voy.

— Buenos días, don Antonio. Aquí estamos para hacer lo que se diga.

— Buenos días señores. Todavía no han llegado los que tienen que traer los dos cochinos. Pasad y tomad una copita de aguardiente de Rute para matar el “gusanillo”.



Cerdo preparado para su sacrificio matancero.

Los matanceros eran tres hombres fuertes, con sus pantalones de *patén* de la industria local, chaquetas por el estilo, que venían con sus herramientas para hacer la matanza: cuchillos, artesa, y cuerdas para atar los marranos. Se tomaron sus copas de anís, y dentro ya de la casa, empezaron a encender el fuego en el patio, para calentar el agua en una gran perola.

Pronto se oyeron los gruñidos de los pobres cerdos, que, atados con cuerdas, protestaban porque desconocían el camino por el que los llevaban, presagiando que algo malo les iba a ocurrir.

Y no estaban equivocados los pobres animales, porque en cuanto llegaron a la puerta de la casa, los amarraron muy fuerte con las cuerdas, y los metieron en el patio, y sin darles ni tiempo de arrepentirse de sus “pecados”, los subieron uno a uno en una mesa, donde bien sujetos, les clavaron el cuchillo en el cuello, echando un caño de sangre en medio de los últimos lamentos de los pobres.

Cayetano, que había estado muy atento a todos los preparativos, en cuanto vio el final de los pobres animales, se quitó de en medio. ¡No pensaba que en el mundo hubiera gente tan bárbara y con tan pocos sentimientos hacia los animales!

Subieron a los cerdos en la artesa y procedieron a afeitarlos con los cuchillos, pero previamente, los lavaron con agua hirviendo, para que los pelos se pusieran a tono para afeitarlos.

Después, los abrieron en canal, y les sacaron los intestinos, que los limpiaron, porque las tripas servirían para hacer las morcillas y el chorizo.

Tomaron unas muestras para el veterinario, para que certificara que la carne estaba libre de la triquina.

La carne de los cerdos se iba cortando en trozos y clasificando para hacer los embutidos.

En una máquina grande, que tenía un embudo en lo alto, la picadora, le iban echando la carne, y con una manivela, que tenía un tornillo sin fin, iban dando vueltas a la vez que por el otro lado, la carne entraba en la tripa, llenándola y atándola después.



Cristo en la cruz.

Conforme iban saliendo chorizos y morcillas, se iban colgando en la chimenea en unas cañas para que se oreasen con el humo que echaba la leña del fuego. Y así durante varios días hasta que estuvieran secos.

Los chorizos se aliñaban con pimentón, sal y especias, y las morcillas, se hacían con la sangre del cerdo, ajos, cebolla, sal y carne.

Pero como había que comer el desayuno, en una gran sartén, la señora de la casa, doña Pilar, ayudada por Inés, y una señora de la calle, frieron piscos de chorizo, que al quedar bien *doraitos*, dejaban un aceite *colorao*.

Y a cada comensal le pusieron su parte, que, con buen pan, dieron buena cuenta de ello, sabiendo aquel manjar a gloria.

Las asaduras, “pajarillas”, se frieron en aceite de oliva y se echaron en una orza con el aceite, que al cuajarse en los días fríos de invierno, cuando se sacaban para los desayunos, sabían a gloria, no sólo el comerlas, sino untar el pan con aquella manteca blanca que daba pena que se terminase. Las pajarillas eran de dos clases: unas duras, y otras tiernas.

El lomo se cortaba en tacos, y se freía en la sartén con unos ajos, y una vez bien frito, se echaba igualmente en la orza para ir comiéndolo en los días venideros.

Y los matanceros, a lo suyo: despiece de los cerdos en sus partes, sacando varias “hojas” de tocino, cuatro jamones, y cuatro paletas, que subieron al *terrao* de la casa, así como las costillas, todo, para salarlo en los atrojes, con abundante sal.

El atroje era una como una mesa de obra en la que se iban colocando los jamones y el tocino sobre sal y se cubría todo con sal nuevamente.

Cada cierto tiempo, había que presionar sobre la vena de los jamones, para que saliera la sangre que quedaba, y no la cagara la mosca. y aparecieran saltones que estropearían la carne.

Después de varios meses de trasiego con jamones y paletas, ya estaban listos para ser consumidos.

Los jamones y paletas, se sacaban de sal, y se colgaban al fresco para que se oreasen. Con un palillo, clavándolo en el jamón, se sabía, por el olor, si el jamón estaba curado, y podía comerse.

El tocino, sobre todo, el “entreverao”, que tenía algo de carne, era costumbre comerlo con pan, y cortarlo con la navaja, sobre el mismo. Y así, los aceituneros, cuando iban a las faenas de la recogida de la aceituna, llevaban pedazos de tocino que comían en la hora de la comida.

Los torreznos, pedazos pequeños de tocino con algo de carne, se freían en el aceite, y se comían fritos y calientes, siendo un bocado delicioso que alegraba la vida de los que lo comían.

Y terminada la faena, los matanceros seguían su camino, hacia otras matanzas, pero antes, había que pagarles por su trabajo.

Y todos contentos, se despedían con un “hasta el año que viene”.

18.

BICHITOS DE LUZ

Qué huertas, más ricas, las de la Vega, con buenas tierras y abundante agua, donde se criaban las mejores frutas y verduras de los contornos que llamaban la atención de toda la gente, y de las que cabe destacar la camuesa, de origen ruso, de afamado perfume, y de color oro, forma alargada, que crecían en los camuesos, árboles de porte alargado y varetas dirigidas al cielo, canastas y canastas de las mismas, se afincaban en las casas de Priego, en los terrados, extendidas en el suelo, sobre sacos, bajando a las mesas para coronar las comidas con sus carnes exquisitas.

Camueas cargadas sobre los mulos, una canasta a cada lado de su cuerpo, y que los animales, dócilmente, subían por las pendientes de la Huerta Palacio, hasta el pueblo.

Camueas que iban bien embaladas, y evitando caer el suelo con sacos cosidos en la parte que miraba al cielo de la misma.

Camueas que iban por transporte a lugares lejanos de Priego para ser servidas en mesas selectas poniendo el broche de oro a las comidas, despertando la admiración de las gentes.

Y los peros *ruices*, de suave layo, y verde único brillante, que crecían al lado de los camuesos.

Los duraznos, que en México los llaman así, antecedentes de los melocotones, pero a los que ganan en dureza de hueso, y, ahora, casi desaparecidos por esas especies que buscan la gordura y la rapidez del crecimiento, en detrimento de la calidad y la duración.

Las manzanas, ecológicas, con su habitante dentro, casi siempre, y a las que no se les hacía asco, expulsando al inquilino hacia otro lugar, siguiendo su saboreo, realizada la operación quirúrgica.

Ciruelas, gordas, dulces, apetitosas, negras, amarillas.

Y las lechugas, gordas y hermosas, atadas en su crecimiento, en torno a la cintura, con cordel vegetal, blancas por dentro, asfixiada la luz por el ceñido de su talle, que la alejaba de descubrir su intimidad, llevándola hacia el exterior, convirtiendo sus hojas en un verde especial,

y que, en la cocina, troceadas, conformarían la ensalada, o, cubiertas con agua, aceite, sal y vinagre, formarían el gazpacho de jeringuilla que se comía por todos los miembros de la unidad familiar, dentro de la misma fuente.



Luciérnaga de luz.

—Padre: ¿qué son aquellos arbolitos atados por la cintura? —, preguntó el emigrante, a su padre, a su vuelta al terruño después de largos años de ausencia-.

—Son lechugas—, dijo el padre.

— ¡Ah! ..., me los dejé pequeños cuando marché.

Y las lechugas, ¡qué ricas!, lavadas con agua fresca, y comidas con el agua que las bañaba en sus hojas, blancas por dentro, y verdes por fuera.

— Mamá: guárdame el troncho.

Y su madre le pelaba el troncho, la parte más rica de la lechuga.

Las escarolas, rizadas, estaban muy buenas, aliñadas con aceite y ajos.

Y la coliflor, hervida, animaba mucho las cenas, y mejor, si se acompañaba con una lata de atún y algo de aceite.

Los peros estaban ricos, y más aún, si se comían en el mismo árbol.

La calabaza frita, cortada a tiras finas, era exquisita, enharinada y emborrizada con yema de huevo.

Y qué decir de la cebolla frita con las pajarillas.

Y un tomate tallón, partido en dos mitades, con su sal gorda, acompañado de una cerveza fresca enfriada en la pila del patio, o cortada en rodajas, rociadas con aceite, sal y pimienta.

Y después, al terminar, echar la sopa rica de pan de cuarterón, en aquella laguna rica de vitaminas.

Y las collejas, en tortilla, con ajo y jamón, hacían la boca agua del que las comía.

Había que regar cuando tocaba. Y muchas veces era por la noche.

A media noche, se pasaba el pueblo iluminado, sin nadie en la calle; sólo los “martinicos” hacían de las suyas jugando con la niebla. camino de La Vega. Las últimas bombillas palidecían, hasta que la oscuridad se apoderaba de la vieja carretera, que partía del pilón, donde los cansados dolientes ponían al fallecido sobre él para descansar un rato, antes de acometer el tramo final del camino terroso del cementerio.

Noche sin luna, y había que sacar la linterna para ver el camino que descendía hasta un puentecillo pequeño que traía las aguas de Carcabuey, hasta el río Salado.

En la huerta, los bichitos de luz, abundantes sobre las matas, ponían sus puntitos de resplandor, como aviso de que ellos estaban allí aguardando el fresco del agua.

Y aquellas estrellas animadas, eran un contrapunto, de aquellas otras, que lucían en el cielo, a falta de la luz de la Luna.

El agua corría entre los surcos para satisfacción de las plantas, que se alegraban por aquel riego que las animaba y despertaba.

El agricultor, con la azada, reponía tierra donde el agua amenazaba con irse libremente.

Todo era quietud, todo era soledad; sólo las luciérnagas cambiaban de posición según las amenazara el agua del riego. Y aquellos movimientos, sin parar, de un sitio para otro, señalaban con estrellas, los surcos por los que corría el agua.

Y el poeta cantaba:

*Bichitos de luz,
estrellas venidas del cielo
para iluminar con sus destellos
las plantas de las huertas
y alegrar la vida del campesino,
dándole claridad, ilusión y esperanza,
para arrancar a la parda tierra,
con su sudor,*

*una cosecha de merecimiento
por su ardua labor.*

19.

EL HOMBRE DE LA PATA DE PALO

En la Cruz de la Aurora, y justo en la puerta de la taberna de Miguel, se paraba un hombre minusválido, con su pierna de palo, atada al muñón, con una correa, y sujeta, con una almohadilla, a la rodilla.

Este hombre, iba de aquí para allá, vendiendo lotería, a los paisanos, y los buscaba, en aquellos sitios donde se gastaba el dinero con facilidad, los bares.

Miguelón, un hombre corpulento, el del kiosco, situado debajo de la misma torre de la Iglesia de la Aurora, llegaba a su trabajo, cada día, montado en una silla especial para su minusvalía, ayudado por sus familiares, pues él vivía en las afueras de Priego, en la bajada de la Cuesta, justo donde se iniciaba el camino hacia el baño Manancas.

El Viernes Santo, venía un hombre a Priego, a implorar la caridad, pues le faltaba una pierna, y se colocaba en mitad de la calle de la Amargura, dando voces y pidiendo limosna a la gente.

La “Chocorronga”, que en paz descanse, vivía en una casa del Altillo de la Cárcel, lindando con la de Antonio Peláez y Pilar Fernández, su esposa. esta mujer, tenía una hija, Angelita, a que le daban ataques



Pata de palo.

epilépticos, y a la gente le daba mucho miedo, sobre todo, a Paquita, cuando Angelita iba a casa del fotógrafo Medina, porque temía que le fuese a dar el ataque allí, y ella, no sabía qué hacer en esas circunstancias.

Frente a la casa de La “Chocorronga”, y por encima de la del “Cardelero”, vivía un hombre impedido, que no salía nunca de su casa, y al que se le veía poco. La casa era grande y tenía un buen portón.

En La Villa, en el Adarve, vivían los mellizos, que eran dos hermanos, uno de los cuales se llamaba Antonio, y al que le gustaba mucho la iglesia, participando en casi todas las ceremonias religiosas de la Parroquia de la Asunción, siendo vicario, don Rafael Madueño. Tenía la costumbre, como buen cristiano, de contestar en la misa cuando el sacerdote lo demandaba, pero ya tenía hartos a don Rafael, y un día, lo llamó a la sacristía por medio del sacristán.

—Antonio: me gusta que vengas a misa, al rosario, a los entierros de los difuntos, pero presta atención cuando tengas que contestar, porque muchas veces, me estropeas la función.

— Sí, don Rafael.

—Así que, yo preferiría que no contestaras en misa. Cuando yo diga “Dominus vobiscum”, tú, no digas nada, y preferiría que no vinieses algunas veces, porque me rompes la función al contestar fuera de hora.

Antonio, que, en sus cortas luces, no se esperaba eso de don Rafael, se quedó pensativo en su maltrecho entendimiento, y respondió:

—Métete la iglesia donde te quepa.

Y se marchó.

Durante mucho tiempo, Antonio no apareció por la iglesia, y don Rafael, preocupado, lo mandó buscar con el sacristán, trayéndolo a la iglesia nuevamente, y le dijo:

—Antonio: como cristiano, te pido perdón por lo que te dije el otro día, así, que, quiero que vuelvas a la iglesia, pero no contestes a la misa, por Dios te lo pido, porque la gente se ríe, y me la estropeas.

Antonio: se lo pensó nuevamente, y no tardó en responder:

— ¡Métete la iglesia donde te quepa!

Había en Priego otro muchacho, con minusvalía, pues tenía poca movilidad en un brazo y en la pierna derecha, y que vivía de cobrar recibos, porque en aquella época, nadie cobraba una paga por esos problemas físicos, así que tenían que ganarse la vida de la mejor manera posible. Cada día se le veía por muchos sitios buscando a la gente para cobrar facturas. Lo mismo en el bar Río, que, en el Xania, que en El Águila. Y no paraba de aquí para

allá con su carpeta bajo el brazo, a la búsqueda de los deudores, que los encontraba casi siempre en los bares, donde no se podían negar a pagar.

Juan, “El Manco”, muerto recientemente en Murcia, en un pueblo marinero, (E.P.D), y que un día nos enteramos, que, al subirse a un poste eléctrico, a coger un nido de gorriones, tuvo tan mala suerte, que se topó con un cable, que le destrozó un brazo.

Juan, no se arredró por ello, y tiró de la vida para adelante, pescando, con maestría, en el Mar Menor, y se las arreglaba muy bien para colocar el anzuelo en el hilo, lanzar, y recoger, obteniendo buenas capturas, sobre todo doradas, que batallaban mucho para no salir del agua.

—Un día, paseando por un mercadillo, jueves, Enrique Alcalá, mi cuñado, buen fisionomista, me dijo:

— Ese es Juan “El Manco”, de Priego. Vamos a preguntarle.

Y efectivamente, Juan, muy mayor, conservaba sus rasgos característicos, y sobre todo la dicción en el habla de los que somos de Priego.

Y me reconoció al instante: tú eres Peláez, hijo de Antonio, el del molino de aceite.

—Vivo en este pueblo hace muchos años. Si queréis alquilar algún piso, decídmelo, y yo os lo averiguo a buen precio. Me encuentro algo malillo, y hoy he venido del hospital de darme la quimio.

— Muchas gracias. Si decidimos quedarnos por aquí, ya te lo decimos. Y a mejorarse.

Y nos fuimos con viento a la polea a otra parte. Pasado algún tiempo, un día, fuimos al mercadillo a comprar frutas y verduras, para la casa, pero, a Juan, ya no lo vimos. Una señora, nos dijo que “Juan se había muerto”, cosa que lamentamos grandemente. (D.E.P).

20.

LOS MOLLETES

Si hubo un pan exquisito en Priego, por su textura, su sabor, y su cochura, ese fue el de los molletes, que se hacían en los hornos de Ariza, uno situado en la Cruz de la Aurora, y otro, plaza de abastos hacia abajo.

El que suscribe, enamorado del pan y el aceite de oliva virgen extra, era raro el día, cuando no tocaban tejeringos, que acudía a comprar los molletes a casa de Ariza.

Había que hacer cola para que a uno lo despacharan, y cuando te llegaba el turno, pedías lo que querías.



Molletes actuales.

Mientras, esperabas disfrutando del calor del horno, y de las llamas que lo mantenían, a la temperatura adecuada, metiéndole, cuando la situación lo requiriera, ramas y patillas de olivo, amén de troncos, que ponían la temperatura en su sitio para obrar el milagro de la cocción de la masa, dándole un color dorado característico.

A continuación, cargada la divina mercancía en la clásica talega, se volvía a la casa, o al molino, para saborear tan digno manjar.

Y el delirio del buen comer, del desayuno bien preparado, llegaba cuando en el molino, abierto con la navaja, el mollete, en dos hojas, se depositaba sobre el chubesqui, que tenía su lateral metálico al rojo vivo por el efecto de la combustión del orujo, desecho del prensado de la masa de aceituna en la vagoneta contra la prensa.

Tostado el mollete, se le raspaban los trocitos quemados, y se procedía a inundarlo en la alberquilla llena de aceite procedente de la prensa.

— Cayetano: otra vez hueles a orujo. decía don Joaquín, el querido profesor de la escuela de la calle Alta.

— Sí, don Joaquín, vengo del molino donde he desayunado un mollete con aceite.

— Y bien que se nota que estaba bien regado con aceite del bueno, porque luces algunos “lamparones” en la camisa.

— Mi querida madre no me hubiera dejado venir así, pero es que ya no había tiempo para volver a la casa a cambiarse. Mañana vendré limpio como a usted le gusta.

— Bueno, siéntate con tus compañeros, que vamos a proceder al desarrollo de la clase.

Y don Joaquín, magistral, comenzaba por poner la tarea a sus alumnos, que sentados en sus pupitres seguían con atención sus explicaciones.

Y para premiar a los alumnos más aplicados, algunos días del año, en el patio de la escuela, por la tarde, sorteaba unos cuadernos de escribir para júbilo de sus alumnos.

Algunos de los alumnos, a los que no les tocaba el sorteo, se echaban a llorar, y don Joaquín, por ser los menos, los consolaba dándoles un cuaderno.

Don Joaquín, tenía poco sueldo, y por eso, se dedicaba a criar pollitos con una incubadora, en una sala aledaña a las aulas de la clase. Y cada cierto tiempo, cuando los pollitos rompían el cascarón, pasaba por medio del aula con susavecillas.

Había agricultores que entregaban el trigo a los panaderos, y éstos, les daban “vales” por una cantidad determinada de panes, que recogían en la panadería, cada día, hasta que se le acababan.

Los “ochos” que tenían esa forma del número, acompañaban las tapas que se ponían en los bares, y estaban tostaditos, y eran crujientes, y muy ricos, siendo muy preferidos por la gente.

21.

AL PIANO

Paseo de Colombia, Paseo de las Rosas, El Paseo a secas, para viandantes, y para enamorados, para chiquillos, para jugar al escondite entre los setos. Con su fuente moruna, estilo Generalife, con sus dos filas de caños, echando agua sin desaliento, y sus pequeños cipreses, siempre verdes, siempre vivos, como fieles guardianes.

Cerca, el busto noble del patricio de Priego, el Obispo Góngora, siempre alerta, con su medallón sobre el pecho, de hierro fundido, diferente del que dicen las malas lenguas que hallaron en su tumba, en la iglesia de la Asunción, collar de gemas preciosas engarzadas en el noble metal, y que taparon con una capa grande de cemento y arena, para la eternidad.

Más abajo la fuente redonda con barandilla metálica, con sus riscos en el centro, procedentes de la Cubé, con sus surtidores, que, al chocar con la luz, las aguas cristalinas se plateaban; plata líquida avivada por el oro de los rayos del sol.

Cañas de bambú, creciendo en su ambiente húmedo y acuoso, donde los pequeños de tierra adentro, soñaban con singladuras de barcos por mares lejanos, hechos con hojitas verdes.

Y aquellos cantos, cuasi angelicales, que venían del extremo del Paseo, el que pegaba ya con el Adarve, acompañados con manos diestras sobre el teclado del piano, dentro de una casa hermosa, donde la blancura de la cal, había sido sustituida por los azulejos decorados con figuras hermosas. Casa que huía del suelo, y que se situaba unos palmos más arriba, con sus arcos de ladrillo, y bonitas ventanas.

Los niños, curiosos, como los pajarillos, se acercaban hasta la casa cantora, donde una mujer mayor, de porte distinguido, con gafas oscuras, la “Madrilica”, y a la que acompañaba un bolso de moda, y su bonito pañuelo en el cuello, en las tardes de paseo, cantaba a voz en vilo, junto a su piano, testigo sonoro de aquellas baladas clásicas, a las que la gente no le prestaba atención, quizás por ignorancia, y más bien, decían, “que se le había ido la cabeza”, por todo comentario.

En la casa, ella no estaba sola, la acompañaba su hermano.

Y en los balcones del Adarve, los abuelos que buscaban el fresco que venía de las sierras, no pudiendo aguantar aquellas melodías cantadas, y acompañadas con el clásico instrumento, ponían pie en polvorosa, alejando el paso de la casa de las canciones, buscando la salida hacia la Villa, lástima que allí no hubiera bancos de hierro para poder sentarse.



Fuente en el Paseo de Colombia. Priego de Córdoba.

Paulicos, ya mayor, aceitunero, y vareador de las nueces de los nogales cercanos al Huerto de Castilla, contaba a los presentes, sus peripecias para llegar hasta lo más alto de aquellos árboles majestuosos, cuyas copas casi se tocaban desde el Adarve.

Y con agilidad y pericia, subía desde abajo, trepando de rama en rama, tirando con la vara los frutos que se agarraban bien fuerte a las ramas, no quedando ni una sola nuez por recolectar.

No había nadie como Paulicos para recoger las nueces de los nogales.

— El nogal es muy traicionero. Sus ramas se “janchan” con el peso, aunque sea pequeño, y si no tienes cuidado, Cayetano, te puedes

matar, y más, si estás a una altura considerable. Pero eso es lo que nos ha tocado a los pobres, sudar y sudar, para poder criar a los niños y traer alimentos para la casa. Cuando no es en las aceitunas, vareando, es en los nogales recogiendo las nueces, y luchando con los animales, que tan bien



María Luisa Peláez en el Adarve del Paseo de Colombia.

trabajan lo suyo, para subir la pesada carga hasta el pueblo.

Había veces en que el trabajo era bendecido por el dueño, y éste, invitaba al nogalero a “desnudar” de su verde vestido a las nueces, trabajo que dejaba su señal en las manos de Paulicos, que las exhibía rajadas y con manchas oscuras.

Una vez envasadas, tenían fácil venta, casi siempre entre los mismos pueblos, que disfrutaban

comiéndolas, sin saber muchas veces, que sus propiedades para luchar contra el colesterol de la sangre, era desconocido por el común de la gente, quedando sólo su secreto, para médicos entendidos que las recomendaban a enfermos con problemas de corazón.

Y los cantos, y los acordes del piano, seguían imperturbablemente, en aquella esquina del Paseo de las Rosas, donde los plátanos gigantescos dejaban espacio para el esparcimiento de la plaga de pajarillos, lúganos, que procedentes de los Países del Este, hacían las delicias de los que los veían cabeza abajo, desnudando los madroños, buscando las semillas de las que se alimentaban.

Y los más osados, con las escopetillas de plomos, marca El Gamo, que vendían entre otros sitios, en Los Chiquitillos atinaban a la barriga del pobre animal, que caía sobre el suelo ensangrentado.

¡Pobres animales! que tenían un final tan terrible después de haber volado muchos miles de kilómetros, escapando del Telón de Acero, para escoger la libertad, y caían cegados por el plomo de los balines.

22.

LA BULA

—Tienes que llegarte a la Parroquia de la Asunción a comprar la Bula para toda la familia —le dijo su padre Antonio, a Cayetano.

—Compra unas cuantas, para los mayores, y otras para los niños. Hay que cumplir con la Iglesia y con sus normas. Porque con este donativo que damos, la Iglesia nos permite comer carne en la Cuaresma, y ella, realiza muchas obras para con los más necesitados.



Don Rafael Madueño Canales, párroco de la Asunción de Priego de Córdoba.

La verdad, es, que la carne, comerla en aquellos tiempos, era más bien, que una alegría, un sacrificio muy grande, ya que la carne, estaba más dura que la suela de un zapato.

—Es que no matan en el pueblo más que vacas viejas—, dijo alguien.
En la cocina, entre los utensilios que había colgados en la pared, destacaba una maza de madera, con dientes por ambos lados.

—Aplicáte Inés a los filetes y les das una buena tunda de mazazos, y los pones delgaditos, a ver si con la *machacaera*, se ponen tiernos.

—Señora: es que los carniceros de la plaza, sólo matan vacas viejas, y esas carnes, ya no dan ternura.

Las carnes se echaban en adobo, con vinagre, ajo, pimienta y perejil, y se las tenía un buen rato así, en una fuente honda, vidriada, para que tomaran el sabor.

Pero ni por esas, de los aliños, ni por las otras de los mazazos, las carnes no se enternecían.

Con un poco de aceite, puesto al fuego, en una sartén de hierro en el *arnafe*, los filetes se freían, dando buen olor, pero seguían igual de duros. Había que tener dientes de acero para desgarrar aquellas carnes prietas, y si se lograba comer, a fuerza de mascarlas con los molares, éstos se resentían por el esfuerzo del machaque continuo. Y hasta el estómago sufría de lo suyo teniendo que segregar más ácidos de la cuenta para domeñar aquellos trozos musculares casi fosilizados que se negaban a doblarse.

Serían cerca de las doce cuando Cayetano llegó a la Parroquia de la Asunción, de la que era arcipreste don Rafael Madueño, que atendía a los feligreses en el Archivo, al que se entraba desde la calle por una escalera que subía al primer piso donde se encontraban los legajos en estanterías.

Aquellos legajos dormían el sueño de los justos sin que nadie los abriera, por lo que muchas veces, el polvo caía sobre el usuario eventual que lograba poner sus manos sobre ellos.

Tampoco es que hubiera mucha gente que supiera leer aquellas caligrafías y aquellos textos muchas veces incomprensibles.

Y dieron las doce del mediodía cuando justo subía las escaleras el muchacho con el encargo de su padre de comprar la Bula Santa.

Don Rafael, sacerdote cabal, cumplidor de las leyes cristianas, serio, ritual, comenzó a rezar el Ángelus sin darle mucha importancia al visitante que llegaba a por la Bula.

El Ángel del Señor anunció a María;
Y concibió por obra del Espíritu Santo.
Dios te salve, María....

Aquí está la esclava del Señor;
Hágase en mí según tu palabra.
Dios te salve, María

Y el Hijo de Dios se hizo hombre;
Y habitó entre nosotros.

Dios te salve, María

Ruega por nosotros Santa Madre de Dios.
Para que seamos dignos de las promesas de Cristo.

Dios te salve, María...

Oración: Derrama, Señor, tu gracia sobre nosotros, que, por el anuncio del Ángel, hemos conocido la encarnación de tu Hijo, para que lleguemos, por su pasión y su cruz, y con la intercesión de la Virgen María, a la gloria de la resurrección.

Por Jesucristo, Nuestro Señor. **Amén.**

La escalera era pequeña para subir al Archivo. Y Cayetano, contestó a la plegaría de don Rafael, desde el comienzo, lo que no le disgustó y le dijo:

— ¿Qué quieres muchacho?

—Vengo a por la bula de parte de mi padre.

—Ah, sí. Tú eres Cayetano.

—Para servirle don Rafael.

— ¿Cómo está tu padre?

—Bien. Trabajando en el molino.

— ¿Cuántas quieres?

—Tres para mayores y dos para pequeños.

—Son 7 pesetas, Cayetano.

—Aquí tiene el dinero, don Rafael. Hasta luego.

—A ver si te animas y vienes los domingos al cine de la parroquia.

— ¿Es que hacen cine?

—Cada domingo por la tarde. Hay que ayudar a la juventud a que se distraiga con cine de costumbres morales buenas.

—Adiós, don Rafael.

—Hasta luego Cayetano. Saluda a tu padre.

Al domingo siguiente, por la tarde, Cayetano fue hasta la Parroquia de la Asunción. Cruzó la iglesia donde estaban rezando el Santo Rosario. El sacerdote entonaba el rosario y los fieles le contestaban. Más adelante colocarían una casete y ya no tendría que recitar las oraciones el sacerdote. Incluso sería el Santo Padre el que con su voz rezaría el Santo Rosario.



De izquierda a derecha, don Rafael Madueño, Jesús Peláez y obispo Cirarda.

Alguna mujer estaba arrodillada en su reclinatorio. Otras lo hacían en los bancos. Las mujeres se sentaban en un ala de la iglesia y los hombres en otra. El sacerdote desde el púlpito dirigía la ceremonia. Al acabarla, empezaría la Santa Misa. Antes de la misma, los toques de la campana anunciaban lo que quedaba para el comienzo de la ceremonia. Las campanas tocaban tres veces.

El joven entró en la sacristía, y el portero le cobró la entrada. Pasó a un ala de la sacristía, la izquierda, desde la que se subía hasta el coro barroco del Sagrario de la

Asunción.

Numerosas sillas de anea servían para sentarse.

Y comenzó la proyección de la película. Y la gente estaba contenta porque veía que la Iglesia se adelantaba a los tiempos modernos echando cine en sus locales.

Hacía frío porque no había calefacción. Pero la sala se calentaba con el calor de los cuerpos de los asistentes. Al salir a la calle había que taparse la nariz y la boca so riesgo de coger un gran catarro. Al espirar se veía el

vaho salir por la boca. Eran días de frío en invierno y de mucha agua que caía sin parar. En las calles, los charcos se helaban cubriéndose con una gruesa capa de hielo que los chiquillos rompían con los zapatos. Especialmente célebre era el que se formaba en el pilón de la Cruz de la Aurora, justo al lado de donde tenía su barbería, Pepe, “Enfriagachas”, amable, simpático y muy profesional, que a veces tenía que dejar la faena del *pelao* sin acabar, para poner remedio a unas almorranas que no le dejaban vivir.

—Cayetano: quédate aquí sentado, y si viene alguien, le dices que tardo poco. Voy a ver si me echo algo de agua fría en las susodichas a ver si se calman y dejan de darme la lata. Por cierto, me han dicho, que tu tío Rafael, el que está en la Notaría, recolecta unas cebollas en Zagrilla, las *ceborranchas*, que colocadas en una caja debajo de la cama, aminoran los dolores con los efluvios que echan por sus poros.

—Sí; le lleva cebollas a mucha gente que le están muy agradecidos.

—Lo dicho, y vuelvo pronto.

Se ve que las almorranas de Pepe estaban aburridas en su casa y le dieron por fastidiar al pobre barbero, quien no encontraba consuelo con el agua fría que echaba sobre ellas, y que, de puro frío polar, querían escaparse para no sufrir los escraches del agua en la puerta de su casa.

El barbero volvió dando *cojetadas* y preguntando por la gente que había venido a que le hiciera un servicio y se habían tenido que marchar.

— Por aquí ha pasado casi toda la parroquia de su clientela, y entre ellos, recuerdo a don Vicente Luque, que dijo que quería que le arreglase un poco el cogote, y que lo afeitara porque iba de viaje a cuestión de venta de *patenes*.

También pasó, por esta su casa, Manancas, para que lo afeitara, pero dijo que tenía que hacer unos mandaos y luego volvería. Y poco más.

—Muchacho—, dijo Pepe; al dolor de las almorranas se ha *juntao* la gotera del *tejao*, que cae mismamente sobre la cama del dormitorio de matrimonio, que llegaron los albañiles a arreglarla. Algunas noches, tenemos que dormir con paraguas.

Al oír lo del paraguas, me cogió la risa, y me dio un golpe tan grande, que no podía cortarla.

Me levanté del sillón, y me planté en el suelo, y le dije a Pepe:

—*Condiós*, que me espera mi padre, y tiene que estar preocupado pensando en mi tardanza.

— Adiós, Cayetano, y muchas gracias por tu ayuda. ¡No comentes a nadie lo de las almorranas! La gente es muy escrupulosa y después me hacen ascos cuando les arreglo el pelo.

— Soy una tumba—, le dije.

23.

MONTADO VOY

Aquellos tiempos de los años 60, eran de ir andando a todos los sitios, o a casi todos, y algunos, los más agraciados, tenían un coche, de los cuales había pocos en Priego.

Entre los coches que se veían circular por Priego hay que destacar el Citroën policía de don Antonio Amores, el de don Juan Palomeque, el del médico Aguilera de la calle del Río, y el que tenía la familia Calvo, que llamaba la atención, porque en la parte de atrás, al descubierto, tenía un habitáculo, en el que se subían las señoritas, y también había algún coche de alguno de los taxistas, como el de Eduardo, simpático y muy amable, aparcado frente a los Siles en el Paseillo, esperando algún cliente para llevarlo a cualquier lugar.

Había bicicletas en el pueblo, y mi querido padre, Antonio, tenía una, marca Orbea, de frenos de varilla, con manillar cromado, de un solo piñón, y portamaletas. En ella, íbamos cuesta abajo algunos días hasta una huerta de la Vega, montados dos o tres; a la vuelta, había que empujarla hasta llegar al pueblo. Y costaba trabajo ir por la cuesta arriba desde la Vega, hasta el Puente Tablas, y se sudaba, y había que reponer aguas...

—Cayetano, bebe agua de la fuente del cementerio.

— No, papá, que no tengo ganas.

No es que no tuviera ganas Cayetano de beber, sino que no le apetecía beber de aquella agua, donde las malas lenguas decían que ponían la caja del muerto, en un último descanso, antes de proceder a meterlo en su nicho.

La fuente del camino del cementerio, alargada, tallada en piedra caliza de la Sierra de Cabra, de la que salía abundante agua por un gran caño de hierro, que refrescaba a la gente sedienta que pasaba camino del susodicho, o de La Vega. También bebían de allí, los mulos, los borriquillos, las mulas, las borriquillas, los caballos de lindo andar, y las cabras, las ovejas, y todos los animales, incluso los pajarillos, que por allí pasaban camino del condumio.

Antes de llegar a la fuente del cementerio se pasaba por la orujera de Pedrajas, un grueso edificio blanco, con grandes tubos verdosos de la refinería del aceite, que echaban un humo pardo. Olía a aceitón por aquel

lugar. En el patio, no era raro ver los montones de orujo, que procedentes de los molinos, esperaban el turno de que le sacasen el último aceite antes de entregar el orujo residual, para alimento de animales, o para quemarlo en las



Justa, Cayetano, Paquita y Ángeles, con el coche Ondine.

estufas que calentaban a la gente en el riguroso invierno.

Me acuerdo de algunas carreras de bicicletas que hubo en la ciudad, en las que los ganadores, eran tomados casi como dioses, y cabe destacar aquí, como corredor aficionado, y maestro de taller de bicicletas, a Conejo, que en su

taller de la calle Enmedio, justo

enfrente de la escuela donde impartía clases don Juan Osado, buen hombre, mejor maestro, impedido de un pie, lo que llevaba con resignación cristiana. Por la feria había cada año una carrera de bicicletas con gran recorrido y abundantes premios.

Don Juan, no sólo daba clase en su escuela, sino que también, impartía sus conocimientos en la Academia del Espíritu Santo, junto con don Manuel Mendoza, don Alfonso, don Antonio Barrientos, don José Cuadros, y la señorita doña María Antonia, gracias a los cuales, muchos prieguenses, se quitaron el signo de la incultura, pudiendo hacer carrera superior.

Manancas, de recordada figura, iba con su triciclo, al que impulsaba con las manos por medio de una cadena que engranando en una corona metálica, hacía girar la rueda delantera

Lo que nunca pude averiguar, fue, si Manancas, José, creo que así se llamaba, los veranos, que era cuando él ponía en marcha el Baño Manancas

en las cercanías de las Salinas, en el río Salado, iba hasta el baño en el triciclo, o lo llevaban las personas que le ayudaban a hacer la presa que almacenaba las aguas saladas del río, para solaz y disfrute de los prieguenses.

Qué buenos platos de tomate con cebolla y aceite se tomaban allí, a la orilla del río, con una cervecita refrescada en lo hondo del río y atada la caja con una cuerda para impedir su marcha y poder sacarla fuera. Los tomates se salaban con sal gorda de las salinas de Priego y tenían un sabor exquisito.

Y aquellas sopas grandes de pan de cuarterón mojadas en el caldito formado por el zumo del tomate de las huertas de Priego, el aceite, y el saborcillo a cebolla, sabían a gloria, entre chapuzón y chapuzón.

Nadie se ha acordado de recordar a don José Manancas, con una calle, ya que, gracias a él, los tórridos veranos, se hacían más soportables.



Grupo de amigos con moto Vespa.

Y gracias a Conejo, maestro de bicicletas, que engarzó varias piezas de otras ya usadas, pude dar mi primer paseo en bici en el Paseo de las Rosas, Paseo de Colombia, a gran velocidad, como un loco, con tan mala fortuna, que pegué un tortazo contra una reja de una ventana de la casa de unos forasteros que venían de Espartinas en Sevilla.

Caí al suelo con el brazo dolorido, pero la bicicleta de Mari aguantó, y permaneció intacta. El que estaba hecho polvo, era yo.

Y la muñeca me dolía, y no paraba el dolor, que no me dejaba dormir por las noches, y como a la mañana siguiente había que ir a estudiar, rendía poco.

Tras siete días de dolor, sin que mejorara, mi querida abuela Rosario, que en paz descansa, se lo dijo a mi padre para que me llevara al médico, quien me lo escayoló a lo bruto, —que es como se hacía en aquellos tiempos—, colocando la mano sobre una argolla en la pared, y tirando para volver el hueso a su sitio. Después me pusieron unas vendas y un poco de escayola.

A los treinta días volvió al médico, que visitaba en el Hospital de San Juan de Dios, y con unas tijeras, cortaron la escayola que se resistía a soltarse porque se había soldado con los pelillos de los brazos.

Conejo, maestro en el arte de arreglar bicicletas y componerlas, escogió un manillar por aquí, un cuadro por allá, un asiento de otra, dos ruedas de una, que le vinieran bien, y así formó la bicicleta de Mari.

Por la Feria de Septiembre se realizaban carreras de bicicletas en Priego, dando varias vueltas al circuito local, poniéndole los corredores mucho entusiasmo a la prueba, a la que venían ciclistas de muchos sitios. Recuerdo a los hermanos Gómez del Moral, uno de los cuales murió de una caída en El Mojón de Cabra.

Era muy hermoso el espectáculo de ver correr por las calles del pueblo a los ciclistas con sus trajes de deporte y montados en sus bonitas y modernas bicicletas de carrera.

En la puerta de la imprenta de Arroyo, en la calle de la Ribera, era frecuente ver aparcada una motocicleta Mobyette, la primera que de este tipo se vio en Priego, y que era propiedad de un maestro que le hablaba a la hija de Arroyo, Manuel Moreno.

Algunos lecheros, dejada la borriquilla, optaron por llevar la leche al cliente, en cántaras colocadas sobre la moto, y una moto tenía el lechero Carrillo, hermano de don Pedro Carrillo, sacerdote que ejerció en Córdoba en la parroquia de San Miguel, persona culta, amable, y ejemplar.

La moto Guzzi, era muy corriente por aquellas fechas, y ayudaba a desplazarse hasta su destino a algunas personas. Era muy curiosa, y destacaba por su cambio situado a un lado del depósito, aunque había otras, que no lo llevaban en ese lugar. En una de estas motos, don Enrique Alcalá, maestro, se desplazó hasta las aldeas para ejercer la docencia.

El niño de un industrial del textil de la Cava, tenía una moto marca Ossa, y como la gasolina estaba muy cara por aquel entonces, la hacía funcionar con mezcla de petróleo, que era más barato.

También circulaban por Priego, algún vehículo marca Biscúter, muy agradables y llamativos, de dos plazas. La marca fue comprada por los catalanes y se vendieron muchos vehículos hasta que empezó a funcionar la SEAT que fabricó el SEAT 600, y desapareció el Biscúter. Algún señorito se paseó por la ciudad con uno de ellos llamando la atención entre la concurrencia.

En el año 1957 la SEAT comienza a fabricar el SEAT 600 de gran aceptación por el público, y tal era la demanda, que había que esperar muchos meses hasta conseguir uno, previo depósito de su pago.

Con el Seiscientos la vida le cambió a mucha gente, que así pudieron desplazarse a lugares distantes.

En un Seiscientos, propiedad del padre de Pepito Díaz, los Cuatro X, conjunto de música moderna de Priego, el primero en el pueblo, se desplazaron para una actuación en la vecina ciudad de Cabra.

Dentro del coche, de reducidas dimensiones, iban, Carmela Millán, vocalista, su hermano Juanito Millán, Antonio Pérez, Salvador Muriel, Cayetano Peláez, y otro, además de los instrumentos musicales que llevaban, guitarras españolas.

El coche, se portó muy bien, subiendo sin esfuerzo las cumbres del Mojón de Cabra, y llegando sin novedad, hasta la vecina ciudad.

Las bicicletas, pagaban un impuesto en el ayuntamiento para poder circular, y éste, les daba, a cambio del pago, una chapa con un relieve, que se colocaba justo en el eje del manillar agarrado con un alambriño.

Después vendrían los Renault de los que saldrían diferentes modelos, entre ellos, el más aceptado por su brío, era el Renault Gordini, del que había algunos en Priego, y al que apellidaban, el “coche de la viuda”, ya que se mataron varias personas con él, coche, muy brioso, y de poco peso, solía levantarse de la parte delantera acabando en la cuneta coche y conductor. Cuando se dieron cuenta de aquella anomalía en el vehículo, algunos entendidos, le colocaron un saco de arena en el capó, para hacerlo más estable, ya que estos coches, llevaban motores muy revolucionados en la parte trasera. Hay que hacer constar que estos vehículos no llevaban aire acondicionado, lo que suplían en parte colocándole un pequeño ventilador sobre el salpicadero. Tampoco estaban dotados de cinturones de seguridad. Y por si se negaban a arrancar, tenían una manivela que se introducía en una hendidura en el morro del motor a través del parachoques, y girando, girando, y con maña y esfuerzo, el vehículo arrancaba después de varios intentos.

Otro vehículo de esta marca, pero de menor potencia, era el Ondine, del que había varios en Priego, pero el que se llevaba la palma por potencia, era el Gordini.

En la calle San Marcos, había un surtidor de combustible que funcionaba a mano. Tenía un depósito de cristal en el que se veía entrar y salir el combustible. Estaba muy cerca de la cárcel, y casi enfrente a la casa de don Juan Soldado. Allí repostaban los vehículos cuando tenían necesidad de ello.

En las afueras del pueblo había una gasolinera moderna cuyos surtidores funcionaban a luz. Con veinticinco pesetas tenías combustible para hacer unos pocos de kilómetros. La gasolina por aquel entonces, costaba a 9.75 pesetas el litro, y los coches, solían gastar uno 8 litros de promedio a los cien, aunque si hacías como algunos, el consumo era más reducido:



Panorámica de la Cuesta del Salado. Priego de Córdoba.

apagaban el motor en las cuestas abajo, dejándolo en punto muerto, con el peligro de matarse. Lo sufrí personalmente en uno de mis viajes a Córdoba con Panillón, simpático, amable, buena persona, pero que apagaba el motor en algunos trayectos para ahorrar combustible, creo.

Sobre los talleres que había en Priego de reparación de automóviles, hay que señalar, que el taller de Barrientos, en la calle San Marcos, se dedicaba a la electricidad del automóvil, reparación de motores eléctricos, bobinado, bombas de agua, y su dueño, excelente persona, Tomás Barrientos, era un experto en todo lo tocante a la electricidad, y automatismos, siendo él, el

creador del mecanismo que movía la mano de Jesús Nazareno para echar la bendición del Viernes Santo en el Calvario.

Frente al Taller de Barrientos, había un local grande donde había varios talleres de reparación de automóviles, en pequeñas cocheras. Funcionaban en cooperativa. Allí arreglaban de todo: dirección, que alineaban con una caña para ponerla a medida, cambiaban los frenos, ponían aceite y valvulina a los coches.

Tuve la oportunidad de montarme en el Biscúter, con mi amigo Manolo, que estaba empleado en el taller de Aranda. Estaba abierto, y no tenía capota, y dimos varias vueltas a Priego, chuleando. La gente nos miraba extrañados. No tenía marcha atrás, por lo que, al meternos en un callejón sin salida y muy estrecho, las pasamos canutas para ponerlo en orden de marcha. Creo que el yerno de don Julio Matilla de la calle del Río, vino con uno a Priego, de color rojo. Este hombre traía cada semana a Priego un coche distinto. “Aigas” que llamaban la atención. Se casó con una hija suya.

En la Cruz de la Aurora, estaba el taller de Buill, donde padre e hijo, reparaban los vehículos. Más tarde, el hijo se independizó del padre y se estableció por su cuenta en la zona donde estaba la Oficina del Chorro, cercana a las Caracolas.

En la Cava, junto a la casa de Bergillos había otro taller donde arreglaban coches. Y también había muchas cocheras.

En la calle Ramón y Cajal, el señor Aranda, construyó un gran edificio dedicado al lavado de coches, pintura de bajos, petroleado de motores, y engrase de los mismos. Los coches eran levantados en alto y sometidos a chorros de agua a gran presión que los dejaban relucientes. Y el motor, era petroleado para quitarle la grasa. Era muy fácil subir el vehículo a la bancada y ver lo que le ocurría. Había máquinas que estrujaban las bayetas de piel y las dejaban casi secas. El engrase de los vehículos se hacía con máquina a presión.

El hijo de Aranda, era aficionado a los coches de carreras, y murió precisamente en un accidente en una carrera. Descanse en paz.

Recordar aquellos vehículos de tres ruedas, con manillar, de moto, y un cajón en el que se cargaban las cosas, con un gran sillón para sentarse: eran los motocarros de los que en Priego había varios para diferentes menesteres.

24.

LLEGA LA TELE

Y sucedió lo que nunca se podía imaginar: ver las imágenes de hechos que se producían, o se habían producido, hacía tiempo, en una pequeña pantalla de cristal.

Y aquel invento cambió la vida de la gente, bastante aburrida, que tenían pocas diversiones a su alcance, para distraerse.

— ¿A dónde van ustedes con la noche tan mala que hace?

— Voy a ver si le doy una vuelta a mi *marío* y me lo llevo a la misa a ver si lo entretengo.

— Pues compren ustedes un televisor como yo y verán cómo se acaba el aburrimiento.

— Ya lo compraremos. Condiós.

Y el padre del muchacho, al día siguiente, fue a casa de Juanito el de las Radios, para hablar con él, y encargarle un televisor.

Aquella misma tarde llegaron los empleados, que con mucho cuidado subieron hasta lo alto del tejado para colocar la antena, cosa muy difícil.

La señal entraba por los montes de la Sierra de Leones, y había que colocar la antena en dirección hacia el repetidor para poder recibirla bien. Aquella maniobra se hacía a ojo mirando la posición de otras antenas.

La antena se colocaba sobre un alto mástil que sobresaliera del tejado varios metros, y se sujetaba con dos garras, sobre la pared, y se tensaba con varios alambres como vientos, a tres puntos distintos del tejado, bajando el cable por la pared hasta la habitación donde se había colocado el televisor, que era la salita.

Un trabajador, arriba en el tejado, y otro junto al televisor, indicaba al del tejado, la posición que debía de adoptar la antena para recibir bien la señal.

— ¿Se ve?

— Gira un poco a la derecha.

— ¡Funcionaaaaaa!

El técnico le dio a Antonio unas cuantas lecciones sobre el manejo del aparato, que tenía una rueda para cambiar de canal. Sólo se veía un canal, el de TVE, y disponía de unos botones para subir o bajar el sonido, y el brillo. El aparato estaba colocado sobre un mueble, el aparador, con cristaleras donde se guardaban los utensilios de comer.



Mariano Medina, el hombre del tiempo en la T.V.E.

—Tenía el televisor un inconveniente, que era el estar colocado en el paso de la gente para sentarse en la mesa. Cuando se veía el telediario, la persona que pasaba por el mismo, tapaba la imagen, cosa que, a Antonio, le hacía decir: — Cayetano, agáchate que no veo.

Y aparecen las primeras imágenes en el televisor. Se trata de una corrida de toros. Y la gente se va sentando frente al televisor, acomodándose, viendo la plaza de toros llena de gente. Con muchas manchas de diferentes colores.

El locutor, indica que va a comenzar la corrida en la que se lidiarán seis toros, y uno de los matadores, es El Cordobés, razón de más para que la gente se siente frente al televisor, alrededor de la mesa.

Toque de trompeta y repique de tambor, y abre el mozo, la puerta del chisquero, saliendo un brioso toro joven, con buenos cuernos, que corre, casi chocando contra las tablas, deslumbrado, buscando el capote del torero, que derecho como un mástil, lo espera, y le da el primer pase, y el segundo, y el tercero, ante el entusiasmo de la concurrencia, y del público que vive en cuerpo la corrida de toros, que retransmite Matías Prats.

El aplauso al Cordobés, valiente donde los haya, es unánime, y éste, con singular maestría, le coloca al toro, frente al banderillero, que, con un salto, le pone un par en mitad del lomo, con el aplauso del respetable.



Uno de los primeros modelos de aparatos de T.V.

El *picaor*, gordo, el caballo con un peto grande, se acerca hacia el toro, que cuando lo ve, le mete la puya en el dorso, y empuja, que empuja, ante la indignación del respetable.

está otra vez, Manuel Benítez, en medio de la plaza, de rodillas, llamando al toro, jaleándolo, que cuando ve al torero, se le enfila, pero Manolo, de rodillas, cuando el toro se le acerca, hace el salto de la rana, que acaba volviendo loco al respetable, que está contento de haber pagado su entrada, y a buen precio, algunos, en la reventa.

Y llega la hora de matar. El público calla, sólo se oyen algunas toses de fumadores empedernidos en la plaza.

Manolo, coge la muleta, y esconde el estoque, y cuando el morlaco se le acerca, mide la distancia, se alza sobre los pies, y le mete una estocada al pobre animal que cae herido de muerte.

Las gradas se llenan de pañuelos que piden la oreja para el torero.

—Ya te lo dije yo que era una buena corrida.

— ¡Qué buen aparato este que nos permite ver la corrida!

La madre trae un tentempié para llevar mejor la Fiesta Nacional.

—Bueno, don Antonio, que nosotros ya nos vamos, que si hay algún problema con el aparato nos llama y venimos.

— Muchas gracias, muchachos, tomad un dinerillo y os tomáis unas cervecitas. Gracias por todo, Ya me paso por casa de Juan para pagarle.

— Queden ustedes condiós.

Termina la corrida, pero hay ganas de aparato, de ver la televisión, de lo que echen, hasta que se acabe, porque una cosa como ésta, no la hay en todo el mundo para distraerse.

— Papá, yo mañana quiero ver a Herta Frankell.

—Y yo a Mariano Medina en el telediario para ver el tiempo que va a hacer.

—Habrá que comprar el TP para ver lo que echan en la tele.

— Bueno, niños, vamos a cenar, que mañana hay que ir al colegio, que ya tenéis tiempo de ver la tele.

La vecina, cuando nos ve, dice:

— ¡Ea, ya tenéis tele, por lo que veo!

— Sí; ya tenemos tele.

Mi padre, miraba mucho al cielo para ver si iba a llover. Los olivos estaban casi secos. Les faltaba agua. Y don Mariano, decía cuando iba a llover. Unas veces acertaba, y otras no. ¡Daba gran alegría cuando sobre el mapa colocaban los paraguas de la lluvia!

Cuando tardaba mucho tiempo en llover, mi padre decía: —Dios mío, qué habremos hecho—.

25.

LAS COMIDAS

Se solían hacer tres comidas al día: desayuno, almuerzo y cena. Algunas veces se merendaba, pero no era muy corriente.

El desayuno consistía en un joyo con aceite y un poco de leche aguada de cabra. Algunas veces, se le echaba a la leche, café de achicoria.

Había días en que se hacía algo extraordinario, que era ponerle al pan manteca *colorá* del chorizo que se sacaba de una orza, y que, debido al frío de la estación, salía sólida. Pero el pan no se comía solo, sino que se acompañaba con lomo de cerdo, en tajadas, de la matanza, o algunas pajarillas, blancas o negras.

Al mediodía, a las dos, se almorzaba. Y lo hacía toda la familia sentándose alrededor de la mesa.

La mesa se cubría con un mantel, y cada comensal, tenía su servilleta de tela con su inicial, la que servía para varios días de la semana. Según la comida, se ponía tenedor, o cuchara.

Durante la comida se oía el Parte de R.N.E que era a las dos.

Sobre un salvamanteles se colocaba en su cacharro de cocina la comida sirviéndose cada uno lo que se iba a comer, en su plato. Había una comida de la que todos comían en el mismo plato: el gazpacho de jeringuilla, que se presentaba en una gran fuente. Estaba compuesto de agua, aceite, vinagre, y pepino, en trocitos pequeños; en algunas casas se le echaba trocitos de manzana.

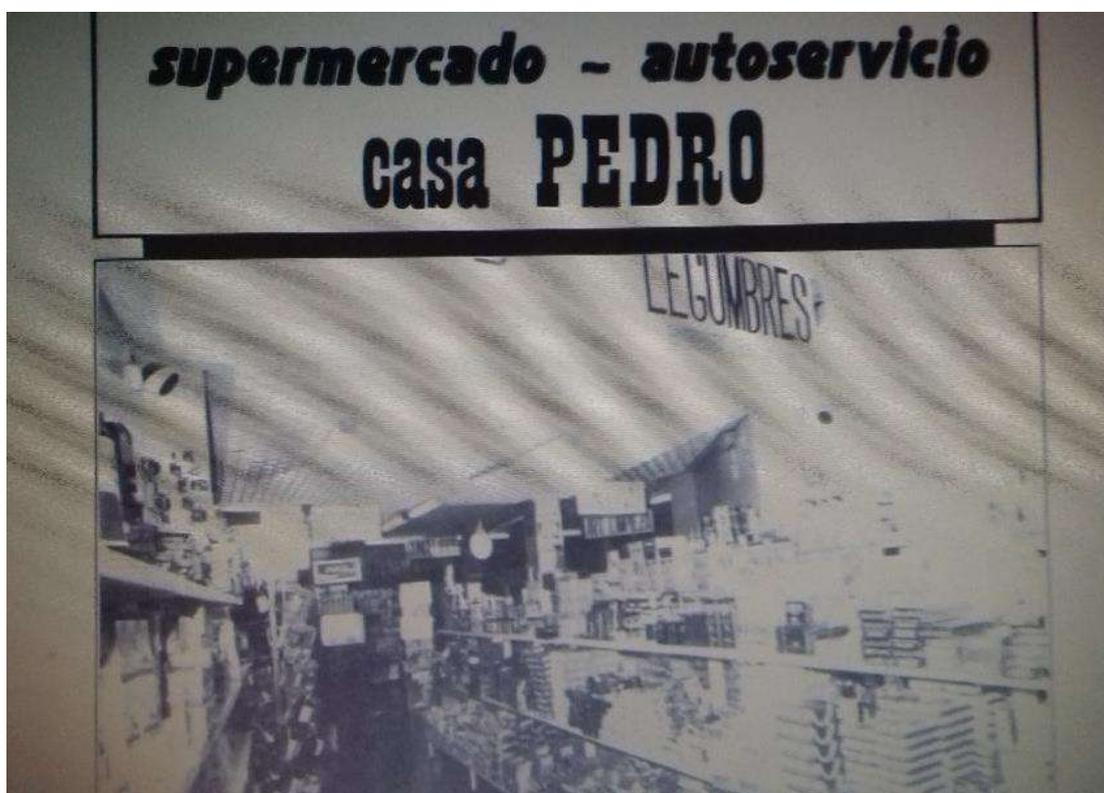
Generalmente, el almuerzo estaba constituido por tres platos, el final del cual, era el postre de fruta.

Si lo que se comía era cocido, el primer plato, era una sopa de fideos, con trocitos de pollo y tostones, huevo duro, e hierba buena, que le daba muy buen sabor.

El segundo plato lo conformaban los garbanzos cocidos que se machacaban con aceite y un poquito de vinagre, y se comían con trocitos de cebolleta.

El avío del cocido, formado por carne de pollo, un trozo de babilla de ternera, hueso de jamón con carne, un trozo de tocino añejo, y otro de tocino nuevo con beta, y algo de costilla de cerdo salada, se comía a continuación.

Y para finalizar se comía fruta del tiempo, o fruta guardada en el *terrao* de la casa, manzanas, camuesas, peros *ruices*, o, melón.



Supermercado "Casa Pedro".

En la comida se servía un vasito de vino de Mora Chacón, de Lucena, de una botella que había sido llenada de una garrafa de cristal de arroba y media que vendía don José Peláez.

La cena era sobre las once de la noche cuando la familia volvía de dar un paseo por el pueblo.

Generalmente se freían patatas a tiras, o redondas, o patatas revueltas con huevo. Las patatas se pelaban, y se cortaban con un cuchillo, o navaja, pero las más ricas, por lo tersas que salían de la sartén, y lo doradas que estaban, eran las que se cortaban con una máquina de pelar patatas de madera que tenía una cuchilla.

Terminada la comida se llevaban los platos a la cocina donde se lavaban en el fregadero con estropajo y jabón hecho con grasas y sosa.

Después se dejaban escurrir en el platero, secándose con un paño de cocina, después.



El típico cocido.

Predominaban las frituras, pero también se hacían comidas para cuchara.

Las comidas más corrientes eran:

- Boquerones fritos, calamares, pescada frita, pijotas, *bacalaíllas*.
- Patatas fritas.
- Sardinias fritas.
- Croquetas.
- Los piscos de lomo, y los piscos de chorizo de la matanza.
- Tomate frito con magro de cerdo.
- Pollo con tomate frito.
- Pajarillas, blancas, o negras, con cebolla frita.
- Chorizo frito.
- Morcilla de seso.
- Lomo en manteca.
- Pellejillos de pollo fritos.

- Torreznos.
- Morcilla frita.
- Huevos fritos con patatas revueltas, o con patatas a tiras, o patatas redondas.
- Filetes de cerdo o de ternera, fritos.
- Tortilla de patatas, tortilla francesa, tortilla de pan, ajo y perejil.
- Pimientos, berenjenas, habas con jamón y cebolla, o en tortilla.
- Tortilla de collejas.
- Tortilla de espárragos.
- Tortilla de ajetes.
- Picatostes.
- Tostones para la sopa.
- Almejas al ajillo.
- Cocido.
- Sopa de picadillo.
- *La pringá*.
- El salmorejo con huevo y pimiento verde.
- Potaje de habichuelas blancas con chorizo, o habichuelas *hamonás*.
- Lentejas con morcilla.
- Arroz con carne de cerdo, o con chorizo.
- Fideos con almejas.
- Costillas de cerdo con patatas guisadas.
- Patatas guisadas con alcachofas y chorizo.
- Sobrejusa.
- Mojete de patatas.
- Sopa de maimones.
- Relleno de carnaval.
- Albóndigas de boquerones fritos, o de carne.

- Ensaladilla de patatas con atún y huevo duro.
- Tocino fresco con beta.
- Salchichón.
- Queso de cabra, o manchego.
- Jamón serrano.
- Bacalao frito, o remojón de naranja con bacalao salado, asado.
- Gazpacho de jeringuilla, con pepino, o, trozos de manzana.
- Gazpacho de tomate.
- Gazpacho de ajo blanco.
- Lechuga con agua, aceite y vinagre.
- Calabaza frita.
- Pendejo.
- Coliflor rebozada.
- Ensaladilla de pimientos rojos asados con aceite, cebolla, y sardinas asadas.
- Molletes.
- El joyo de aceite y azúcar.
- Los tejerings.
- Las tortas de harina, huevo y perejil.
- Las migas de pan, ajos, y chorizo.
- Las papuecas.
- La pipirrana.

POSTRES

- Frutas del tiempo.
- Melón, sandía, manzana, pera, acerolas pero ruiz, melón de coronilla, camuesa, cerezas, higos, brevas, carne de membrillo, compota de membrillo, pan de higos, arroz con leche, gachas, natillas, batatas en almíbar, canela, y uvas,

FRUTOS SECOS

Garbanzos tostados, nueces, pipas, castañas pilongas, bellotas secas, almendras tostadas y garrapiñadas, nueces.

En lo hondo de la calle del Torrejón, al anochecer, se colocaba un hombre con gafas de cristales gruesos, con un canasto de mimbre, lleno de pipas, garbanzos tostados, y peseta a peseta, no se iba hasta que terminaba de vender su mercancía, la que daba al público en un cartucho de papel.



Pan casero.

En este mismo sitio había un puesto pequeño donde vendían tabaco suelto y cambiaban novelas, de las que sobresalían “Hazañas Bélicas”, “Corín Tellado”, “El Coyote”, y novelas del Oeste, las más populares, las de “Marcial Lafuente Estefanía”.

No era extraño ver a los albañiles cambiar sus novelas leídas, por otras, antes de ir al trabajo.

Al mediodía, algunos albañiles, en el descanso del trabajo, leían sus novelas echados en el suelo.

DULCES

Barquillos, milhojas, magdalenas, empanadillas de almíbar, o, de batata, brazo de gitano, bollos de canela, cortadillos, pestiños, palillos de manteca, mojiçón, etc.

26.

MEDIOS DE ESCRITURA

Se utilizaba el lápiz de grafito para escribir en la escuela. El maestro escribía con palillero y pluma metálica que mojaba en un tintero de cristal que había sobre su mesa. También usaba bolígrafos.

Para sacarle punta a los lápices se usaba la cuchilla de afeitar. Algunos maestros tenían una máquina de sacar punta para diferentes tipos de lápices, más gordos, o finos. Algunas veces, la punta no quedaba muy uniforme y había que redondearla con un trocito de lija frotándola contra ella.

En la escuela, el maestro, a la hora de la caligrafía, solía escribir con pluma metálica prendida sobre un palillero de madera, mojándola en el tintero de cristal que se encontraba encajado en el pupitre, y la tinta que se cogía del tintero la preparaba el maestro disolviendo unas pastillas de color azul o negro en agua.



Cayetano en el colegio.

Había plumas estilográficas que usaba alguna gente, e incluso en el estanco de Benigno en la calle Mesones, regalaban plumas de la marca Kaveco, que se obtenían con los puntos que recibías al comprar un determinado producto.

En las oficinas se escribía con plumas de palillero, o bolígrafo.

En la librería Serrano vendían y arreglaban plumas estilográficas. Había una marca muy solicitada, que era, Mont Blanc, con punto de iridio que no se gastaba al escribir.

Pocas personas tenían el privilegio de acercarse hasta Gibraltar de donde traían estuches de pluma y bolígrafo de la marca Parker.



Cayetano en el colegio. Fotografía oficial del curso escolar.

En las oficinas los documentos se escribían a máquina de escribir de las que había algunos modelos como la Remington de la Cooperativa la Purísima. En otros sitios usaban la Underwood. Para sacar varias copias se colocaba entre folio y folio, una hoja de papel carbón, marca Kores.

En la imprenta los textos se componían con linotipias que utilizaban el plomo para formar los caracteres. Cada línea de un escrito se llamaba galerada y se componía en una caja de madera, para, una vez corregido, pasarlo a la prensa de donde se hacían las copias necesarias. Una vez obtenidas todas las copias, se enviaban al encuadernador, que, sobre un telar, cosía las hojas con hilo, y pegaba la portada, hasta obtener un libro.

En la imprenta Arroyo hacían libros. Allí imprimió don Manuel Mendoza su libro de poemas “Flor de ilusiones”. Don Manuel estaba muy contento de tener un nuevo libro. Hablaba alguna vez de él, y leía alguno de sus poemas en la Academia.

El periódico local “Adarve” se imprimía en la imprenta Rojas. Salía cada quince días y tenía diversas secciones: editorial, artículos, vida local, poesía, año agrícola, muertes, casamientos, nacimientos, anuncios de toda clase.

Cuando se cometía un error al escribir sobre el cuaderno, se borraba con la goma de lápiz, de color blanco, pero si el error era de tinta, se borraba con la goma de tinta, rasposa, y de color oscuro. Muchas de las veces, se rompía el papel, teniendo que volver a escribirse lo roto. EL maestro se enfadaba.

Era famoso el papel de “Barba” para escribir por la textura muy buena de su superficie.

Las ceras Caran D’Ache de colores eran muy apreciadas para colorear y venían en cajas de cartón metálicas, muy vistosas, de diferentes tamaños. También los lápices de la marca Alpino.

Una fábrica muy famosa que hacía lápices y bolígrafos era “Hispania”.

Los niños de la escuela guardaban sus lápices y demás, en estuches de madera.

Johan Síndel gozaba de mucha fama por sus lápices de calidad.

Los pasteles Goya eran ceras de colores que se usaban mucho en el colegio.

Otra marca de lápices era, “Mercantil”, que tenía un extenso surtido de los mismos.

Para el dibujo artístico se usaban cajas de carboncillos, y, sobre todo, para hacer el boceto de un cuadro sobre un lienzo, para después pintarlo al óleo.

En el último piso de la casa donde estaba el bar El Águila, hacía sus pinitos en el óleo, Barrientos. Hijo. Su padre, era maestro en hacer reproducciones de obras de pintores famosos, como el Cristo de Velázquez, y bodegones. Pero también un empleado suyo, Garrido, no le daba mal al pincel.

27.

LAS OBRAS

Había bastante gente que en Priego se dedicaban a la construcción. Eran los albañiles, que, con su ropa característica, iban al trabajo en la obra, por la mañana y por la tarde, con un ligero descanso al mediodía, para descansar y comer.

Eran buena gente que se ganaban la vida en la obra, haciendo mezcla, subiendo ladrillos, cargando cascajo, poniendo ladrillos, colocando el cañizo en los techos, haciendo tabiques, levantando andamios, y muros, amén de tejados, y cuando pasaba alguna chica guapa, la piropeaban. Había muchachas del pueblo, que cuando veían albañiles, daban la vuelta hacia otra parte.

También los había muy enamorados, y pesados, que, bajo riesgo de partirse la crisma, y caerse del andamio, piropeaban a toda mujer que pasaba por sus aledaños, cosa, que hoy día, sería muy castigada con la Ley de Violencia de Género.

La obra comenzaba con el montaje del andamio en la fachada de la casa a reformar. Y ese andamio estaba formado por vigas de álamo de las orillas del río de Zagrilla, madera muy idónea para tal cometido. ¡Qué hermosas y ricas eran las alamedas de esos parajes en las que los pajarillos se refugiaban para protegerse de las inclemencias del tiempo, y de los ataques indiscriminados de los cazadores de temporada, que, con sus escopetas de balines, marca El Gamo, y linterna de pilas, disparaban a la barriga de aquellos pobres animales que descansaban plácenteramente en las ramas de esos arbolitos!

Con la realización de sendos agujeros en el suelo, se colocaban los primeros troncos, que se pegaban con yeso en el suelo de la calle, para a continuación, clavados, y sujetos, los travesaños en la pared, iba tomando cuerpo el andamio, atado con gruesas tomizas.

Unos tablones sobre los travesaños, servían de pasillo para andar por delante de toda la fachada, a la vez, que una polea, con sogas, servía para subir el material que se iba a utilizar en la obra, colocado dentro de las espuestas de esparto. La garrucha y los ganchos eran fundamentales; también, las tomizas de fuerza.

— ¿Está?

— ¡Tira!

Los carros llevaban el material hasta la puerta de la obra, o, a lo sumo, algunos camiones de los que había. Los Hermanos Manré compraron un camión y daban portes. Pedrajas, tenía otro con el que se llevaba el orujo de la cooperativa La Purísima a la refinería. Y el padre de Pepito Díaz, con un camión pequeño, traía aceitunas de las fincas al molino.



Barrio de Jesús Nazareno, popularmente Casa Baratas, en estado de ruinas

El
contratista
que
realizaba
más obras
en Priego
por aquel
entonces,
era don
Juan
Soldado,
que tenía su
casa en la
calle San
Marcos, y
que realizó
los trujales
de la

Cooperativa
de la
Purísima,

cavados uno a uno en la roca porosa del subsuelo de Priego.

Hasta entonces, el aceite de los molinos, se almacenaba en grandes depósitos de hierro colocados sobre bancadas del mismo material. Pero la construcción de esos trujales, grandes depósitos de obra de unos cinco metros de altura por cuatro de anchura, supuso un gran avance para el almacenaje del aceite.

Los trujales estaban tapizados de azulejos, y en su parte superior tenían una tapadera de hierro de unos 60 cm. de diámetro. ¡Qué hermoso era el color del aceite en el trujal tratando de aflorar a la superficie!

En el molino, los socios, tenían miedo de que el trujal se fuera a romper y el aceite se escapara, produciéndose una gran pérdida económica para la cooperativa.

Cuando los estaban haciendo, un albañil se cayó al agujero de uno de ellos con su carro sin mayores consecuencias.

Su construcción fue laboriosa, ya que había que perforar la roca del subsuelo a base de porro, cincel y cuñas, haciéndola saltar en pedazos.

De vez en cuando venía el maestro de obras, don Juan Soldado, que daba las instrucciones a los albañiles para la prosecución de la obra. Fueron 12 los trujales que se hicieron en la Cooperativa Olivarera de la purísima, lo que, unido a los numerosos depósitos de chapa, permitía a la cooperativa almacenar más de medio millón de kilos de aceite de oliva, esperando el mejor tiempo para su venta, al mejor postor.

Por aquella época se utilizaba en la construcción el tosco para los muros, el yeso para enlucir paredes, y las vigas de madera para hacer techos, y los cielos rasos se formaban con cañizo al que se le repellaba de yeso.

Los suelos eran de terrazo, o de losas decoradas, o lisas. Las puertas eran de madera, así como las ventanas, y las casas, solían tener un portón a la calle, con puerta de madera maciza, cerradura y tranca de hierro, mientras que la puerta interior era de madera con cristales y adornos de hierro. Ambas puertas solían tener un aldabón de bronce para llamar.

Las casas, solían tener varios pisos. En la planta baja, estaba el portón, que seguía en un estrecho pasillo, un despacho, la salita de estar, una despensa, la cocina, un patio con su fuente decorativa de piedra caliza con caño de bronce, con algún relieve, de la que manaba el agua todo el día sin parar, ya que las casas no tenían contador dada la abundancia de agua del manantial de Nuestra Señora de la Salud. En esta fuente, se solían echar los melones y las sandías para que se pusieran frescos para comerlos en el verano, ya que el agua del caño, les caía encima. Solía haber en el patio, una fuente o pilón grande, en la que se lavaba, con su correspondiente tabla de lavar, o piedra de lavar. Y algunas casas solían tener una pequeña azotea para tender, y una bodega donde se guardaba la leña para el fuego y otras cosas. La cocina tenía un *arnafe* en el que se cocinaba, y una gran chimenea, con una plancha de hierro en el suelo, sobre la que se hacía fuego con leña de

olivo, y sobre ella, se colocaba unas *estrevas* para poner los cacharros de guisar o freír, y en lo alto, sobre cañas, se ahumaban las morcillas y los chorizos de la matanza del cerdo. Algunas cocinas disponían de una cocina para guisar de hierro y depósito para el agua caliente, y una pequeña fuente para lavar los platos.

Junto a la cocina, estaba el patio con su fuente, y en esa planta, había una despensa para los alimentos, un despacho, y un comedor grande con un sofá y una hermosa mesa con sus sillas.

En la primera planta de la casa, estaban los dormitorios, y el cuarto de baño, si es que lo había. Los dormitorios daban a la calle, o al patio, y había uno más espacioso, para el matrimonio, y otros más pequeños para los hijos.

De la primera planta, y por medio de una escalera con travesaños de madera, se subía al *terrao*, donde solía haber varias habitaciones, y un gran espacio para colocar la matanza, con su saladero, las manzanas extendidas por el suelo sobre sacos, y trastos que eran de poco uso. Y sobre el *terrao*, el tejado de gruesas tejas de barro que impedían que el agua de lluvia entrara en la casa. Era la estancia más luminosa de la casa con varios ventanales que daban a la calle.

Pocas casas tenían piscina, pero sí había muchas albercas en el campo, donde la gente se bañaba en el verano. Por esta época se pone de moda la piscina de Topamí, junto al río Salado, de agua salada, que vuelve loca a la gente, buscando diversión y fresco para el verano. Allí se servía comida y bebida, aunque la gente podía llevarse su propia comida y pasar el día.

Se construye un merendero en la Vega, al que los naturales del lugar, auguran poco éxito, donde se sirven bebidas, y se celebran fiestas.

Y para los demás, para quitarse el calor, durante los veranos funcionaba el baño Manancas, una presa con sacos terreros construida en el cauce del río Salado, muy cerca de las Salinas, al que había que ir andando por un camino terrero y polvoriento. Tenía su clientela que buscaba el fresco del agua huyendo del calor, para tomar unas cervezas, y un plato de rodajas de tomate con aceite de oliva. Era un baño para hombres. Por las noches, los seminaristas, para que no los criticaran, iban a bañarse al baño, amparándose en la oscuridad de la noche. Volver del baño hasta el pueblo, por la noche, por un camino oscuro, mirando la luna o las estrellas, tenía su halo de misterio y encanto, llegando cansado a la casa y con ganas de coger la cama para descansar.

La gente, los campesinos, vivían en sus cortijos, lejos del pueblo, gozando de la tranquilidad del lugar, rodeados con sus animales, y dedicados al cultivo de la finca, de olivos, muchas de las cuales tenían su agua propia, y un pequeño huerto de donde sacaban verduras para el gasto. Los cortijeros, cuando necesitaban cosas venían al pueblo con sus bestias, y luego se marchaban con ellas, cargadas de lo que les hacía falta para vivir.

En las aldeas, había casi siempre, un recadero, que compraba los encargos que la gente le hacía, llegando hasta el pueblo más cercano, incluso hasta la capital. Mucha gente, hacía encargos de cosas necesarias al revisor de la Alsina, que se las traía por la noche, evitando tener que ir ellos a Córdoba o Granada.

Las Casas Baratas fue un intento de dotar de vivienda a los más humildes, pero el proyecto, se vino abajo, porque con el tiempo, las construcciones, no aguantaron, derrumbándose. En ellas vivió mucha gente, y mucha gente, hermandades, organismos públicos, y entidades habían colaborado a realizar aquel magno proyecto que acabó derrumbado.

Vamos a recordar entre los albañiles a “Planticas”, que tenía un carro para retirar escombros y llevar material a las obras. Le gustaba piropear a las mujeres, que cuando lo veían aparecer, tiraban para otro lado.

LAS PROFESIONES, LOS ESTUDIANTES, LAS AMAS DE CASA

Las personas que tenían estudios eran las menos, porque estudiar era muy costoso, y los estudiantes tenían que marcharse a Granada, o, a Córdoba. En Granada había Universidad, siendo las Facultades de Medicina y Derecho, muy celebradas. También había una Escuela Normal para estudiar magisterio que estaba en la Gran Vía, frente a la cual estaba el Instituto Padre Suárez, donde impartían clases profesores muy celebrados como Domínguez Ortiz, y Martín Revuelta.



Algunas familias de Priego mandaron a sus hijos a estudiar a Granada, alojándose en casa particulares, o, bien, en el Colegio Mayor.

Al lugar de estudio se iba

andando, aunque había un tranvía que acercaba a la gente hacia esos lugares. Pero eran tiempos difíciles, y había que gastar lo menos posible.

En Córdoba existía una Escuela Normal de Magisterio en la Plaza de la Iglesia de San Nicasio a la que iban algunos estudiantes de Priego, y en Priego mismo, los salesianos, montaron los estudios de Magisterio, gracias a los cuales, estudiaron algunos muchachos de Priego.

Había algunos maestros en Priego dedicados a la enseñanza, como don Joaquín, don Julián, don Manuel Mendoza, doña Carmen Pantión, don Juan Osado, y otros, como don Antonio Barrientos, don Alfonso, doña María Antonia, y don José María Cuadros.

En la Academia del Espíritu Santo, en la calle Montenegro, se estudiaban el Bachillerato elemental y el superior, yendo los alumnos a



En el Adarve de Priego.

examinarse por libre al Instituto Aguilar y Eslava de Cabra en el mes de mayo. Los alumnos, se lo jugaban todo en cada convocatoria, porque al ser examinados, el profesor les preguntaba de todo el libro, bien oral, o por escrito.

En la calle Alta, daba sus clases a los alumnos, don Joaquín, en varias aulas, siendo muy numerosa la concurrencia. Don Joaquín criaba pollos en una sala aledaña a las clases, en una pequeña incubadora. Su mujer se llamaba doña Victoria. Tenía muchos alumnos don Joaquín, de todas las edades.

En una calle que partía desde la calle Zapateros hacia la iglesia de la Aurora, calle Ramírez, había un colegio estatal de enseñanza primaria en el que impartían clases, don Julián León Benavente, doña Carmen Pantión, y otros.



Cayetano, a la derecha, con amigos en el Paseillo.

En este colegio, se daba queso y leche en polvo, preparada por el maestro, a los alumnos, por las tardes. Las clases eran de mañana y tarde.

En la calle Ubaldo Calvo, había un colegio particular, al que asistían numerosos alumnos. El maestro había sido represaliado por motivos políticos.

En la calle del Río, destacaba el colegio de las monjas, con numerosas alumnas, allí había sitio para los más pequeños. Los muchachos iban de vez en cuando hasta el convento para pedir recortes de hostia, porque las monjitas, en sus ratos libres hacían las formas para las iglesias del pueblo.

En un hueco del convento, junto al banco, estaba la Flor de Mayo, célebre por sus pasteles y helados, los llamados cortes, la leche

merengada, los muy celebrados barquillos de crema, los brazos de gitano, los bollos de leche y canela.

El obrador estaba en una de las calles de atrás, y desde él, un hombre, traía todos los días, según la necesidad, en un carrito de madera empujado a mano, lo que faltaba para la clientela. No hay qué decir, el rastro de buen olor que dejaba por la calle el paso de tanta delicia para el paladar.

No sabemos cómo aquel sitio tan pequeño, podía guardar tanta cosa tan rica.



Con un grupo de amigos.

En la Villa había una miga a la que las madres llevaban sus hijos al cuidado de una señora.

En la calle San Guido estaba la casa cuna con una pequeña ventana y un cajoncito, donde las madres que no querían a sus hijos los dejaban allí.

En el compás de San Francisco había una mujer mayor que cuidaba de los niños que no tenían familia. Le llamaban hermana Carmen, y era muy frecuente verla pasar por las calles del pueblo con “sus niños”. Esta mujer desarrollaba una gran labor.

Don Ángel Carrillo Trucio, sacerdote santo, dedicó parte de su vida a llevar a muchos

niños al Seminario de San Pelagio, buscando entre los ricos, dinero para su sustento y pago de los estudios. Fueron muy celebrados sus “Actos de la ua” en la que juntaba a todos los seminaristas en la capilla de Jesús Nazareno, y les daba una pequeña charla espiritual cada día, a los pies de Nuestro Padre Jesús Nazareno. Don Ángel tenía una pequeña biblioteca con libros piadosos, que prestaba a los niños. Cada cierto tiempo pasaba por los colegios

buscando alumnos aventajados para llevarlos al Seminario, después de hacerle un pequeño examen en la sacristía de Jesús Nazareno.

Un día llegó don Ángel al colegio de don Joaquín.

— Buenas tardes, don Joaquín.

— Buenas tardes don Ángel. Pase usted. ¿Qué necesita?

— Vengo haciendo un recorrido por los colegios del pueblo para ver los niños que quieren ir al seminario y ser sacerdotes.

— Pues, usted mismo, don Ángel.

Don Ángel habló durante unos minutos a todos los muchachos que en la escuela estaban, y les dijo que estaba allí para pedir a los niños que tuvieran vocación, que fueran por la sacristía del Nazareno, donde les iba a hacer una prueba de conocimientos, para ver si servían para estudiar.

Varios muchachos se ofrecieron a ello, y don Ángel, los citó para la tarde del día siguiente, a las 6.

La prueba consistía en preguntas de geografía, matemáticas, religión, y lectura y escritura.

De aquel examen, salieron algunos muchachos listos para ir al seminario.



Ángeles Molina y Cayetano.

Cabe destacar como profesores de la Academia del Espíritu Santo, a don José Cuadros, don Antonio Barrientos, Don Alfonso, la Señorita María Jesús, don Enrique Alcalá, don Emilio Siles, y otros.

Había algunos estudiantes aventajados de la Universidad que impartían a domicilio, clases particulares.

Los sacerdotes que atendían a la gente del pueblo eran: don Rafael Madueño, párroco de la Asunción, don Rafael, párroco de la iglesia del

Carmen, don Domingo Casado, párroco de la iglesia de las Mercedes, don Enrique Burgos capellán del Hospital, don Manuel Ariza, capellán de la Hermandad de la Columna, don José Serrano, poeta, algunas de cuyas composiciones se publicaban en el periódico local Adarve cuyo director era don José Luis Gámiz.

Los tres párrocos de las tres iglesias más importantes, velaron con gran interés por sus iglesias, acometiendo obras de reforma en ellas, y adaptándolas a lo exigido por el Concilio Vaticano II.



Bajo el Adarve de Priego.

Don Rafael Madueño actuó sobre la Asunción, don Rafael, sobre la iglesia del Carmen, y don Domingo, sobre la de las Mercedes. En la calle, de esta iglesia, se celebraba la fiesta del toro de cuerda, al que le ponían irritaban enormemente al animal, pero que, al personal,

le gustaba mucho.

Había algunos médicos en el pueblo que atendían a la gente, destacando entre ellos, a don Gerardo, médico de medicina general del Instituto de Previsión, situado en una casa junto a la Gestoría Peláez, en la primera planta, donde el jefe, era don Felipe Molinero, cuya hija enfermó de poliomielitis, que hizo estragos en toda España, dejando a multitud de jóvenes seriamente disminuidos.

Don Antonio Pedrajas, era ginecólogo, y tenía su despacho en lo alto del pueblo, en la Subbrigada cerca del campo de fútbol. Allí vacunaban a los niños de los colegios de la viruela, yendo desde el colegio, solos, hasta la clínica, donde con una cuchilla, le raspaban en el brazo inoculándole la vacuna. Muchas personas, aún hoy, lucen las señales de aquella vacunación.



Bajo el Adarve

Don Antonio Aguilera, médico de huesos, que tenía su consulta, y su casa familiar, al lado de la iglesia del Carmen, bajo la atenta mirada de San Elías, que culminaba la torre de la iglesia, médico alto, de voz potente.



En la Fuente de la Salud de Priego de Córdoba.

El doctor Sierra, médico de corazón, y otras cosas, con despacho abierto en la calle del Río, justo al lado de muebles López, alto, con bigote, con amplia clientela de Priego y de los alrededores, que compró una parcela frente a la piscina de Topamí, al lado del río Salao, en cuyas orillas crecía una hierba extraña, que luego resultó ser la cola de caballo, tan buena para la salud de los riñones, pasado el

puente sobre la carretera, que en época de tormentas, casi se cegaban los ojos, con el peligro de que el agua se llevara todo, al taponarse los ojos con ramas y troncos de las alamedas cercanas. Allí se fabricó un gran chalé, para disfrute



Función de teatro de los alumnos de la Academia del Espíritu Santo.



de él y su familia.

Y entre los practicantes titulados, destacar al señor Mazas, pequeño, con gafas, con

María Luisa Peláez, madre de Cayetano y Paquita Molina.

su maletín en la mano, con los avíos de su profesión, muy atento y

simpático, que vivía en la misma calle que otro practicante, padre de Loli Casares, calle del Conde de Superunda, calle estrecha, de casas nuevas, junto

a una fábrica de telas, Textil del Carmen, amplia y con salida a dos calles, y otro practicante, que vivía en la calle Ramírez, y que fue el que le pinchó



Paquita Molina en el Paseo de Colombia

más de doscientas veces la penicilina, a Cayetano, llamada Procaína, que venía en un bote cilíndrico, con tapón de goma, a través del cual se introducía la aguja de la jeringuilla, previamente desinfectada.

Y destacar a Sole, la compañera del Dani, maestro capachero, que vivía en

la calle del Torrejón, en una casa estrechita, mujer muy simpática, que ejercía de practicante aficionada en su casa, poniendo inyecciones a mucha gente de todas las edades, previa desinfección de la jeringuilla de cristal en agua, en una latita de metal, calentada con alcohol.

Había, otro doctor, que no era de Priego, y que pasaba consulta de traumatología, en los pisos nuevos que había junto a la iglesia de San Juan de Dios, y ése doctor, fue el que diagnosticó, a Cayetano, la rotura



Rafael Barrientos Luque, Manuel y Antonio Peláez del Rosal.

de la muñeca por accidente de bicicleta contra una reja de una casa del Paseo, a la edad de diez años, enyesándole la mano con escayola, sujeta en una argolla en la pared de una consulta del Hospital de San Juan de Dios, hasta ponerla en su sitio. Fue en ese hospital donde murió Inés Pérez Carrillo, de derrame cerebral. Cuando fueron a verla, la impresión que les ocasionó a

todos, fue grande, ya que la pobre, estaba en el suelo, sobre una manta, en una habitación, justo a la entrada del hospital.

La gente moría en sus casas, y a lo sumo, en el hospital de San Juan de Dios, y tras la muerte, se preparaba una habitación, donde se dejaba el cadáver, metido en su caja, hasta la hora del funeral. Unas veces, la caja estaba tapada, y otras, los dolientes que iban a ver al fallecido, destapaban la caja para verlo.



Función de teatro de los alumnos de la Academia del Espíritu Santo en el Teatro Gran Capitán.

Llegada la hora del funeral, los allegados, subían a su difunto sobre los hombros, llevándolo hasta la iglesia, donde se le decía una misa y el correspondiente responso, para una vez terminada, volverlo a coger en sus hombros y llevarlo a través de las calles del pueblo, hasta el cementerio, donde se le daba sepultura.

La campana más triste de la iglesia, tocaba a muerto.

¿De qué moría la gente por aquel entonces?... las causas eran muchas, pero “de repente” morían muchas personas, algunas, se suicidaban pegándose un tiro en la cabeza, o pasando por su cuello el nudo de la soga. La “pupa viva” también se llevaba a muchas al otro mundo.

En el cementerio los que morían cristianamente, recibían sepultura dentro de su recinto, los que no, eran enterrados en una parcela fuera de él.

Algunas veces, pasaba por el Paseo de las Rosas, la camilla con el cuerpo de algún vecino que había preferido dejarnos e irse al otro mundo, tras tirarse por el Balcón del Adarve.

Había quién al tirarse, no se mataba, pero le quedaban secuelas para toda la vida; pero eran los menos. Lo normal, era que una vez llegado al

suelo, muriera de golpe, y algún vecino lo descubriera, avisando al ayuntamiento para su traída al hospital y que el juez certificara su muerte.

Fue muy sentida la muerte de un devoto de Jesús de la Columna, que se pegó un tiro en la tumba de su padre en el cementerio, durando su agonía varios días.



Función de teatro de los alumnos de la Academia del Espíritu Santo en el Teatro Gran Capitán.

Lo que más me impresionó en mi juventud, ya que la muerte la vi pocas veces, fue la imagen de una pobre mujer que traían en la camilla los camilleros desde los bajos del Adarve donde se había tirado.

También vi el cuerpo sin vida de don Ángel el día que lo enterraron. El féretro pasó abierto por la calle de Puente Tablas.

Otra mujer, un día que yo iba dando un paseo por la Villa, yacía inconsciente sentada en una silla junto a la casa de don Manuel Ariza. Me fui corriendo a pedir ayuda y pronto abrieron la puerta de la casa. La mujer estaba muerta.

Pero en lo que Cayetano echó más arrojo fue en ir al cementerio con varias personas para sacar el cadáver de una mujer que había muerto hacía ya muchos años.

El sepulturero cogió la machota y abrió la lápida. Tirando fuertemente, sacó el ataúd hacia el exterior depositándolo en el suelo. Abrió los pestillos y allí apareció el cadáver de la abuela que tenía la cara tapada con un sudario. Recogió los huesos y los depositó en una bolsa metiéndolos en un rincón del nicho que iba a ser ocupado por un nuevo difunto, aquella misma tarde.

29.

ÉXITOS DE LOS AÑOS 50

En mi casa del Paseo de las Rosas, había una radio marca “Invicta” que tenía dos ondas: media y corta. Era un aparato que funcionaba con un elevador para corriente, porque el voltaje que daba la compañía eléctrica “El Chorro”, era de 125 voltios, y oscilaba mucho

Se escuchaban pocas emisoras en la onda media, destacando RNE que era la que emitía el parte cada día a las dos de la tarde. Más tarde apareció Radio Cabra, que tenía la antena en la Sierra de Cabra, a más de mil metros de altura, oyéndose en muchos lugares. Pronto se hizo muy popular entre oyentes.



En el puerto de Cádiz. los



El conjunto “Las Cuatro X” en Cabra (Córdoba)

En la onda corta, se cogían bastantes emisoras, y entre ellas, destacaban Radio Holanda, la BBC, y La Pirenaica, que transmitía desde Moscú noticias para España. Era una radio prohibida.

A la gente le gustaba mucho la radio, escuchar novelas, noticias, y sobre todo oír los éxitos del momento.

Las emisoras tenían un programa en el que se solicitaba una canción y la podías dedicar a la persona que tú quisieras, siendo el servicio gratuito. Eso ocurría en Radio Priego, que estaba situada en el Instituto Laboral, en la calle del Río, y cuya locutora, era Carmela Millán, simpática y de buena voz. Los domingos, al mediodía, solíamos ir hasta allí

con su hermano de Carmela, Juanito, y pasábamos un buen rato, escuchando canciones de moda, y dedicatorias de las mismas.



Antonio Pérez Marín, del conjunto "Las Cuatro X".

Por esa época aparece el *picú*, que los vendían en la tienda de electricidad de Enrique Machado, pegando a Foto Medina, y a los que se le colocaba un disco de vinilo, y escuchabas canciones del momento.

Entre los éxitos de los años 50, destaco:

Angelitos negros
de Antonio Machín

Pintor nacido en mi tierra
Con el pincel extranjero;
Pintor que sigues el rumbo
De tantos pintores viejos.

Aunque la Virgen
sea blanca,
Píntame angelitos
negros,
Que también se
van al cielo
Todos los negritos
buenos.

Pintor, si pintas
con amor,
¿Por qué
desprecias tu color,
Si sabes que en
cielo
También los quiere
Dios?

Pintor de santos de alcoba,



Cayetano con laúd.

Si tienes alma en el cuerpo,
¿Por qué al pintar en tus cuadros
¿Te olvidaste de los negros?

Siempre que pintas iglesias,
Pintas angelitos bellos;
Pero nunca te acordaste
De pintar un ángel negro.

Siempre que pintas iglesias,
Pintas angelitos bellos;
Pero nunca te acordaste
De pintar un ángel negro



Juanito Millán.

Antonio Machín vino a Priego con su espectáculo actuando en el Teatro Victoria con mucho éxito. Yo lo vi personalmente cantando y acompañándose con las maracas, que manejaba con mucha soltura.

Estas compañías venían

en el invierno cuando los jornaleros trabajaban en la recogida de la aceituna y tenían dinero para asistir a la función.

Canastos

Luis Mariano. (con Gloria Lasso)

La, la, la...
Con el amor no se juega,
¡Ay, canastos!, Que es peor.

LUIS.- Señorita, hace mucho que la espero

Soportando el aguacero por decirle que la quiero
Aunque usted no lo permita.



El conjunto en Cabra (Córdoba), con Carmela Millán).

GLORIA.- ¡Canastos

LUIS.- ¿Qué me responde usted?

GLORIA.- Caballero, nunca he estado enamorada
Déjeme una temporada porque no me fío nada
De un cariño pasajero.

LUIS.- ¡Canastos!

GLORIA.- ¡Váyase, por favor!

LUIS y GLORIA.- La, La, la...
Con el amor no se juega,
¡Ay, canastos! Que es peor,

LUIS.- Señorita, yo le ofrezco la fortuna
Las estrellas una a una con el sol y con la luna
Y el amor que aquí palpita.

GLORIA.- ¡Canastos!



Mi guitarra.

LUIS.- Ya ve que soy formal.

GLORIA.- ¡Ay, muchachito!, no
me importa la riqueza
Ni he perdido la cabeza si le digo
con franqueza
Que un marido necesito.

LUIS.- ¡Canastos!

GLORIA.- Casarse es lo mejor.

LUIS y GLORIA.- La, La, la...
Con el amor no se juega,
¡Ay, canastos! Que es peor.

LUIS.- Linda mía, cuando quiera
estoy dispuesto
Para hacer el presupuesto de lo caro
Que se ha puesto pasar por la
vicaría.

GLORIA.- ¡Canastos! Por algo
somos dos.

LUIS y GLORIA.- Con el amor no se juega,
¡Ay, canastos! Que es peor,
Porque el amor, cuando llega,
Es, ¡canastos!, lo mejor.

LUIS .- Con el amor no se juega,
¡Ay, canastos! Que es peor,

GLORIA.- Porque el amor, cuando llega,
Es, ¡canastos!.

LUIS .- Lo mejor.

LUIS y GLORIA.- La, La, La...
Porque el amor, cuando llega,
Es, ¡canastos!, lo mejor.

Su gran éxito en el cine, fue “Violetas Imperiales2, que pusieron muchas veces en Priego, en el teatro de verano de la calle Alta, con su característico gallinero, desde donde más de una vez, los gamberros, tiraron las sillas al patio porque no les había gustado la película, o cortaban las escenas donde los artistas se besaban.

Madrecita
Antonio Machín

Madrecita, del alma querida,
En mi pecho yo llevo una flor,
No te importe el color que ella tenga,
Porque al fin tú eres madre una flor.
Tu cariño es mi bien, madrecita,
En mi vida tú has sido y serás,
El refugio de todas mis penas,

Y la cuna de amor y
verdad.

Aunque amores yo
tenga en la vida,
Que me llenen de
felicidad,
Como el tuyo jamás,
madre mía,
Como el tuyo no habré
de encontrar.
Madrecita del alma
querida,
En mi pecho yo llevo
una flor,
No te importe el color
que ella tenga,
Porque al fin tú eres madre una flor.



Mi vieja bandurria.

Aunque amores yo tenga en la vida,
Que me llenen de felicidad,
Como el tuyo jamás, madre mía,
Como el tuyo no habré de encontrar.
Madrecita del alma querida,
En mi pecho yo llevo una flor,
No te importe el color que ella tenga,
Porque al fin tú eres madre una flor.

Dos gardenias para ti

Dos gardenias para ti
Con ellas quiero decir
Te quiero, te adoro, mi vida.
Ponle todas tu atención
Que serán tu corazón y el mío
Dos gardenias para ti
Que tendrán todo el calor de un beso.
De esos besos que te di
Y que jamás te encontrarán
En el calor de otro querer

A tu lado vivirán y te hablarán
Como cuando estás conmigo
Y hasta creerán
Que te dirán te quiero.
Pero si un atardecer
Las gardenias de mi amor se mueren
Es porque han adivinado
Que tu amor me ha atraicionado
Porque existe otro querer
A tu lado vivirán y se hablarán
Como cuando estás conmigo
Y hasta creerán
Que te dirán te quiero.
Pero si un atardecer
Las gardenias de mi amor se mueren
Es porque han adivinado
Que tu amor me ha atraicionado
Porque existe otro querer
Es porque han adivinado
Que tu amor me ha atraicionado
Porque existe otro querer.

Ansiedad

Nat King Cole

Ansiedad, de tenerte en mis brazos
Musitando... palabras de amor
Ansiedad, de tener tus encantos
Y en la boca, volverte a besar.

Tal vez este llorando mis pensamientos
Mis lágrimas son perlas que caen al mar
Y el eco adormecido, de este lamento
Hace que esté presente en mi soñar.

Quizás esté llorando al recordarme
Estreche mi retrato con frenesí
Hasta tu oído llegue la melodía salvaje
Y el eco de la pena de estar sin ti.

Ansiedad, de tenerte en mis brazos
Musicando palabras de amor
Ansiedad, de tener tus encantos
Y en la boca, volverte a besar.



“Los Cuatro X”. primera actuación en marzo de 1959.

Tal
vez

este llorando mis pensamientos
Mis lágrimas son perlas que caen al mar
Y el eco adormecido, de este lamento
Hace que esté presente en mi soñar.

Quizás este llorando al recordarme
Estreche mi retrato con frenesí
Hasta tu oído llegue la melodía salvaje
Y el eco de la pena de estar sin ti.

Un telegrama

Monna bell



“Los Cuatro X” en Cabra (Córdoba), junto a Carmela Millán.

Antes de que tus labios
me confirmaran que me querías,
ya lo sabía, ya lo sabía,
porque con la mirada,
tú me pusiste un telegrama
que me decía, que me decía:

Destino: tu corazón;
domicilio: cerca del cielo;
remitente: mis ojos son;
y texto: te quiero, te quiero.

Antes de que tus labios
me confirmaran que me querías,

ya lo sabía, ya lo sabía,
porque con la mirada,
tú me pusiste un telegrama
que lo decía, que lo decía:

Ya lo sabía, ya lo sabía,
porque con la mirada
tú me pusiste un telegrama
que me decía, que me decía:

Remitente: mis ojos son;
y texto: te quiero, te quiero

Antes de que tus labios
me confirmaran que me querías
ya lo sabía, ya lo sabía
porque con la mirada
tú me pusiste un telegrama
que lo decía, que lo decía.

Ay, ay, ay, ay,
ya lo sé, ya lo sé
y también y también te querré
y también te querré.

30.

LAS COSTURERAS, LOS SASTRES

Aunque en Priego había tiendas de tejidos y comercios donde vendían vestidos hechos de confección, había mucha gente que se hacía sus vestidos, o recurrían a una modista, o costurera, que se los hacía. Para ello se compraba la tela en alguna de las tiendas que vendían telas, como: “Los Gómez”, “Los Madrileños”, “Tejidos Velastegui”, “Tejidos Portales”, “Tejidos y confecciones Carmelo Molina”, Tejidos Baldomero, y otros.

Una vez comprada la tela, se iba a la modista, que te tomaba la medida, le decías cómo querías la hechura, y a los pocos días te lo ponía de prueba. Después de ir varias veces a la modista, te lo terminaba y se le pagaba.

Había costureras que iban a las casas a repasar la ropa y a arreglarla, plancharla, etc. A mi casa iba una modista que se llamaba Paquita. Venía por la mañana, y mi madre le ponía la comida del mediodía, y cuando se marchaba por la tarde, dejaba arregladas todas las prendas que lo necesitaban.

Era muy corriente que los vestidos de unos, pasaran para otros, y había que arreglarlos al cuerpo del nuevo dueño, para ello había que descoserlo, desbaratarlo, y darle la vuelta por el lado que estaba mejor. Era muy corriente que las prendas de unos, los más grandes, pasaran a los menores.

En la calle del Torrejón, había una modista muy apañada. La maestra, muy lista, cortaba y cosía los vestidos dándoles una gracia especial. No le faltaba la clientela. En su taller tenía a varias muchachas de aprendices que iban casi todos los días a aprender el oficio, y mientras cosían, se oía la radio, o se hablaba de las cosas que era corriente hablar. En este taller se hacían las túnicas de los hermanos nazarenos y columnarios, estando en ese tiempo, el taller abierto hasta las tantas, porque había que entregar las túnicas para los desfiles procesionales.

Priego pasó por muchas etapas durante su historia, habiendo tiempos de gran actividad económica, como de paro. Un gran paso en la fabricación de tejidos fue la aparición de los telares con los que se fabricaba el *patén*, y el culmen fue la llegada a Priego de los telares automáticos, destacando en

estas labores, la fábrica de los Linares, Las Hilaturas, la fábrica de los Zuritas, la de Ortega, los Cano, Vicente Luque, Velastegui, y Aguilera.

Entrar en una de estas fábricas era ensordecedor, y la gente, para entenderse, tenía que hablar a voces, ya que el ruido de los telares, los motores, las poleas, y la caldera, lo apagaban todo.

Llegó un momento en que se pusieron de moda las confecciones, y en Priego, hubo muchos sitios donde las hacían, tanto camisas, como pantalones, llegando algunas fábricas, a tener renombre nacional, haciendo grandes fortunas sus dueños, comprando los mejores coches, las mejores casas, y los mejores olivares. Fue un tiempo de mucha vida para Priego, pero al llegar los chinos al sector, con tanta población a la que había que darle de comer, y trabajando tanto tiempo, por salarios muy pequeños, que la industria local de la confección, no pudo resistir la competencia con los de los ojos *rajaillos*, teniendo que cerrar muchas de ellas.

En muchas casas, las mujeres trabajaban con sus máquinas en la costura de prendas que ya les daban cortadas las fábricas, y no era raro ver a una mujer con un montón de fundas de colchones, llevándolas al almacén, lo mismo que las industrias catalanas, donde muchos empresarios, sólo tenían un gran almacén donde recibían las prendas que las mujeres fabricaban en sus casas, no existiendo la fábrica en sí misma.

No me acuerdo de haberme hecho nunca un traje cuando era pequeño. Pero sí me acuerdo que tenía una ropa para los domingos, así como unos zapatos, que sólo los usaba en los días de fiesta.

Los hombres vestían con traje, incluso los jornaleros llevaban la chaqueta a sus faenas, y como en el invierno hacía mucho frío, los hombres y las mujeres, se ponían sus abrigos para resguardarse de las inclemencias del tiempo. Los hombres del campo usaban gorra. Y los de la ciudad llevaban su sombrero.

Conservo una fotografía de aquellos años, los cincuenta, en la que se ve a todos los fotografiados, Hermanos de la Aurora, o sea, auroros, con su traje correspondiente; algunos llevaban corbata. Así recuerdo a Marchirán tocando la guitarra, al mellizo de Siles con la guitarra, Ariza, otro Ariza, Foguer, con el laúd, Antonio Jurado, con guitarra, el otro mellizo de Siles, con laúd, y Jesús, “Jesusico”, con la hucha, y en lo alto, al fondo, uno tocando la pandereta, y otro, las campanillas, a los que el fotógrafo cortó, con buena intención, o mala, la cabeza.

De los sastres, recuerdo “Sastrería Gales” en la calle Valdivia, y al maestro sastre Álvarez de la calle Alta, en la plazuela, que tenía la sastrería con las puertas de cristales, con gafas, muy amable, que saludaba a los niños de la Academia del Espíritu Santo, cuando salía de su casa y ellos se encontraban en el recreo. Buen sastre con muy buena clientela. En esa placita estaba el molino de aceite de don Vicente Chimenti, y en la calle Montenegro, la Academia del Espíritu Santo, que atendía a muchos estudiantes de bachillerato que iban a examinarse por libres al Instituto



Revista Mujer, Septiembre, 1954.

Aguilar y Eslava de Cabra. En esa misma calle, la carpintería de Vilas, el molino de aceite de Ortiz, y la casa de Foguer, electricista, donde íbamos a tocar la guitarra. Una panadería surtía de buen pan a los vecinos de los alrededores.

Con la llegada de las revistas extranjeras a España, el influjo del cine, y la televisión, las mujeres tenían modelos en los que fijarse y confeccionarse sus propios vestidos, o encargárselos a su modista para que se los hiciera. Había publicaciones en los q

ue se daban consejos para tomar las medidas, para a continuación, pedir el

patrón.

RECUERDOS DE JUVENTUD EN PRIEGO DE CÓRDOBA
Cayetano Peláez del Rosal

PATRONES "MUJER"

MANERA DE TOMAR LAS MEDIDAS

DELANTERO: De un brazo a otro, por encima del pecho. **ESPALDA:** De un brazo a otro igualmente. **CONTORNO DEL PECHO:** Contorno total, pasando por debajo de los brazos y por lo más saliente del pecho. **CINTURA:** Contorno total en el sitio exacto del talle. **CADERAS:** Contorno total a 12 cms. aproximadas del talle. **CADERAS BAJAS:** Contorno total por lo más saliente. **LARGO DE CUERPO (ESPALDA):** Del nacimiento del hombro al talle pasando por lo más saliente del omoplato. **LARGO DE LA FALDA (DELANTERO):** Del talle al bajo de la falda. **LARGO DE LA FALDA (COSTADO):** Del talle al bajo de la falda, pasando sobre la cadera. **LARGO DE LA FALDA (ESPALDA):** Del talle al bajo de la falda. **LARGO DE LA MANGA (EXTERIOR):** Con el brazo doblado, del hombro a la muñeca. **LARGO DE LA MANGA (INTERIOR):** Con el brazo extendido, de debajo del brazo a la muñeca. **CONTOURNO DEL BRAZO:** Por lo más grueso. **CONTOURNO DE LA MUÑECA.**

TARIFA DE LOS PATRONES A MEDIDA «MUJER»

Abrigos, capas, batas.	10,50	Pijamas	9,00
Vestidos	10,50	Sostenes	2,50
Trajes de noche	12,00	Niños de 6 a 12 años	
Trajes de novia	12,00	Abrigos, trajes, pijamas	7,50
Trajes de deportes	12,00	Blusas, delantales, bra-	6,00
Faldas	4,50	gas, pantalones	6,00
Faldas-pantalón	7,50	Niños hasta los 5 años	
Chaquetas suaves	9,00	Abrigos, trajes, pijamas	6,00
Blusas	6,00	Blusas, delantales, bra-	4,50
Combinaciones	6,00	gras, pantalones	
Camisones	7,50		
Bragas	3,00		

Sobre estos precios habrá un recargo de Pesetas 1,50 para gastos de envío. Los patrones se enviarán contra reembolso, dentro de un plazo de diez días a partir de la recepción del pedido.

Remita sus pedidos a nuestra sección
PATRONES MUJER
PARIS, 143, 4.º 2.ª APARTADO 1369 BARCELONA

Cuando sean varios los patrones que se incluyen en un mismo sobre, se gravarán por cada uno diez céntimos.

Lista de precios. Enviando las medidas, la revista realizaba por encargo los patrones de cualquiera de los modelos que aparecían en ella.



Revista "Mujer" Septiembre, 1954.



Modelos de trajes de novia. Revista "Mujer" Septiembre, 1954.

Las mujeres vestían vestidos largos, faldas, por debajo de la rodilla, algunos con volantes y fruncidos. Se pintaban los labios de color carmín. Se usaban los trajes de chaqueta con solapas muy marcadas y entallada, y las faldas estrechas que llegaban a media pierna, y abrigos flojos, bolso, y zapatos negros a juego con el bolso. Los cabellos se dejaban largos, y se usaba la laca para los postizos. Estaban de moda los conjuntos de falda y blusa, o, falda y conjunto, que era un jersey y chaqueta de punto del mismo color. Las mangas eran estrechas y largas, o llegaban hasta medio brazo. Cintura muy estrecha, amplitud en los hombros, pecho y falda con mucho vuelo, zapatos de punta.

31.

PELEAS DE GALLOS

Había en mi casa del Puente Tablas un *terrao* en el que mi madre metió un gallo. El gallo era muy brioso y grande y *kikireaba* al amanecer anunciando el nuevo día. Yo estaba loco de contento con aquel gallo y me pasaba muchos ratos en el *terrao* viéndolo cómo andaba majestuoso como si de un sultán se tratara, mientras observaba sus bonitos colores. Estaba deseando salir de la escuela de don Joaquín en la calle Alta para jugar con el gallo.

Un día pregunté por el gallo a Inés.

—Lo hemos matado señorito—, me dijo.

El mundo se me derrumbó en aquel momento. Toda la magia que envolvía aquel lugar elevado de mi casa, el *terrao*, de estrechas ventanas, por las que entraba el sol mañanero, y por las que salían los cantos de invitación del gallo a las gallinas de los corrales cercanos, se me derrumbó como las murallas de Jericó al toque de las trompetas de Josué.

Ya había pasado un mal rato el día en que la misma Inés cogió una ovejita de un rebaño que pasaba por la calle y sin que se diera cuenta el pastor, la metió en la casa y la escondió en el mueble del comedor. Allí estuvo varios días comiendo la hierba que yo le traía del Paseo cercano, hasta que un día se presentó en mi casa la Guardia Civil y se llevó la oveja. No sé ni cómo se enteró. Pero la Guardia Civil lo sabía todo, y el averiguar que la oveja estaba en mi casa, no debió de serle muy difícil porque preguntando si había visto la gente algo raro por aquellos sitios, alguien debió decirle que “un niño metía en su casa pañoletas de hierba cada día”, o a lo mejor fue el guarda del Paseo que me pilló cogiendo la hierba un día y largó el chivatazo a la Benemérita. Aquel hombre tenía mal genio y los niños que andaban por el paseo le tenían miedo. No nos dejaba coger las flores de los tilos para curarnos los nervios. Se ve que él las cogía y las vendía a alguien sacando algo de dinero. Nosotros, a lo más que llegábamos, era a coger las flores que se quedaban en el suelo enganchadas de su hoja.

Por esa época murió electrocutado un niño pequeño en una farola del Paseo. Era de la familia de los Linares. El hecho causó mucho dolor en el

pueblo. Y el día que lo enterraron en un ataúd blanco fui al cementerio y en una tumba había tres pequeños enterrados que habían muerto envenenados por accidente. Por un agujero de una sepultura se veían huesos de un difunto. Me daba mucho miedo el cementerio, y cuando pasaba con mi padre de vuelta del olivar de los Silos, aceleraba el paso no fuera a ocurrir algo raro, que algún muerto nos llamara al pasar. Para quitarme ese miedo, alguna vez los muchachos hacíamos concursos a ver quién era el que iba hasta el cementerio de noche.

Era costumbre decir al pasar por cementerio “Dios perdone a los difuntos”. Un día, al volver del campo, ya de noche, con tiempo lloviznoso, alcé la voz al pasar por las tapias del camposanto.

—“Dios perdone a los difuntos”.

—“Espérate que nos vamos juntos”- respondieron.

Jamás en la vida he corrido tanto como aquel día. El corazón me iba a estallar de tanto galope de latidos. Al llegar a mi casa le conté a mi madre lo que me había ocurrido.

— El que habló debía de estar enterrando a alguien.

En lo alto de una tumba. un hombre se pegó un tiro en toda la sien. Cuando el *enterraor* se lo encontró ensangrentado, todavía tenía vida. Bajó la camilla al cementerio y lo subieron al hospital hasta que murió. Era devoto de Jesús de la Columna. Lo enterraron dentro del cementerio. En el mismo, había una parcela dedicada a dar sepultura a los que se habían suicidado.

El día que murió el gallo pusieron en mi casa un guiso de carne. Yo no quise comer aquel día. Me daba pena comerme a quien había sido un buen amigo.

Yo no podía soportar ver cómo le cortaban el pescuezo a los gallos con un cuchillo, para después desplumarlos en un baño de agua caliente.

Dicen que en la calle Loja había una familia forastera que tenía algunas costumbres un poco bárbaras. Una de ellas, era cortarles la cabeza a las gallinas y dejarlas correr por mitad de la calle. Presenció una “decapitación” de éstas, viendo cómo el gallo fue corriendo más de cincuenta metros sin cabeza echando borbotones de sangre por su cuello que dejaron un reguero rojo sobre las piedras.

Había en el pueblo peleas de gallos a las que asistía numeroso público.

Me dijeron que detrás del Hotel de la calle del Río, Vigo, en la calle que subía para lo alto del pueblo, calle muy estrecha, en una casa, se celebraban peleas de gallos. No las vi allí. Pero dada mi afición por las aves, sí que estaba al tanto de aquellos encuentros, que no me gustaban, y a los que la autoridad hacía la vista gorda, o no se enteraba de cuando ocurrían.

Antes de la sesión se le cortaba la cresta al gallo, y se le colocaban unos espolones de pincho grande y agudo en las patas los cuales se los ataban con cuerdas. Después, se soltaban los gallos, en pareja, hasta que se mataban, o, uno vencía. Un local en el que se realizaban estas peleas de gallos, estaba en la carretera que iba a Leones, y que salía muy debajo del cuartel de la Guardia Civil.

32.

FUMANDO EN PIPA DELGADA Y LARGA

Don Rafael Madueño, párroco de la Asunción, montó en un salón anejo a la sacristía de la parroquia, un cine para que los muchachos se distrajeran viendo películas decorosas los domingos. No cuajaba ir al cine en domingo pasando por medio de la misa. Y hubo feligreses que protestaron. Eran los tiempos modernos y la Iglesia tenía que estar a la altura de la nueva era.

Daban dos sesiones y se cobraba una módica entrada para pagar los gastos. Iba bastante gente. Aquello con el tiempo se acabó porque a alguien no le gustaba que se dieran besos y abrazos los novios del patio de sillas de anea, lo mismo que hacían los actores en la película.

Un alumno de la Academia del Espíritu Santo iba al bar Charrasco en la calle Solana donde le daban una carpeta con recortes de artistas que le llevaba a su padre.

Un sacerdote se negó a dar la comunión a una muchacha porque llevaba un escote no muy decoroso. Y en las iglesias los hombres se sentaban en una parte y las mujeres en otra.

En Almedinilla las mujeres no salían solas a la calle, y no fumaban, ni iban a los bares sin sus maridos.

Las mujeres casadas no hablaban con extraños. Y los novios hablaban con sus novias en el portón de la casa.

Pocas mujeres estudiaban carrera.

Algunos prieguenses tenían “querida” en el mismo pueblo a la que le ponían casa. Otros, en pueblos cercanos. Estaba muy mal visto, como las madres solteras, a las que se les negaba casi todo. Alguna vez, los hijos del de la querida, le dieron el susto a alguna quemándole los colchones de los dormitorios.

Dos hermanos en la Haza Luna tuvieron un niño. ¡Ni os cuento la que se lio en el pueblo”!

Si algún hombre le pegaba a una mujer, no trascendía.

Los piropos a las mujeres eran muy corrientes siendo los más

piropeadores los albañiles que desde los andamios decían piropos a las mujeres. También se metían con los mariquitas. Había algunos, pero eran los menos. Había algunos piropeadores tan célebres, que las muchachas, cuando los veían, cambiaban el recorrido por otro.

— “Hincarse de rodillas que va a pasar la Virgen del Carmen”. “Pisa fuerte que lo paga el Ayuntamiento”.

Las mujeres no fumaban, pero algunas sí lo hacían en su casa.

En la Subbrigada, unos días señalados, el médico revisaba el estado sanitario de las mujeres públicas.

Hubo casas de lenocinio en algunos lugares de Priego. Dicen que el Sagrario de la Asunción se construyó sobre uno de ellos. Y detrás de la Iglesia de la Aurora, en la calle que va hasta el Paseo, había una casa. Cuentan los viejos lugareños que allí hubo un travesti cuyo cliente huyó al darse cuenta de que era una mujer.

En una farmacia del pueblo, estas mujeres de la vida, tenían cuenta de medicamentos. Un día, un mancebo se acercó hasta la casa de las mujeres para cobrar una factura algo grande. La mujer le dijo al joven que no tenía para pagar pero que pasara y lo cobrara de otra manera. El joven, digno, le entró tal nervio en las piernas, y desasosiego, que bajó hasta el pueblo corriendo, y pidiendo el finiquito al farmacéutico, colgó la bata empleándose en otra tienda.

Se rumoreaba por el pueblo que una mujer mayor llevaba una muchacha que la entregaba al que le pagase lo que ella pedía. El hecho sucedía cada noche durante el verano yendo la gente a verlas. Dicen que el cura del Carmen consiguió volver al redil a la joven prostituta. No sé lo que pasó con la proxeneta.

Algunos muchachos se hacían pasar por mayores para ver las películas no autorizadas en el Cine Victoria con la complacencia de algunos porteros del cine.

Empezaban a aparecer por el pueblo revistas de pornografía de Alemania. Y en algunos comercios vendían postales de artistas.

Pero el pueblo permanecía fiel a la religión de sus padres, y los garbanzos negros, eran escasos.

Alguna vez, se lio en alguna casa la de “Dios es Cristo” al no aparecer el titular por la misma durante unos días. Sospechaban que había ido a verse

con mujeres de dudosa vida. Alguno hasta murió en el viaje.

P.D. Cuando el demonio no tiene qué hacer...

ÍNDICE

TÍTULO	Página
01. La bicicleta de Mari	6
02. Mariano Luque	15
03. Patatas Machaco	20
04. Farmacia Pedrajas	25
05. Los Chiquitillos	28
06. Los toros	34
07. Juguetes de Reyes	37
08. La Navidad	40
09. La mesa de Nochebuena	48
10. Botas hechas a mano	53
11. La Feria	58
12. Aire para el fuelle	68
13. Plantando olivos	73
14. Paseos por Priego	83
15. A los ricos tejeringos	92
16. La “lambreira”	95
17. La matanza	98
18. Bichitos de luz	102
19. El hombre de la pata de palo	106
20. Los molletes	109
21. Al piano	111
22. La bula	115
23. Montando voy	121
24. Llega la tele	128
25. Las comidas	132
26. Medios de escritura	138
27. Las obras	141
28. Las profesiones, los estudiantes, las amas de casa	146
29. Éxitos de los años 50	156
30. Las costureras, los sastres	167

RECUERDOS DE JUVENTUD EN PRIEGO DE CÓRDOBA
Cayetano Peláez del Rosal

31.	Peleas de gallos	172
32.	Fumando en pipa delgada larga	175
33.	Índice	178